

ANDREA GOLDEN

La Vida en tus Palabras

La mujer
que desafió
a un imperio

دیا هدرکن تاقالم هک ی کدوک اب ت سا راوشد ردقچ
نم را ت سا نکمم هک دی نک رکف ،دی نکن تب حص
زاین نم هب هک ی نامز ای و دی شراب هت شاد ترفان
نم هک ممه فاب م ناوت ی م هنوگچ .دوش راگنا ،ت شاد
نیمز نی ارد رگی د هکنیا نودب ،منک ی من ی گدنز
نیم تاساسح ازای فارحنم نم .دشراب هت شاد دوجو
دش چارخا اهن آ ی رابجا رود هار

Índice

Portadilla
Derechos de autor
Quote
Dedicatoria
Capítulo I
Sucesos que cambian una vida
Capítulo II
La promesa
Capítulo III
Desvelando los primeros detalles
Capítulo IV
Descubriendo su historia
Capítulo V
Un regalo
Capítulo VI
Un mundo distinto
Capítulo VII
Caos
Capítulo VIII
Las elegidas
Capítulo IX
Noches de tertulia
Capítulo X
Una visita reveladora
Capítulo XI
La única salida
Capítulo XII
Buscando respuestas
Capítulo XIII
Necesitó de mí
Capítulo XIV
La huida
Capítulo XV
Confesiones
Capítulo XVI
Perdóname
Capítulo XVII
La carta
Capítulo XVIII
Momentos de flaqueza
Capítulo XIX
Dibujando las pepitas de cacao
Capítulo XX

[Decisiones](#)
[Capítulo XXI](#)
[Desafiando a un imperio](#)
[Capítulo XXII](#)
[Decepción](#)
[Capítulo XXIII](#)
[Dueña de su propio destino](#)
[Capítulo XXIV](#)
[La narradora de historias](#)
[Capítulo XXV](#)
[El último tomo](#)
[Capítulo XXVI](#)
[La vida en la que yo creo](#)
[Capítulo XXVII](#)
[La sorpresa](#)
[In memoriam](#)
[Gracias, lector](#)
[Bibliografía](#)
[Agradecimientos](#)
[Nota de la autora: datos sobre la creación de la obra](#)

La vida en tus palabras

ANDREA GOLDEN

Los personajes y sucesos presentados en este libro son ficticios, no así los lugares ni los hechos acaecidos en esa época; el contexto histórico está basado en la realidad del siglo y país presentado. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Copyright © 2018 Andrea Golden
Código Safe Creative: 1804136565018
Fecha de registro: abril 2018
Licencia: Todos los derechos reservados

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida».

El Quijote, Miguel de Cervantes

«Te evoqué en cada una de estas líneas escritas. Fuiste Nasila, la valiente protagonista de esta historia...».

En memoria de mi querida y añorada tía Eva.
(1961 – 2017)

Capítulo I

Sucesos que cambian una vida

Una vez pensé que no tenía nada, que mi existencia había sido una lucha continua desde que llegué al mundo o, mejor dicho, desde que tuve uso de razón. De mis padres voy a obviar hablar, de mi otra familia poco recibí; demasiados hijos a los que atender y una invasora inesperada en su hogar.

Me enorgullece contar que la niña frágil y desgarbada que creía ser tenía un talento escondido. Leía todo lo que caía en mis manos y mi mente soñaba despierta con cada uno de los relatos; incorporaba mis propios finales, añadía capítulos a todos esos libros y, sobre todo ello, moría por descifrar escritos antiguos, literatura que contara historias remotas de épocas lejanas, que me hicieran vagar con la imaginación y alejarme de la realidad. No quería encontrar ni una pizca de semejanza con mi vida cotidiana.

Pronto busqué mi propio camino, mis primeros trabajos y un objetivo: ahorrar lo suficiente como para cumplir mi única ambición.

Compaginé mi empleo en un McDonald's, ubicado en el campus universitario de la ciudad de Atlanta, con mi gran sueño: estudiar la licenciatura de «Historia especializada en Paleografía». Cuantos más detalles descubría de esas asignaturas en mis años académicos, más afianzaba mis ganas de seguir aprendiendo.

Cuando todo iba encarrilado hacia culminar mi objetivo, ese sentimiento que con todo puede, el amor, se dejó sentir.

John me visitaba frecuentemente, unas veces como cliente, otras eran excusas varias o encontronazos casuales en la puerta del local tras acabar mi jornada laboral.

Nadie me había hablado de lo que era el querer, la sensación rebosante de sentimientos que se experimenta y, menos aún, que tuviera el poder de echar por la borda tus propios sueños por priorizar los de la otra persona.

Apenas pude terminar lo que un día con tantas ganas empecé y, aunque ese ímpetu se mantuvo intacto tras acabar mi carrera, no consolidé mis estudios. Dejé mi sueño atrás y le seguí.

El trabajo de John nos obligó a establecernos en distintas ciudades. En ese periplo yo esperaba a que llegase a casa, le atendía, limpiaba y planchaba su ropa y le agasajaba con mis artes culinarias, a pesar de que muchas veces comía sola. Mendigaba por un poquito de cariño, ese que me faltó siempre y que él me ofreció en dosis pequeñas.

Otro nuevo cambio de ubicación nos llevó a Baltimore, ciudad dormitorio en la que nos instalamos debido a su cercanía con Washington, donde John pasaba casi todo el día trabajando en el bufete de abogados que lo había contratado.

Mucho tiempo a solas me hizo divagar sobre lo que podría haber sido mi futuro, y el hecho de repasar a diario mis antiguos apuntes universitarios acrecentaba la sensación de fracaso.

Pronto encontré la vía de escape a mi abatimiento.

Esperaba a que él se marchara y, ocultándole mis viajes, tomaba el siguiente autobús que saliera hacia Washington. Una vez allí, a dos manzanas de la estación, encontré el refugio que

tanto anhelé durante años, Freer Gallery of Art, el gran museo que mostraba Asia en todo su esplendor: exquisitas pinturas de la India del siglo dieciséis, excelentes colecciones de figuras hindúes, así como artes seculares de los tribunales Mughal y Rajput...

Recobraba el entusiasmo durante breves instantes y desaparecía en el momento que la hora de regreso se acercaba.

Cuando piensas que tu camino ya está prefijado y que poco más se puede hacer, acontecimientos inesperados te muestran otra dirección.

Ese día volvía a casa con semblante serio, tristeza que me acompañaba cada vez que abandonaba aquel lugar.

—¡Dana! —Alguien me nombró según avanzaba hacia la salida. Hasta pensé que no era a mí a la que llamaban—. ¡Dana Hill! —exclamó de nuevo una suave vocecilla incluyendo mi apellido.

Mi rostro se arrugó por la perplejidad de ser reconocida por alguien. Dirigí la mirada hacia la elegante mujer que parecía hablarme y a la cual aún no había identificado.

—Samantha... —volvió a decir anunciando su nombre—, quinto curso, Universidad de Atlanta. —«La chica del último año» la llamábamos, aunque había cursado sus estudios en otra universidad, su ímpetu y sus ganas conquistaron a todos en su única temporada como compañera de clase—. ¿Trabajas aquí? —preguntó según se iba acercando para saludarme.

—¿Y tú qué haces en Washington? —No contesté, me dolía responder con: ni aquí ni en ningún otro lugar pude ejercer mi carrera.

—Estoy de paso, Dana, colaboraciones entre instituciones, ya sabes, si te dejo una colección me cedas algún manuscrito ilustrado... —Paró de sopetón su charla y volvió a demandar—: Y, tú, ¿en qué departamento estás?

La expresión de mis ojos entristecidos posiblemente respondió a su pregunta.

—Vivo a unos kilómetros, cerca —balbuceé entre dientes casi obligada a contestar mientras mi vista bajaba hacia sus pies.

—Pero, entonces... ¡si eras la mejor de la clase! —afirmó sin imaginar lo que esas palabras me reconcomían por dentro.

—Bueno, se hizo tarde, Samantha, mi autobús sale en unos minutos. Me alegró verte —espeté cortante a la vez que giraba mi cuerpo en busca de la salida.

—¡Espera!, déjame tu teléfono por si vuelvo por aquí.

Una persona frustrada desprende un aura que la etiqueta, un halo que se percibe alrededor de su ser y que se advierte, clarificando lo que en realidad es la esencia de su vida.

Samantha, después del breve encuentro que tuvo conmigo ese día, se impregnó de todo lo que le dije sin hablar, hecho que ocasionó una llamada esa misma tarde, llamada que, a la postre, supondría el inicio de todo lo que pasó.

El museo estaba valorando adquirir una gran colección de antiguos manuscritos procedentes de la India —mi gran especialidad—, y necesitaban a un experto paleógrafo que estudiara la autenticidad de los mismos y la época aproximada en la que fueron escritos. Tras la entrevista de trabajo a la que accedí gracias a ella, el puesto era mío.

Una abrumadora mezcla de satisfacción y desilusión me invadió durante el regreso a Baltimore después de la firma del contrato. John no sabía nada y, lo peor, había infringido un absurdo acuerdo verbal que una tonta y enamoradiza mujer hizo a un novio, demasiado controlador y machista, aceptando no trabajar para, de esta manera, poder organizar las labores

del hogar mientras él se encargaba de la economía familiar.

Sería el primer gran encontronazo de nuestra débil relación, en la que el miembro que siempre había cedido en todo proponía para sí un nuevo estatus y una variante en el día a día que habíamos prefijado hacía ya mucho tiempo, y que John, por comodidad, no quería alterar.

Aprendí a vivir con dos estados emocionales: el gozo que me producía mi nuevo trabajo y la frustración de volver a casa, enfrentándome al mantenimiento del hogar que me comprometí a seguir llevando en solitario.

La jornada laboral empezaba temprano y terminaba seis horas después, aunque a veces se alargaba por el embelesamiento que me causaba el estudio de esos manuscritos. Me extasiaban tanto que, a propósito, dejaba marchar alguno de los autobuses de vuelta.

Pronto mi labor fue recompensada con una prórroga en el contrato; además, inicié distintas colaboraciones con alguna otra sección, siendo muy requerida por una actividad en concreto; los maestros, al visitar las exposiciones de los manuscritos más antiguos y buscando el entretenimiento de sus inquietos alumnos, se habían acostumbrado a demandar mis narraciones. Y yo, complaciente, desarrollaba mi innata capacidad de convertir los textos en aventuras. Les leía las páginas de esos antiquísimos códices, que contenían palabras tremendamente viejas y utensilios arcaicos, modernizándolas, adaptándolas a una narración actual sin perder el hilo original de lo que esas hojas contaban. Agudeza que desarrollé en mis años universitarios y por la que me otorgaron el apodo de «la narradora de historias».

Pensé que todo lo que estaba sucediendo era lo que siempre había deseado: terminar mi carrera, un trabajo en el que desarrollar mis talentos y amar a una persona. Pero estaba equivocada, lo que ocurrió a continuación me esclareció que me faltaban libertades para decidir mi destino. Continuaba sometida.

Los días de duro trabajo para John provocaron un retraso en la hora de llegada a casa, y se convirtieron en una rutina semanal a la que, con resignación, me fui acostumbrando.

Esa noche, como todas las de los últimos meses, me movía inquieta en la cama esperando su regreso. No podía remediar quitarme una pesadez angustiante hasta escuchar el tintineo de sus llaves abriendo la puerta, pero el sobresalto de una llamada a horas intempestivas aumentó mi malestar. Brinqué sobre el colchón y corrí hacia el móvil que mantenía alejado de la mesita de noche, relativamente cercano sobre la cómoda de al lado.

Un número desconocido era el emisor de la llamada. Mi dedo tembloroso accedió a aceptarla a la vez que un pinchazo agudo en el estómago me recordaba que no eran muy halagüeñas recibirlas a esas horas. Tenía la convicción de que presagiaban malas noticias, o eso había ocurrido en la mayoría de las ocasiones.

—¡Dígame! —gargajeé precipitada.

Ruidos extraños se escuchaban, un estridente sonido de lo que parecía un martillo percutir —como los utilizados en las obras para perforar el suelo— cercano al interlocutor que llamaba.

—¿La contadora de cuentos?! —Tras las primeras palabras, mis cejas se juntaron arrugando el entrecejo.

—¿Cómo? —Le había escuchado perfectamente, pero la perplejidad de ciertas preguntas te hace responder de la forma que yo hice.

—¿La contadora de cuentos? —repitió. A continuación, de su boca salieron extraños sonidos que, gracias a mi preparación, entendí a la perfección—: ایشور بنائے کے لئے ا —escuché sorprendida decir en urdu, el idioma oficial que se habla en Pakistán, la frase dirigida, con toda probabilidad, al trabajador culpable del estruendoso ambiente y al que pedía apagar la ruidosa máquina.

—¡No!, la narradora de historias —corregí, intuyendo que alguien le había hablado de mí.

—¡Eso! —contestó con un tono de voz menos forzado al cesar el ensordecedor sonido de la obra—, te necesitamos aquí —insinuó atrevido.

—¿Aquí...?! ¿Dónde?, ¿quién eres?, ¿cómo conseguiste mi teléfono? —Todas mis cuestiones exigían respuestas.

—Vayamos por partes —dijo elocuente, momento en el que detecté en su habla un leve acento italiano—. Mi nombre es Marco y trabajo para el Canal Historia. Documentalista —expuso de forma breve mientras silenciaba su conversación, imaginé que a la espera de mi réplica.

—¿Y...? —demandé impaciente.

—Hemos encontrado algo —espetó de sopetón—. Varios volúmenes de códices, posiblemente siglos quince o dieciséis. Tendrás que ayudar a fecharlos y por supuesto a... ¡traducirnos el contenido! —alzó su voz en tono amonestador a la vez que se escuchaba de fondo otra vocecilla, también con acento extraño, recriminando sus palabras, ofendido.

—Está bien, puedes enviarlos al museo, estaré encantada de ayudarte, Marco. Hablaré mañana con...

—¡No! —me interrumpió—. Ojalá pudiésemos sacarlos de aquí. Las autoridades gubernamentales de Islamabad tardan de cuatro a cinco meses en conceder los permisos que son necesarios. Su personal especializado es escaso y siempre están ocupados; sin un previo estudio de estos a los objetos encontrados, nos etiquetarían de expoliadores y las consecuencias ni las imaginas. En estos países todo lo prohibido se magnifica.

—Esperaremos entonces —sugerí sin saber el gran problema al que se enfrentaban.

—¡Imposible!, la construcción de la carretera sigue su curso, como habrás podido intuir. Sin ningún papel oficial que frene esta obra, seguirán asfaltando. Perderemos los manuscritos, quedarán enterrados bajo toneladas de alquitrán sin que podamos saber lo que querían contarnos. —Hizo una pausa para coger aire y lo exhaló emitiendo un peculiar ruido a vacío al que acompañó con una frase desesperada—: Te necesitamos con urgencia.

Mi cabeza iba digiriendo su proposición, estudiando milimétricamente una decisión un tanto precipitada, pero apremiante por todo lo que expuso.

—¿Cuándo tendría que ir? —pregunté sin pensar en nada más.

—Mañana..., cuanto antes —contestó atropellado.

Aunque precisaba infinidad de respuestas, solo una me inquietaba conocer.

—¿Quién te habló de mí?

—Samantha. —Otra vez esa mujer se estaba convirtiendo en mi mentora, en la responsable del gran cambio al que me enfrentaría—. Tu museo está avisado, habrá una colaboración entre varios y un apoyo económico de mi canal —explicó muy por encima—. ¿Contamos contigo, Dana? —solicitó expectante.

Mi boca actuó sin razón, impulsiva.

—¡Sí! —contesté más ilusionada que convencida en realizar ese viaje.

Marco dio por zanjado el asunto, quedó en llamarme a la mañana del día siguiente para concretar los datos del vuelo que me llevaría a Islamabad, Pakistán, el aeropuerto más cercano que habíamos encontrado al emplazamiento del hallazgo. Desde allí, quedaría un buen trecho por recorrer hasta llegar a las inmediaciones del lago Kachura: el lugar donde todo comenzó.

¡Qué fácil lo vi en ese momento! Fue tal mi ilusión, que mis pensamientos se proyectaron hacia el infinito del éxtasis, haciéndome olvidar un último gran escollo por superar y el cual recordé instantes después de colgar, cuando apreció el sonido tintineante de las llaves de John

abriendo la puerta.

Capítulo II

La promesa

Sentada en la cama, apretando entre mis manos el móvil cuya llamada acababa de finalizar, observé cómo un sigiloso John entraba en la habitación. De espalda a mí, abrió el cajón de la cómoda y sacó su pijama, incluso se desvistió en la oscuridad sin percatarse de que le estaba esperando.

—¡Llegaste! —susurré llamando su atención.

—¡Qué haces así! —exclamó al darse la vuelta y encontrarme despierta y erguida sobre la cama.

—Me acaban de llamar. —«¿Cómo se lo digo...?», pensé.

—¿De dónde? —preguntó a la vez que retiraba la colcha y se metía entre las sábanas.

—De Pakistán, han encontrado unos códices y quieren que vaya para estudiarlos.

—¡Estás loca!, anda duerme —farfulló sin mostrar ningún tipo de interés. Ya acostado, se giró dándome la espalda.

—Pues... quiero ir —anuncié cohibida.

—Venga, déjame dormir, mañana hablamos.

Así había sido siempre, al amparo de decisiones de otros. Anulados mis deseos y, lo peor de todo, acostumbrada a ello.

Como si de otro día cualquiera se tratase, me desperté antes que él.

Preparé un par de cafés bien cargados y tostadas de pan de centeno, que dejaban por toda la casa ese olor a cereales horneados que tanto nos gustaba, y esperé en la cocina a que se levantara.

—¡Uhm!, qué bien huele —dijo tras aparecer por mi espalda y regalarme su único beso del día.

Mientras le servía, aguardaba impaciente algún comentario, réplica, interés..., sobre la llamada de la noche. Pero los minutos pasaban y nuestro escaso diálogo se centraba en el tiempo, o en el caso judicial al que se enfrentaría esa misma mañana y que magistralmente estaba siendo defendido por su bufete.

Durante la conversación me evadía, me preguntaba si habría oído lo del viaje, si se acordaba de esa llamada y, sobre todo, si me apoyaría en la decisión de realizarlo.

Qué poca valentía tenía entonces sin ser capaz de plantearle mi inquietud, esperando y esperando hasta que, por fin, insinuó un leve comentario al respecto.

—¡Habrás dicho que no! —espetó repentino.

—¿Al viaje? —pregunté enmascarando mi ilusión.

—Recuerda la boda. No me apetecería ir solo, Dana, estará toda la familia y será un día especial para nosotros, lo sabes... Además, ya conoces cómo es mi madre para estas cosas, no perdonaría que te ausentaras. ¡Se casa mi hermana!, te recuerdo —recalcó de malas formas anteponiendo como siempre lo suyo a cualquier otra cosa que me pudiera hacer feliz a mí.

Me acababa de coaccionar con esa boda que fue utilizada como excusa, rebuscada como

motivo de fuerza para presionar a mi débil decisión.

—Pero quiero ir... —alegué poco convencida, en el tono con el que una niña resignada se enfrenta a su padre cuando le ha prohibido algo y tiene todas las de perder.

—¡Ni hablar! —replicó malhumorado mientras se levantaba de la silla y marchaba hacia el dormitorio.

Le seguí por detrás.

—Sería el viaje de mi vida... Pakistán, antiguo territorio de la grandiosa India, el siglo que siempre adoré... John, llevo años estudiándolo. ¡Sueño con ese viaje desde que era joven!

Mientras mi voz se desgañitaba emanando las razones por las que debería ir, él, sin inmutarse, continuaba con su rutina habitual. Se movía de un lado a otro: al baño, dónde se lavó los dientes; al ropero, escogiendo uno de los trajes, que exquisitamente colgaba del perchero, y sus zapatos, como nuevos, relucientes por mi trabajo de frotado diario; y por último, localizó su funda de fieltro, la cual abrió para comprobar que contenía toda la documentación necesaria para el juicio.

Con mis deseos ignorados, así iba a terminar todo. Hasta mi cabeza se hizo a la idea de que no podía ser, que era descabellado un viaje tan precipitado, que buscaran a otro que no tuviera los compromisos que, repentinos, me habían surgido a mí.

Estaba dispuesta a rechazar la oportunidad de mi vida por no contrariarle.

Sus pasos se encaminaron hacia la salida, la mano agarró el pomo de la puerta mientras, inesperado, volvió con brusquedad su cabeza hacia atrás, donde yo quedé impertérrita, convencida de renunciar a ese gran viaje.

—Ya sabes cómo sois en vuestra familia. —Frase que lanzó de forma ofensiva hacia mí.

—¿Cómo? —contesté sin saber qué quería decir con aquello.

—Abandonáis el hogar y dejáis tirados a todos.

Sus palabras hicieron que mi mente se nublara. Quedé aletargada, hasta que volví en mí tras el fuerte portazo con el que se despidió.

Con qué facilidad me empujó hacia esa aventura sin saberlo.

Las escasas decisiones que había sido capaz de tomar venían impulsadas por ese episodio dramático de mi existencia, el abandono de mis padres era el único revulsivo que me provocaba rebeldía, hasta diría que me convertía en valiente por unos instantes.

Me enfrentaría a un viaje precipitado, alentada por la falta de tacto que tuvo con sus palabras y cuyo daño me despojó de cualquier duda surgida.

Después de una limpieza profunda de mi casa, de las que realizaba una vez al mes retirando todos los muebles y dejando impecables los cristales de las ventanas, me encontré preparada, dispuesta a coger ese vuelo cuya hora de embarque me había sido confirmada por Marco telefónicamente esa misma mañana. Pero, antes de marchar, sellaría un último compromiso con él. Una promesa.

En la mesita de la entrada, sobre una pequeña bandejita de plata en la que solíamos depositar las llaves, apoyé la tarjeta de visita donde escribí un corto mensaje para John: «Yo nunca seré como ellos. Volveré».

Capítulo III

Desvelando los primeros detalles

Convencida de estar ante una decisión precipitada, ante un viaje atropellado que mi escaso orgullo de entonces me obligó a realizar, comencé un camino inimaginable que empezó de la misma forma que se había iniciado: desastroso.

El único vuelo a Islamabad desde Washington tenía programado dos escalas con transbordos; una, en el aeropuerto de Roma, Italia, cuyo *impasse* aproveché para sofocar mi desazón con llamadas exasperadas al móvil de John, recibiendo una única y continua respuesta: «el terminal está apagado o fuera de cobertura»; la segunda, en Shiraz, Irán, donde comprobé estupefacta que en la pantalla de mi iPhone parpadeaba la palabra: «sin servicio».

Afrontaría mi llegada a un país remoto sin la seguridad de estar disponible, aislada y sin ningún tipo de comunicación.

Nunca había llorado tantas horas seguidas, hasta las azafatas, preocupadas, me atendieron afables ofreciéndome vasos de agua, que calmaran mi aflicción, y cientos de pañuelos desechables, que secaran mis lágrimas. Después, tras atravesar el mar Caspio y sobrevolar parte de los países de Oriente Medio, mis ojos dijeron: «¡basta!», las ganas no se aplacaron, pero mi lagrimal no pudo más.

El colofón a tan desafortunado devenir estaba por llegar.

Tras arribar a mi destino final, permanecí pasmada ante la cinta transportadora, que quedó vacía de maletas sin que la mía apareciera.

Sonámbula por el cansancio de esas cuarenta y ocho horas de viaje y desmoralizada por todo lo ocurrido, simplemente, me dejé llevar por aquellos pasillos, conducida por personal del propio aeropuerto hacia la oficina de equipajes perdidos, donde rellené la pertinente reclamación.

Allí, bajo la estructura metálica de ese aeropuerto, cuyas incómodas sillas se encontraban colmadas de gente, caí derrotada sobre las baldosas ennegrecidas de su pavimento. Apoyada en la pared, me dejé caer por el cansancio, deslicé mi cuerpo hasta reposar todo él en aquel sucio suelo, donde quedé dormida.

—¡Señora! —oí decir entre sueños mientras que, con un suave zarandeo, intentaban despertarme—. ¡Señora! —volví a escuchar con más fuerza a la vez que se intensificaron las sacudidas sobre mi hombro.

Aquellos vaivenes me fueron ayudando a recobrar la lucidez que el sueño profundo provoca.

Inconcebible despertar el que tuve. Había conseguido dormir tan intensamente, que me asustó abrir los ojos y encontrar a un desconocido sobre mi cara.

—¿Quién es usted? —balbuceé. Enseguida traduje mis palabras al urdu al enfocar mi vista y ser consciente del país en el que me encontraba—. م کون هو

—Entiendo su idioma —murmuró en inglés esa fina boca que casi pegada a mí me habló—. ¿Se llama Dana?

Escuchar mi nombre me hizo dar un respingo, que me puso de inmediato en pie, y comprobar la minúscula estatura del hombre asiático que me estaba buscando.

—¡Soy yo, soy yo! —anuncié en tono desesperado y aún aletargada por el brusco despertar —, ¿cómo lo sabe? —fue la absurda primera pregunta que la desconfianza me hizo emitir.

—Es única mujer sin hiyab. —Su dedo revoloteó danzarín sobre su cabeza intentado dibujar un pañuelo cubriéndola—. Alta y de color amarillo su pelo —aclaró de forma entendible, pero con frases de escasa estructura verbal.

Tras su breve explicación, subió el teléfono y lo acercó al oído. Intuí que retomaba una conversación que, posiblemente, habría pausado al localizarme.

—Ya encontré. Puerta... —Movié su cabeza en ambas direcciones—, cincuenta y cuatro. —Después, silenció sus palabras por unos minutos, supuse que atento a las indicaciones del interlocutor cuyo murmullo se escuchaba—. Está bien, no movemos de aquí —terminó contestando.

Concluyó la llamada al tiempo que sus enormes ojos, aumentados por las dioptrías de los bastos cristales de sus redondeadas gafas, se fijaban sobre los míos.

—¡Por aquí no salir! —recriminó mientras movía sus dos manos de un lado a otro de forma imperativa—. Nosotros buscar a usted tres horas. —Gesticuló mostrando tres de sus dedos estirados hacia mí—. No saber dónde está o si había pasado algún mal.

Su reproche afligió el matiz con el que respondí.

—Perdieron mis maletas, les seguí y... —mi voz flojeó rememorando el calamitoso final con el que había terminado mi viaje—. No sabía...

—¡Ya voy...! —escuchamos decir a lo lejos en mi idioma.

Interrumpidas mis explicaciones por el bramido lejano, elevé mi vista por encima del minúsculo señor que atendía a mis disculpas.

Un hombre avanzaba veloz entre el gentío, zigzagueaba habilidoso hacia nosotros. Llamaron mi atención sus cortos tirabuzones rubios, la forma en la que suavemente se estiraban y encogían con cada zancada. Fue extraño contemplar su ropa, bermudas beis complementadas por una camiseta y chaleco del mismo color, que chocaba con el típico *shalwar kameez*, esa especie de pijama abombado unisex que todos parecían vestir.

Según se aproximaba, esa sensación de no ser a mí a la que se acercaba me llenó de dudas, hasta volví mi cara hacia atrás, gesto que me aseguró que yo era su dirección.

Repentino, un abrazo totalmente inesperado recogió todo mi cuerpo. Abrumada, quedé apretujada entre los imponentes brazos de ese apuesto hombre que paró su carrera sobre mi contorno.

—*Diut, diut...* —De inmediato, el hombrecillo intentó calmar la efusividad del saludo separándolo de mí.

—Pensé que no venías —murmuró cercano a mi cara mientras, costoso, se iba apartando—. Soy Marco y este... —su brazo chocó sobre el torso del señor asiático que me había encontrado — es Sajan, nefasto traductor improvisado que nos ha obligado a llamarte. —Las comisuras de sus labios se alargaron y, esbozando una sonrisa, sus ojos chocaron con el pakistaní, que engurruñó la expresión de su mirada, imaginé que resentido por el comentario.

—¡No hacer mucho caso a palabras de este señor! —advirtió con cierto retintín mientras, cortés, reverenciaba su presentación inclinando levemente su cuerpo.

Alivié mi desazón contándoles mi desastroso viaje, la desaparición de todo mi equipaje, el teléfono móvil inservible..., hasta que el movimiento de uno de mis brazos volvió a incomodarme. Alertada por la necesidad de una ducha y cambio de ropa con urgencia, Sajan,

atento a mi gesto desencajado por la adversidad, se adelantó a mi propósito y me ofreció un baño en su casa y un cambio de atuendo, aunque aclaró que la vestimenta de su mujer luciría corta sobre mis largas piernas.

Salimos de Islamabad rumbo a Kiwai, población situada a medio camino del destino pretendido, el lago Kachura, lugar del que hablaron apasionados durante todo el trayecto y gracias a lo cual empecé a conocer los primeros detalles sobre el hallazgo que me había llevado hasta allí.

Marco, apasionado por Asia y su historia, era el cámara y encargado de todo el proyecto y Sajan, el historiador y experto guía en el país; ambos trabajaban para el Canal Historia. Cubrían otra investigación completamente distinta a esta, cuando les avisaron de un derrumbe parcial en la nueva carretera que comunicaría Tungus con Skardu. El informador les reveló que pretendían continuar asfaltando sin investigar la estrecha caverna hallada, en cuyo interior se encontraron vestigios de un pasado: utensilios de labranza, distintas alforjas repletas de semillas y un decrepito arcón de madera cuyo contenido desconocían.

Tras abonar una pequeña cantidad de rupias por el dato, pusieron rumbo hacia el lago. El nuevo tramo en construcción lo bordeaba y, siguiendo su trazado, llegaron al agujero que los operarios pretendían tapar de manera inmediata. Me contaron cómo las cubas de las máquinas hormigoneras se encontraban ya preparadas, situadas alrededor del derrumbe y dando vueltas mezclando el cemento que serviría para sellarlo.

Mientras Marco intentaba frenarles en su intención, armando el mayor alboroto posible, el pequeño Sajan —adjetivo con el que le etiquetó en su explicación— se coló habilidoso por tan minúscula abertura. Después de varios minutos intentando captar todo lo que ese boquete escondía, sus manos levantaron con cuidado la tapa de aquel arcón centenario. La luz de su diminuta linterna avanzó lentamente, de izquierda a derecha, aclarando la oscuridad de su interior y vislumbrando un gran descubrimiento: varios tomos de códices en perfecto estado y ordenados numéricamente.

No dio tiempo para mucho más, ya que las autoridades pakistaníes se presentaron allí alarmados por el revuelo que Marco estaba montando. Les forzaron a salir, pero lograron frenar a los ingenieros jefes en su propósito de solucionar cuanto antes el posible retraso. No tuvieron más remedio que realizar un informe oficial sobre los restos encontrados.

La única manera de impedir la continuación de la obra era consiguiendo la licencia oportuna que la paralizara momentáneamente. Complicada tarea, ya que el proyecto contaba con fecha de finalización debido a un evento próximo que se celebraría en el país. Aun así, lograron el beneplácito para estudiar *in situ* lo encontrado, con la salvedad de hacerlo en incómodas circunstancias y siempre bajo la atenta mirada de un vigilante que preservara los tesoros arqueológicos pakistaníes. Los restos parecían importarles bastante poco, pero no les interesó hacerlos públicos sin un previo estudio a los mismos.

Pronto descubrieron que la dicción de Sajan y el entendimiento de algunas palabras contenidas en esos manuscritos dificultarían la comprensión a no ser que encontraran presurosos a un experto paleógrafo.

Los dos coincidieron en algo sorprendente —nada fuera de lo común en el tiempo actual y totalmente excepcional para la época en la que estuvieran fechados—, los textos hallados habían sido escritos por una mujer.

La breve parada en la casa de Sajan continuó descubriéndome muchos detalles.

De rústica apariencia, los muros externos cobraban vida al atravesar el umbral de su hogar.

El sabio conocimiento de la historia se reflejaba en todas sus paredes, ensalzadas y decoradas con hechos pasados recreados sobre láminas o bordados en las alfombras que pisaban nuestros pies, descalzos tras dejar nuestros zapatos en la entrada, en el zapatero colmado de muchos pares de ellos.

La familia de Sajan al completo, su esposa y dos hijas adolescentes de igual estatura, aparecieron solemnes y respetuosas según las costumbres islámicas: a cierta distancia de los extraños y cubiertas con su típico atuendo tapando el rostro ante la visita. Pero, tras acompañarnos hacia el salón —una vez a salvo de las miradas externas—, todo cambió.

El sonido de la puerta al cerrarse dio el pistoletazo de salida a una carrera frenética de las jóvenes —quienes durante el avance hicieron volar sus velos descubriendo su parecido físico—. Se abalanzaron sobre un Marco que abrió sus brazos para recoger los entusiasmados cuerpos de las chicas parando sobre él, efusividad que arrojó a los tres hacia un sofá cercano.

La mujer de Sajan, Saima, se presentó a la vez que destapaba su cabeza luciendo una preciosa melena de color castaño oscuro. Sin inmutarse por el comportamiento de sus hijas, me saludó con dos besos sonoros a ambos lados de mis mejillas, mientras tanto, Sajan, hombre aparentemente serio y respetuoso con los bagajes culturales, apartó como pudo a sus gemelas del tumultuoso encuentro con Marco.

—Así yo no poder seguir —vociferó desesperado en inglés, idioma que todos parecían entender, sin que nadie le hiciera el menor de los casos—. ¡*Diut...* para ya! —Era la segunda vez que le oía pronunciar la palabra «amigo» para referirse a Marco.

—Esta vez no he sido yo... ¡son ellas! —apostilló divertido a la vez que, demostrando su condición física, se levantaba cogiéndolas en vilo y depositándolas, delicado, delante de él.

—¡Tú acostumbrar mal! —reprochó malhumorado.

Intuí por el comentario que había cierta relación entre ellos más allá de la laboral, que en principio era el único vínculo que, creí, existía entre esos dos personajes, a los que consideré de caracteres completamente diferentes el uno del otro.

Dejamos la bulliciosa escena, con un Sajan que lució de nuevo su cara de pocos amigos mientras reprendía el comportamiento de sus adolescentes hijas, y seguí a su mujer. Me guio por un largo pasillo y subimos unas empinadas escaleras que nos situaron en el piso superior, donde mi olfato percibió de inmediato la caricia delicada del aroma floral a jazmín.

Una bañera rebosante de agua se encontraba esperando a mi cansado y maloliente cuerpo.

Nunca antes deseé tanto un baño. Segundos tardé en desvestirme y lanzarme a él. Lo disfruté tanto que, incluso estando en compañía de una extraña, no me incomodó su presencia mientras, atragantada de placer, sumergía todo mi cuerpo bajo ese agua aromatizada.

Como si fuera una hija más, me recomendó lavar el pelo con un mejunje —mezcla gelatinosa amarronada, de igual color al cuenco de barro que lo contenía—, asegurándome que dejaría mi pelo tan vaporoso como la crin de un caballo galopante. «Curioso símil», pensé extrañada.

Con el relajante sonido del chapoteo que producía el agua mientras frotaba mi cuerpo, Saima, que quedó sentada sobre un taburete cercano, terminó de esclarecerme la increíble relación habida entre su esposo y un Marco que parecía totalmente integrado en su familia. Vínculo que no imaginé ni por un instante debido a la tirantez con la que se trataban.

Los padres de Sajan, buscando el bienestar de su hijo, le proporcionaron la mejor educación posible. Aunque ellos anhelaban que estudiara la carrera de Medicina, dejaron escoger al muchacho, el cual, llevado por una pasión irrefrenable por la historia, se decantó por esta.

Sufragaron con gran esfuerzo los gastos de la carrera que lo alejó del país y enviaron al joven a una de las mejores universidades de Milán, Italia.

Allí fue donde descubrió las trabas que le suponía un físico que claramente divulgaba su procedencia, y que alentó algunos insultos xenófobos de inmaduros compañeros universitarios que se mofaban de él por su aspecto y origen.

Saima, que expresaba cada palabra con gestos, abrió desmesurada sus preciosos ojos negros cuando en su relato apareció Marco, el hombre atractivo y exitoso con el que su marido compartió piso de estudiante.

Viendo las penurias que ese joven extranjero padecía, no dudó en ponerse de su lado ofreciéndole todo lo que en ese momento necesitó: amistad, protección, cariño... Así nació una entrañable relación que ni el tiempo ni la distancia rompió.

—¡Mujer americana! —Se oyó decir por el hueco de la escalera irrumpiendo nuestra conversación—. Se hace tarde si querer llegar a la obra hoy.

De un brinco me puse en pie mientras Saima arrojaba una de las toallas sobre mi cuerpo desnudo.

—¡Ya estoy lista...! —exclamé emocionada por llegar, impaciente por el deseo de empezar a trabajar cuanto antes.

Conocidos los detalles del descubrimiento que me había llevado allí y la historia de mis nuevos compañeros de viaje, solo faltaba saber qué escondían esos códices escritos por una mujer, seguramente, avanzada a su época y encontrados en un paraje inusual: bajo una carretera en construcción, cercanos a un lago colindante al país más próspero en épocas pasadas: China.

Capítulo IV

Descubriendo su historia

Los últimos rayos de luz, antes de la caída definitiva del sol, nos acompañaron durante el recorrido que hicimos andando por la carretera que bordeaba el lago.

La soledad del paraje se hizo más palpable cuando nos topamos con los últimos trabajadores que abandonaban el lugar, se alejó paulatinamente del bullicioso ruido de sus voces, más pendientes de la conclusión de su jornada laboral que de la historia que allí yacía.

Anduve con gran rapidez por delante de Marco y Sajan. Mi mente, absorta, imaginaba el remanso de paz que antaño afloraría en el ambiente de ese recóndito paraje.

Mi nerviosismo por llegar fue evidente, me encontraba ante un sueño imposible de cumplir hacía pocos meses atrás y, en ese momento, estaba al alcance de mis manos. Olvidándome de la amargura que me supuso la decisión tomada días antes, en ese instante, me sentí como una montañera culminando una gran hazaña; como una mujer con una vida mediocre ante el gran reto de su existencia.

—¿Saima utilizó otra vez ese raro jabón de pelo?! —dijo Marco a Sajan en tono guasón a la vez que miraba hacia mi cabeza. El comentario buscaba, imaginé, relajar la tensión en la que me había sumergido, inconsciente.

Tras sus palabras, frené las desmesuradas zancadas de mis pasos equiparándolos al ritmo de los suyos.

—No llevar solo eso, mezclar muchas otras hierbas más —contestó sin desvelar qué contenía esa mascarilla que, ciertamente, lo dejó más sedoso que de costumbre.

—¿Qué lleva? —interrumpí, inocente, la conversación.

Marco, rápido, respondió sin tapujos.

—Esperma de caballo: «Deja el pelo tan vaporoso como la crin de un caballo galopante» —dijo imitando las palabras y la suave voz de Saima a la vez que las risas de ambos parecían acoplarse la una con la otra.

—No lo puedo creer... —resoplé mientras negaba con mi cabeza, incrédula, no aceptando la veracidad de la existencia de ese ingrediente tan repugnante en el mejunje pastoso con el que embadurné mi pelo y dejé actuar minutos sobre él.

—Fortalece las raíces y previene de la caída —añadió Marco a la vez que su dedo índice se enrollaba en uno de sus rizos—. ¡Ves! Vaporoso. —Rieron nuevamente, desenfrenados tras la gesticulación del italiano sobre su pelo.

Descubrir los beneficios que a largo plazo el semen de ese animal producía sobre el cabello, y la extensa explicación de un Sajan que parecía utilizarlo a diario sobre su esponjosa cabellera, me aflojó esa presión que se siente sobre el estómago ante un acontecimiento importante, intensificándose con más fuerza cuando se aproxima el momento definitivo.

El terreno alrededor del boquete había sido aplastado debido al peso de las máquinas apisonadoras, que al pasar por encima provocaron el desprendimiento del endeble techo.

Me coloqué delante del agujero, sobre el único montículo que quedaba, y mi vista se alzó recorriendo el paisaje, panorámica que Marco me confirmó haber grabado días atrás con una cámara profesional.

Desde allí, contemplando el lago Kachura, descubrí el porqué de su apodo. Las grandes montañas que conformaban la cordillera del Himalaya lo rodeaban y se reflejaban en sus cristalinas aguas junto al color azulado del cielo que los cubre.

De «cielo en la tierra» lo tildan.

Llené mis pulmones de aire en el momento que escuché, de fondo, el sonido retumbante de la puesta en marcha de un pequeño generador de corriente.

Iluminada la caverna, Marco tiró de una fina cuerda que, instantes después, hizo aparecer una escalera de su interior. Me agarré con energía, notando la frialdad del metal en mis palmas, y bajé por ella mientras, en el exterior, fijaron los extremos a la abrupta pared.

Quedé minutos observando mi nuevo espacio de trabajo.

El habitáculo no era mayor que una habitación de tres metros cuadrados. Al fondo, localicé el arcón centenario, a un lado de este, y apoyada sobre el rocoso paredón, yacía la alforja rebosante de pequeñas semillas ennegrecidas y polvorientas. Bajo el boquete de entrada, colocados cercanos a mis pies, se encontraban distintos artilugios de época que más adelante catalogaría.

Contábamos con un pequeño escritorio de trabajo que tenía varios cajones —situado en el centro de la cueva—, alumbrado más que ningún otro rincón al quedar la bombilla suspendida, por un largo cable sujeto al techo, a pocos centímetros del tablero de la mesa. Sobre él, reposaban distintos tomos de historia sobre el periodo mogol y una lupa de grandes dimensiones con base articulada.

El silencio invadió el momento, aun con la presencia de mis compañeros rodeándome y una pequeña cabecilla que se asomó por la abertura —supuse que pertenecía al vigilante que preservaba el hallazgo del expolio de ciudadanos europeos y estadounidenses—; nadie alteró la concentración en la que, allí abajo, permanecí inmersa.

El rol de ellos dos quedó claro: atenderían mis demandas, colaborarían y esperarían mis dictámenes.

Tras sentarme en la única silla del lugar y colocar bajo la lupa, con enorme cuidado, el primero de los códices a estudiar, Marco encendió una pequeña grabadora que situó a la altura de mi boca.

Inspiré con fuerza antes de hablar.

—Pakistán, primavera del año dos mil quince, inmediaciones del lago Kachura, hora local: siete y media p. m. Tomo número uno. —Fijé mi vista sobre el primer nombre que apareció—. Claramente, y con hilo de color dorado, se encuentra bordado el nombre de la escriba, Nasila, término que fue confirmado por el historiador y colaborador, Sajan, en el primer estudio realizado a los códices —dije con voz elevada hacia el aparato sin quitar los ojos de ese rastro de historia que, temblorosa por la emoción, sujeté entre mis dedos.

Palpé con mis dos manos las cubiertas, las deslicé por los lomos y sostuve la primera hoja; la mantuve estirada arrimándola hacia la lupa.

Segundos después, hablé hacia mi lado derecho, en dirección al dispositivo que Marco quedó sujetando.

—En mi primera toma de contacto detecto datos curiosos, llamativos. El material de las hojas investigadas no es característico de este país. Encontrándonos en Pakistán, antigua región mogol y perteneciente a la India en la época que se estima han sido fechados los códices por mi

colega Sajan, la composición del papel hallado tiene unas características amorfas especiales. Aprecio la utilización de la técnica de trituración y compresión de trapos, muy extendida en China, pero también fue un método exportado poco después de su invención hacia países europeos.

En ese momento, Marco y Sajan colaron sus cabezas por el perímetro sobrante de lente, intentando observar la ampliación del detalle que para ellos pasó desapercibido y que dotaba de más misterio aún al hallazgo.

—Es evidente la destreza de la escriba, su firmeza en la trazada y la limpieza de su escritura. El idioma empleado en estas primeras hojas es el urdu antiguo, levemente modificado por la inclusión de palabras persas.

Como experta paleógrafa, debía realizar un estudio previo sobre el posible origen, idioma y muchos otros detalles que para otros profesionales del gremio podían pasar desapercibidos.

Los nuevos datos descubiertos no dieron respuestas, sino que generaron aún más preguntas.

Realizada una primera introducción, tenía que centrarme en lo que esos manuscritos querían contarnos. El lenguaje tan arcaico con el que estaban escritos me hizo quedar en silencio durante minutos, relejendo, entendiendo cada uno de esos párrafos para construir una narración que se acoplase a la actualidad.

Si esas memorias pretendían llegar a todo el mundo, tenía que convertirme de nuevo en la brillante estudiante a la que llamaron «la narradora de historias».



Sus primeras letras hablaban sobre un viaje, el que hizo *baba*, término cariñoso con el que se refería a su padre, desde la antigua capital, Fatehpur —«la ciudad de la victoria»—, hacia Skardu, población contigua al lago.

Decía que él era uno de los médicos del gran emperador Akbar, pero que, tras construir un majestuoso palacio en ese lugar y comprobar la falta de agua y otros inconvenientes, hizo trasladar su corte de regreso a Agra, momento en el que *baba* quedó liberado de sus tareas. Aprovechando la situación, marchó hacia la región más cercana a la frontera de China, a la zona más resguardada —gracias a la gran cordillera del Himalaya cercana— de invasiones extranjeras. Huyó de las continuas guerras que asolaban la India en ese momento, intentando preservar las vidas de las personas a las que más quería: su recién nacida hija y la mujer a la que siempre amó.

Su esposa acababa de dar a luz a una preciosa niña, de llamativa tez blanca y el color de los prados en sus ojos —de similar apariencia a su progenitora, la cual, se decía, descendía de algún viajante venido de tierras lejanas—, y aquel largo trayecto acarreó consecuencias nefastas.

Ella era ese bebé, que creció sin el cariño de su madre, quien finalmente no aguantó el duro viaje provocado por las circunstancias. Fue su padre el que respaldó todas sus necesidades afectivas durante su infancia.

Resultó curioso comprobar cómo fue apartada, en esa época donde el varón dictaminaba el destino de sus hijas, de las tradiciones habidas. Así, recibió una educación abierta, sin ninguna duda modernizada para su época, incluso para tradiciones actuales.

Baba no volvió a desposarse. Su mundo giró en torno a Nasila, nombre cuyo significado decía mucho: «brisa fresca».

La muchacha creció rodeada del saber.

El cansancio del cuerpo combatido con frutos secos, o con las sopas de hojas de alcachofas y piel de algún cítrico, o del zumo de dos zanahorias grandes más el de una remolacha roja.

La tristeza del alma suavizada con baños relajantes de sándalo, o té de semillas de cardamomo, o vapores de polen.

Sus escasos dieciocho años de vida estaban resumidos en esas primeras hojas —pasando por alto muchos detalles—, lo que me hizo pensar que no era ese exactamente el periodo adonde quería llevarnos con su testimonio. Consideré, por esos primeros párrafos cuya narración transcurrió rápida, que empezó sus memorias en un punto determinado, en el momento que esa armónica existencia que vivió se truncó por algún suceso que alteró el rumbo de los acontecimientos y, tal vez, esa fuera la razón que motivó sus escritos.

Seguí leyendo sobre remedios vegetales a muchas y variadas dolencias, hasta llegar al último párrafo que por ese día estudiaría. Lo transcribí textualmente, tal y como Nasila nos lo quiso contar en ese códice:

Todo lo invertido en mí tenía una finalidad: culminar mi aprendizaje en la cercana China, el país más avanzado en las técnicas curativas, y donde baba había estudiado varios años atrás, destacando por delante de muchos otros jóvenes que allí se instruyeron. El momento estaba próximo, pero antes de emprender el larguísimo viaje había que avituallarse. El severo clima del invierno terminando nos hizo consumir todas las provisiones que en otoño habíamos almacenado, por lo que era necesario viajar a la lejana ciudad de Lahore; su mercado era conocido por sus excelencias, incluso se hallaban frutos y verduras que en esa región tan fría no podíamos cultivar.

Esta vez me llevaría con él, le acompañaría en un viaje que duraría más de ocho lunas y que nunca me dejó hacer. Buscaba acostumbrarme a los largos trayectos, a que me relacionara con otras personas más allá de los campesinos con los que habitualmente trataba.

Baba jamás imaginó que allí... me perdería.



Quería seguir, no parar en ese punto en la nada, pero la mano de Marco tocó uno de mis hombros interrumpiendo mis palabras.

—Ya está bien por hoy. —El cansancio acechó a mi vista y se hizo notar en mi fatigada voz.

—¡Un momento! —exclamé antes de que apagara el grabador mientras me acercaba a él—. Retomando las observaciones sobre el primer tomo del códice encontrado, se aprecia una rúbrica distintiva de la escriba al final de cada una de sus páginas.

Tras el comentario, Sajan intervino de inmediato hablando también hacia el aparato.

—Estar siendo estudiada. Dos semanas revisar fotografías de manuscritos de época mogol, preguntar a muchos expertos por resultar la marca conocida, yo haberla visto, pero aún no encontrar pista.

Observé cómo el dedo de Marco presionaba el botón de *stop*.

De ese modo, terminó nuestro fascinante comienzo de investigación. Con sensaciones de lo más variopintas: alegría, tristeza, cansancio, empatía... Podría enumerar los cientos de emociones que realmente sentí en ese primer día de lectura.

Capítulo V

Un regalo

El pequeño hostel, a treinta kilómetros del hallazgo y emplazado en la cercana ciudad de Skardu, servía de alojamiento a multitud de alpinistas, que buscaban la conquista de los enormes montes cercanos, y a tres osados investigadores, que intentaban descifrar las entrañas de la historia de aquel lugar y de una de sus moradoras.

Marco y Sajan, que portó un bolsón extraído del maletero del coche, me acompañaron hacia la que sería mi habitación y zona de descanso el tiempo que durara esta aventura. Entraron en ella con ímpetu, procurando aplacar mi mala cara, que arrugué sin disimulo cuando contemplé la desértica habitación que contenía escasamente la cama y una única mesita de noche, cubierta, a simple vista, por una capa de polvo que no dejaba entrever su color, y que me hizo suponer que el servicio de limpieza del hostel dejaba mucho que desear.

Se acercaron hacia la solitaria ventana y tiraron de la cinta de la persiana, que se alzó para mostrarme la pequeña razón por la que encontrarme bien en aquel sitio más allá del aspecto que ese dormitorio presentaba. Quedé embelesada por los inmensos prados que desde allí se veían y cómo acababan a los pies de esa cordillera, que parecía acotar todas las direcciones a donde mi vista llegaba. Mientras contemplaba la panorámica visión, algo ya oscurecida por el acecho del anochecer, acomodaron la habitación para mí. Entre los dos sacudieron las sábanas, incluso, con una bayeta sacada del macuto que Sajan sujetaba, limpiaron con esmero ese solitario mobiliario devolviéndole el color azulado que la suciedad camuflaba.

Giré mi cuerpo hacia el interior y allí estaban, satisfechos, posiblemente, de haber movido los hilos adecuados para resolver el problema de la traducción, por sacar esa historia adelante, por haber conseguido atraerme hacia ella.

—Ten, mujer —dijo Sajan mientras depositaba el bolsón sobre la cama ya adecentada—. Saima seleccionar su ropa más grande para tú tener algo que poner, también preparó cena —señaló hacia una fiambarrera—, por si tener hambre.

A continuación, habló Marco a la vez que dejaba su teléfono móvil sobre la mesita de noche.

—Tendrás que llamar a alguien, supongo. —Asentí con la cabeza—. No te prives con el tiempo, ¡paga la empresa! —exclamó guiñándome uno de sus ojos mientras ambos andaban hacia la salida.

Sajan, antes de cerrar la puerta, se despidió de mí; ceremonial, movió su cabeza llevando la barbilla hacia el cuello.

Sus habitaciones individuales quedaban emplazadas a ambos lados de la mía.

El problema del extravío de mi maleta se fue aligerando y, tras abrir el macuto y contemplar aquella ropa, solo eché en falta mis recientes adquisiciones, varios libros de mis escritoras de romántica preferidas, M. N. Mera y Susana Oro, lecturas a la que siempre hacía hueco, aunque el viaje durara poco, y que me hacían practicar el español, esa lengua romance que tanto me gustaba.

Por lo demás, me divirtió seleccionar la ropa que me pondría durante el resto de días que estuviera mi equipaje perdido. Llamó mi atención la diversidad de monos abombados de multitud de colores vivos, parecían haber sido seleccionados entre esa ropa que vistes una sola vez para alguna fiesta o boda destacable, algo rimbombante, nada que ver con el estilo de atuendo que yo solía usar, en tonos beis y rectas formas, pero servible para aquella ocasión. Los estiré y los coloqué con lentitud en las perchas prendidas a una barra metálica, con soportes de madera que débilmente la sujetaban en pie.

Me entretuve un buen rato, pretendiendo, tal vez, retrasar esa llamada que debía hacer.

Sentada sobre el somier ablandado, notando sobre mi trasero la presión de alguno de sus muelles clavándose en él, miré de soslayo hacia el teléfono. Estiré mi brazo, tembloroso por el momento angustiante que sentí. Durante los segundos que recorrí el espacio que me separaba de él, intenté evadirme, quitar de mi cabeza las malas vibraciones, pensar que todos esos días sin mí podían haberle hecho reflexionar, tal vez, con suerte, le darían otra visión sobre mi viaje.

Con mi escasa valentía y mi débil decisión, marqué los números de su teléfono.

A los pocos tonos, descolgó.

—¿Quién es? —preguntó.

Tras oír su voz tragué con dificultad, luego carraspeé para intentar disimular la congoja que se instaló en mi garganta.

—John, soy yo. Estoy en... —Colgó.

La atendió por desconocer quién llamaba y, al detectar la horrenda persona que estaba tras esa comunicación, ni lo dudó. Dejó bien claro que esos días sin mí solo sirvieron para alejarme aún más de él.

Con el sonido repetitivo del rechazo pegado contra mi oído, seguí contándole lo que no quiso escuchar.

—Estoy en Skardu. Me encantaría que olieras el aroma que desprende la cordillera del Himalaya en primavera, que contemplaras las flores de los cedros agrupadas en ramilletes amarillentos por el polen y cómo se mezclan con el verdor de los prados y el blancor de los picos nevados de sus cumbres. Pero... todo lo que me hizo sentir este paisaje hoy, no anuló mi deseo de ti —susurré emocionada por la nostalgia.

Yo le amaba y tenía la equívoca convicción de ser correspondida.

Tras esa declaración lanzada al espacio, corté presurosa el ensordecedor ruido y, resentida, me recosté inquieta sobre la cama.

El cansancio adormiló mi mente, anulando cualquier desazón sentida.

Ruidos extraños escuché durante toda la noche a ambos lados de mis paredes: corrimiento de camas, movimiento de sillas, hasta me pareció oír alguna risa aislada. Mis compañeros, por algún motivo, no pasaron una noche muy tranquila. Los incesantes cortes de sueño, producidos por el alboroto proveniente de sus habitaciones, me provocaron continuos desvelos que, a la mañana siguiente, me dejaron pegada al incómodo colchón por el cansancio extremo. No fui capaz de reaccionar tras los primeros golpes sobre mi puerta, pero, al intensificar la fuerza de los mismos, por fin despegué los ojos, erguí mi postura y, lentamente, caminé a sofocar el jaleoso despertar.

—¡Encontré...! —Fue lo primero que dijo Sajan al verme.

Las ojeras de sus ojos parecían aumentadas por los cristales de sus opacas gafas. Entre sus manos, y pegado al pecho, abrazaba una gran enciclopedia de tamaño similar a su torso.

Le invité a pasar y le acompañé hacia mi cama para que se acomodara y me enseñara ese dato tan importante hallado, responsable de mantenernos en vela durante toda la noche.

Me senté a su lado. Con un movimiento suave, traspasó el enorme tomo hacia mis piernas, donde quedó reposado.

Guió con su dedo mi vista hacia una fotografía que retrataba un manuscrito antiguo y señaló una de las esquinas inferiores. La visión de esa rúbrica conocida me produjo desasosiego y, aún más si cabe, unas ganas irrefrenables por volver lo antes posible al lago, a seguir leyendo sobre su historia.

«¿Qué hace la firma de Nasila bajo uno de los códices sobre flora y fauna que el emperador Jahangir, el cuarto Gran Mogol de la India, estudió y recopiló durante todo su reinado?, ¿por qué etiquetó con su rúbrica unos cuantos de esos códices y no todos?, ¿tal vez hubo un cambio de escriba? Y lo más inquietante... ¿cómo Nasila terminó en la corte del emperador cuando su padre tenía otros planes para ella?», pensé.

—¿Marco sabe esto? —pregunté al observar que solo Sajan había entrado en mi habitación.

—Es pronto aún, no molestar quiero —dijo algo resignado, como conteniendo las ganas de hacerlo.

—¡Vamos a buscarlo!

De un brinco salté sobre la cama agarrando aquel enorme tomo de la misma manera que él lo portó. Abrazada a su contorno, corrí hacia su habitación.

—¡Tú esperar!, ser pronto —gritó Sajan desde el fondo del dormitorio, procurando refrenar mi ímpetu por contarle rápido y sin demora aquel gran descubrimiento.

Como pude, golpeé varias veces su puerta utilizando la puntera de uno de mis pies.

Se entreabrió despacio.

—¡Marco! —grité entusiasmada su nombre—. ¡Sajan lo encontró! —exclamé fuera de mí por la ilusión.

Una melena rojiza, algo despeinada, apareció por la abertura.

—Marco no está, salió a ducharse —dijo la joven, de apariencia anglosajona, que con un movimiento de cabeza apartó el pelo mostrando su cara a la vez que agarraba con más fuerza la sábana que cubría la desnudez de su cuerpo—. ¡Por ahí llega! —parloteó embobada dirigiendo su mirada detrás de mi espalda.

Giré mi cuerpo en la dirección que su vista marcó mientras mi estómago se engarzaba por la vergüenza de la situación. Circunstancia que pude haber evitado si hubiese captado el mensaje subliminar de Sajan, que consideró esperar y al cual ignoré llevada por el arrojito provocado por el descubrimiento de sorprendentes datos sobre el personaje de Nasila.

—¿Pasa algo? —preguntó aquel ser, estratosféricamente bello, que caminaba descalzo hacia su habitación cubierto por una diminuta toalla de mano, colocada alrededor de sus caderas dejando entrever sus magníficos contornos. Silueta que mi mente nublada imaginó exuberante de atributos.

Atlético todo él, se acercó raudo hacia nosotras.

Debí apartar mi vista, bajarla hacia sus pies, tal vez haber dado la vuelta y, avergonzada, mirar de nuevo hacia la pelirroja, que quedó igual de embelesada tras de mí. Pero, en esos tres días, incluso, en esos últimos meses de tanto cambio para mí, Dana, esa chica cohibida e insegura por su infancia y sometida por el hombre al que creía querer, estaba enfrentándose a una nueva etapa sin saberlo.

Fijé la mirada con descaro sobre aquel hombre. Solo pensé en mí cuando mis ojos lo disfrutaron, lo recorrieron de arriba abajo.

Me hice mi primer regalo.

Capítulo VI

Un mundo distinto

En nuestra segunda sesión de lectura nos colocamos de la misma forma que el día anterior, rutina que repetiríamos el resto de meses que duró la traducción.

Marco, a un lado, cercano a mí sujetando el grabador; Sajan, al otro, siempre atento y dispuesto a intervenir en beneficio del relato; y el vigilante —que entendía a la perfección mi idioma—, asomado por aquella abertura custodiando lo hallado.

Ese día palpé las ásperas solapas que cubrían el códice, avancé con suavidad por lo ya contado y hablé hacia la inerte hoja que tenía delante y que cobraría vida de manera inmediata.

—Cuéntanos, ¿qué quieres que sepamos de ti...? —pregunta que lancé a la nada, respuesta que tendría que esperar a ser contestada.

Escuché el suave pitido que puso en marcha el grabador.



Para Nasila, esa partida hacia Lahore significaría mucho. Era la culminación, la práctica final a un aprendizaje, el que *baba* le había inculcado durante todos esos años atrás y que empezaría poniendo a prueba su estado físico y mental con un viaje de más de ocho días de duro recorrido. Testaría su saber en la elección de flores, verduras y tubérculos que ella misma escogería en el vasto mercado de la ciudad y, por último, afrontaría el gran salto de su vida.

Después de avituallarse, viajarían durante meses hacia el extremo más oriental de China, Pekín, en busca del antiguo profesor de su padre, el médico Chang Kia-pin, al que *baba* visitó años antes, tras un largo periplo que le separó de Nasila durante mucho tiempo y que le permitió fraguar un futuro distinto a la de otras jóvenes muchachas para su amada hija.

El relato continuaba explicando cómo Nasila afrontó ese viaje sin retorno; sintiendo nostalgia por lo que dejaba atrás, a la vez que notaba en su estómago la centelleante sensación al cambio; cómo caminaron entre valles acotados por montes cuyas cimas blanquecinas quedaban ocultas por densas nubes de igual color, y el miedo que sintió al atravesar laderas cuando el camino se estrechaba, de tal forma, que el pequeño carromato, tirado por bueyes, apenas cabía en los angostos caminos cercados por abismos.

El sabio *baba* decía que en los grandes esfuerzos del cuerpo se sentía brotar una energía que radiaba la fuerza suficiente que te impulsaba a llegar hasta el final.

El día que Nasila notó el desfallecimiento por el cansancio, en ese último trecho después de seguir un sendero que parecía no tener fin y rodear un pequeño montículo, fue cuando la ciudad quedó a la vista y ese brío que *baba* describió la sacudió acelerando sus pasos. Adelantó al carro, a los bueyes e incluso a su padre, que tiraba de ellos.

—Detente, hija mía, hoy descansaremos. No corras por llegar —exhaló *baba* igual de fatigado que ella.

—¡Quiero entrar a la ciudad! —exclamó sin poder contener sus ansias.

Su padre, elocuente, frenó con palabras su intención.

—No ves que tu cara queda oculta por un manto de polvo y tu pelo está tan recio como el de una bestia. ¿Quieres asustar a todos...? —proclamó con agrado su padre.

Esa noche la pasaron a orillas del río Ravi.

En escasas ocasiones, se había bañado en los cauces de los ríos; de donde ellos venían, el contacto con ese agua te petrificaba de inmediato por el frío glacial que se sentía.

Disfrutó sumergiéndose desnuda en esas templadas aguas dulces, notó, más que nunca, la libertad a la que estaba acostumbrada mientras se remojaba plácidamente tras el duro viaje. Aunque tras chapotear unos instantes, enseguida apareció *baba* que se abalanzó sobre ella y, empañando su ropa, la rodeó con los brazos tapando su desnudez.

Después de la reprimenda, comenzó otro tipo de enseñanza para Nasila.

Ya no vivirían aislados del mundo, ni harían visitas puntuales a los enfermos que requirieran sus atenciones, ni serían acogidos de forma familiar en el seno del hogar de algún aldeano que les considerara sus bienhechores.

Empezó a entender que el mundo que ella conocía era muy distinto al que estaba a punto de descubrir.

A la mañana siguiente, Lahore se presentó ante sus ojos inmensa. De su calle principal emergía un escandaloso bullicio de voces que se percibía por todos los rincones. Avanzó despacio, no solo por vestir un atuendo obligado que la cubría de arriba abajo resultando incómodo para sus pasos, caminó pausada para observar todo lo que acontecía a su alrededor: los elefantes engalanados con abalorios brillantes y pomposos, los juglares entreteniendo a los niños y no tan niños con sus hábiles malabares y a los mercaderes ofreciendo sus mejores productos.

El examen había empezado.

Baba apuntó con su dedo a distintos vegetales y especias mirando hacia los ojos de su hija. Nasila los identificó definiendo con soltura y habilidad sus propiedades curativas.

Se sentía preparada.

Tomillo, vahos nasales para los picores y estornudos. Arroz y membrillo, se cuece el cereal y se filtra el líquido añadiendo seguidamente una porción de esa fruta, mezcla que cortará la disentería. Sal, la vertemos en un cuenco de agua removiendo hasta no distinguir sus granos, se aplicará sobre heridas de la piel con aspecto claro y transparente...

Tan concentrados estuvieron con esos últimos ejercicios, que obviaron el revuelo que se formó en torno a ellos. Cuando *baba* se vino a dar cuenta, Nasila había sido arrastrada por la multitud que huía en estampida. Él quedó apartado del tumulto, apreciando cómo guerreros avanzaban montados en siniestros caballos separando del gentío a las jóvenes que encontraban a su paso.

Ese día, el gran emperador Jahangir se encontraba en Lahore y, oficialmente, se convocó a todas las mujeres casaderas de la ciudad en torno a los amplios jardines de su castillo.

La narración de Nasila continuaba explicando cómo su padre, desesperado, pudo encontrarla.

Parapetados en un estrecho callejón, *baba* subió el ropaje de la chica hacia el pecho y, con gran rapidez, ató a su cintura una saca que contenía forraje destinado para alimentar a sus animales. A continuación, le enseñó las directrices que tenía que seguir.

Ella las atendió sin comprender exactamente qué significaban.

—Queda quieta, no hables, no descubras tu rostro, no levantes tu cara, evítales la mirada... —Repentina, fue arrancada de su lado—. ¡Hija mía...! — Escuchó bramar a su padre mientras un vil soldado la interceptó agarrándola de forma violenta.

La llevaron hacia la hilera de jóvenes que avanzaba hacia las inmediaciones de la fortaleza.

No sintió miedo porque pensó que *baba* iría a buscarla. Para ella, él lo podía todo.

Con cierta seguridad anduvo con las demás muchachas.

Las guiaron hacia una enorme plaza ubicada delante de la fortificación, de color blanco y almenas prominentes; bastión muy reconocido por su estratégica ubicación. En la entrada, en una de las elevadas torres colindantes a la puerta de acceso, asomaban sus cabezas las autoridades del lugar cuyos rostros no se distinguían debido a la altura.

En esa gran explanada, mientras eran colocadas, observó la variedad de actitudes que esas jóvenes mostraban. Unas lloraban en silencio, otras descubrían sus rostros a la vez que movían estilosas sus cuerpos, provocadoras.

A su alrededor, secuaces lacayos las examinaban cual compradores de ganado cotejando la mercancía. Estos, con estacas de madera en las manos, recorrieron los espacios existentes entre las filas que formaron.

Cercano a Nasila, uno de ellos quedó embelesado con el vaivén descarado de una de esas jóvenes, de cara descubierta y movimientos insinuantes, mientras, con su vara, lento, hacía girar su cuerpo.

Seguidamente, vociferó ordenando a uno de los soldados:

—¡Llévatela! —exclamó apuntando hacia la chica.

En ese momento, los ojos del fiel ejecutor quedaron fijos sobre la mujer contigua a esta: Nasila. Por su altura llamó la atención, pero, siguiendo las directrices de *baba* —que ocultó la esbeltez de su figura bajo el saco de forraje atado a su cintura—, mantuvo la cabeza gacha, contuvo la respiración evitando el movimiento excesivo de sus exuberantes pechos y eludió su mirada.

Consiguió pasar desapercibida entre los cientos de jóvenes concentradas en aquel lugar.

Las cinco elegidas fueron conducidas al interior del castillo, momento en el que el portón cerró sus puertas concluyendo la multitudinaria concentración.

Nasila giró en dirección contraria a las almenas.

Los familiares esperaban en uno de los extremos de la explanada, custodiados por una barrera de recios soldados armados que les impedían el paso.

Según avanzaba hacia la salida, localizó a *baba* de inmediato. Habiéndose hecho hueco entre la muchedumbre, la esperaba —aparentemente más aliviado— en la primera de las filas.

Olvidados los consejos marcados por su padre, el afán de Nasila fue correr a su encuentro sin saber que aún se encontraba en peligro, ya que algunos de los justicieros del emperador seguían con sus miradas al rebaño de mujeres descartadas.

Se apresuró tanto, que por el camino dejó un reguero de heno, una estela formada por la rotura de esa saca que camuflaba su aspecto, provocando que se concentraran las miradas sobre ella. El velo que ocultaba su cabeza voló hacia atrás en la carrera, dejando visible el inaudito color de su pelo rubio y las bellas facciones de su cara.

Con la veracidad de su apariencia expuesta a la vista de todos, su avance se frenó por una vara de madera que presionó contra ella uno de esos esbirros, aparecido fugaz entre el gentío.

Sus pies se detuvieron *ipso facto*. Paralizada, se dejó hacer. La estaca se movió hasta posarse bajo el mentón, empujándolo hacia arriba, obligándola a elevar su cara y descubrir el color verdoso de sus ojos. Después, lentamente, bajó por su contorno hasta presionar su

estómago, la hizo girar sobre sí misma marcando la estrechez de su talle. En ese momento, sus oídos dejaron de percibir sonidos. Se formó un vacío auditivo en el que solo recordaba cómo la boca de ese despiadado ser vocalizó palabras que su cerebro no quiso atender.

—¡A esta también nos la llevamos...! —La vista de Nasila se precipitó hacia el suelo.

No miró a su padre para evitar contemplar su pesar.

Lo que escribió después de lo sucedido irradiaba la gran tristeza que le provocó la cruel despedida.

Mi vida valía un talego de monedas, un puñado de ovejas y unas pequeñas tierras a las afueras de la ciudad. Eso fue lo que recibió baba por mí. Entregada la dote, las familias contaban con unos instantes para la despedida antes de subir al elegante carromato que esperaba para trasladarnos a alguno de los palacios.

Baba, conteniendo su emoción, me dirigió sus últimas palabras:

—Beneficiate de tu sabiduría. —Reposó sobre mi hombro las alforjas repletas de semillas que recopilamos para nuestro ya imposible viaje a China—. Nunca te des por vencida, yo siempre estaré a tu lado. —¿Significaría que me seguiría?, ¿qué me sacaría de donde me llevarán?...

A continuación, asió el collar que, enigmático, colgaba siempre de su cuello y lo pasó por encima de mi cabeza. Siempre me pregunté qué contendrían esas dos pequeñas sacas de cuero, de distintos colores, que reposaban sobre su pecho y que en ese momento lo hicieron sobre el mío.

Su dedo tocó la diminuta bolsita de piel blanca.

—Utilízala para cuando tengas deseos de morir —dijo misterioso. Desplazó su vista hacia la otra, de piel negra—. Empléala con cautela, cuando no halles ninguna otra salida. No la uses sin motivo alguno —advirtió con gran preocupación.

Tras un breve silencio, los soldados tiraron de mí.

—¡Mi niña...! —exhaló esta vez con lágrimas en sus ojos mientras me alejaban de él.

De mi boca, estancada por la situación, no brotó ni una palabra de amor. Siempre me arrepentí por ello.

A través de la pequeña ventana embotada del carromato donde fuimos confinadas, observé a baba lanzar al aire sus recién entregadas monedas, ahuyentar a su nuevo rebaño de ovejas y hacer añicos aquel dictamen que le otorgaba unas tierras que no compensaban la pérdida de una hija a la que le había dedicado su vida por entero.

Capítulo VII

Caos

Al finalizar nuestra jornada de lectura, me resultó raro regresar a Skardu en silencio, avanzando por esa carretera bacheada sin que Marco ni Sajan apostillaran ni una sola palabra sobre lo narrado. Todos parecíamos aislados, digiriendo el varapalo de los nuevos acontecimientos a los que tendría que hacer frente la joven Nasila, incluso, en mi caso, asemejando su situación a la mía propia; la desaparición temprana de mis padres y el comienzo de una vida en solitario con el único apoyo de mí misma.

Algunos flecos cercanos a esa historia me tenían absorta y a la vez curiosa e impaciente por conocer los motivos del silencio, aparentemente forzado, de mis dos compañeros de viaje, los cuales ceñían las comisuras de sus labios reteniendo sus palabras. «¿Qué pensarán?, ¿tendrán al igual que yo algún punto de concordancia con lo leído que los mantenga abstraídos?», cavilé.

Descubrirlo sería el mayor embrollo al que me enfrentaría en esos cinco meses de estancia en Pakistán.

En el local cercano al destartalado hostel donde nos alojábamos servían las mejores alitas de pollo estilo americanas que había probado nunca Marco. «Curioso lugar donde probar exquisiteces de mi tierra», pensé cuando lo afirmó con rotundidad. Tal vez, la cantidad de forasteros de visita a esas tierras de cumbres afiladas adaptó la ciudad a diferentes tipos de gastronomías.

Mi primer bocado a aquella carne fue seguido por los ojos de ambos a la espera del dictamen de una autóctona americana.

—No está mal —insinué tras saborear aquel pollo que en verdad sentí sabroso.

Tras la réplica de Marco, estalló el caos.

—Tú sí que no estás nada mal —balbuceó entre dientes con un toque de humor que no fue bien recogido por un Sajan que, tras el desafortunado comentario, dio un brinco que lo puso en pie.

—Dejar a esta mujer tranquila. No coger para tu *harem* como hacer ellos con Nasila. —Mis ojos parecieron salir de sus órbitas por dos motivos: por el ataque que presencié y por el adelanto de ese destino en el que todos pensábamos y que aún no había sido confirmado en esos códigos.

La tirantez entre ellos la palpé nada más conocerlos. Un pique inusual y de connotaciones impertinentes cuyos motivos estaba a punto de conocer.

—Tú, precisamente tú, me hablas de esa joven a la que su padre jamás hubiese vendido por un puñado de monedas, una dote mísera que rechazó y por la que nunca la entregaría a nadie. ¡Tú! —recalcó Marco alzando su voz y levantándose de su silla con brusquedad.

—Tranquilos, ¡no pasa nada, Sajan...! —intenté apaciguar el momento a la vez que elevaba también mi cuerpo convirtiéndolo en un obstáculo entre los dos, alegando por la paz en una guerra que no entendía y que encontré precipitada, temprana debido al escaso tiempo que llevaba conociéndolos.

—Dana, esto no es por ti. Siéntate y escucha lo que tengo que contarte sobre este personajillo que tenemos delante.

La tensión se intensificó. Los puños de Sajan se cerraron torpemente en posición de ataque. Marco siguió hablando obviando la amenaza del débil contrincante que le hacía frente.

—¿A cuál de tus hijas has vendido, canalla?! —proclamó con gran resquemor. Tras la pregunta, sentí un desasosiego repentino en el estómago—. ¿A la que nació primero por ser la mayor o a la que apareció en este mundo cinco minutos después convirtiéndose en la menor?

Era evidente que Sajan había entregado en matrimonio a una de sus hijas gemelas, deducción a la que llegué por las palabras de un Marco fuera de sí.

—Yo vivir en Pakistán, no en tu país. Aquí ser normal —respondió convencido, respaldado por sus estancadas costumbres—. Querer lo mejor para hija.

—¿Entérate...! Ellas eligen. —La boca de Marco quedó cercana a la cara del diminuto Sajan, que movía sus puños al aire—. Entregarla a un hombre del que no está enamorada... penoso —gargajeó con asco.

—¿Hablar por hablar!, ¿qué hacer tú todas las noches? Ir con cualquier mujer sin conocer y después... ¿abandonar! —recalcó malhumorado—. No saber nada del amor. Allí, en tu pueblo europeo, comportarse peor, pero nadie juzgar.

Mi cara se alargaba y contraía con cada arremetida venenosa que escuchaba, hasta que todo cesó repentino. Igual que había empezado, se calmó de improviso cuando ambos cayeron derrotados sobre sus sillas.

No hubo vencedores ni vencidos, quedaron dañados por el resentimiento. La decadencia de una amistad maltrecha a consecuencia de la multiculturalidad de las naciones, por la diferencia social y religiosa de donde se nace, de mundos tan distintos entre sí que colisionan sin más remedio.

La cena continuó. Respetuosos hacia mí, permanecieron juntos hasta la consumición del último de los platos. Después, Sajan me acompañó al hostel mientras Marco se tomaba una última copa.

Anduve hacia la salida del local, pero, justo antes de abandonarlo, observé el revoloteo de mujeres alrededor del apuesto hombre que no evitaba el contacto con ninguna, al revés, provocaba con su sensual apariencia a todas y cada una de ellas. Vendíéndose a la mejor postora.

Ese día, de una forma u otra, todos nosotros quedamos tocados por ese relato. Yo reviví el vacío que supuso la soledad de mi adolescencia, enfrentarme a un destino incierto sin guía. Posiblemente, recordar una situación inentendible a Marco le hizo reaccionar de esa forma contra Sajan que, a su vez, reprochó la actitud de un amigo viciado por la conquista, por el capricho de poseer sin ningún otro motivo más.

De camino hacia al hostel y, con voz afligida —entrecortada todavía por el disgusto—, Sajan me confesó no entender el comportamiento obsesivo de su amigo hacia las mujeres. Cómo cada noche invitaba a su cama a una distinta, cómo perdía el tiempo llenando su vida de actitudes que poco le aportaban a su persona, sin compromisos, sin metas familiares cuando él sabía de los grandes valores que poseía.

La noche continuó alterada por revelaciones inesperadas.

En la madrugada, después de escuchar lo que se irían convirtiendo en habituales sonidos de una sesión de lujuria y desenfreno provenientes de la habitación contigua a la mía, unos suaves golpecitos en la puerta me hicieron descubrir la cabeza —que mantenía oculta debajo de la

almohada para acallar esos vergonzosos ruidos, que acabaron cesando— y caminar con pereza para descubrir quién llamaba a horas sumamente tardías.

Cuando la abrí, el atractivo Marco apareció embutido en una larga bata de andar por casa. Recatado, cerró con sus manos la abertura en pico de su pecho, cubriéndolo sin atisbos insinuantes. Pidió que lo dejara pasar a mi habitación con la única intención de dar una explicación sobre lo acontecido horas atrás.

Pareciéndome la situación surrealista, allí quedé en pie mientras yo, sentada sobre el colchón —al estilo de una madre—, atendía las explicaciones de ese Don Juan, quien confesaba nervioso el porqué de su reacción descontrolada.

Saima, la mujer de Sajan, ya me adelantó la gran integración de Marco en su familia, asunto que me quedó más claro cuando él afirmó que las niñas —palabra utilizada para referirse a las hijas de Sajan— eran como suyas propias, tal vez, sobrinas de un hermano muy querido.

Quedé extremadamente dolido al enterarse de que Amina, la primera de las nacidas en ese parto múltiple y etiquetada como la mayor, había sido comprometida con un joven estudiante de futuro prometedor. Sajan aseguró un porvenir de apariencia fácil para una de sus hijas, sin contar con los sentimientos que la joven pudiera tener. Entendí el pesar de sus palabras, yo misma era incapaz de comprender la imposición de un marido para una mujer —nuestros mundos nos distanciaban sin remedio—. Durante su sincero monólogo, me extrañó oírlo hablar sobre el amor, aquel que se debe de sentir con fuerza para consignar media vida a alguien.

Quedé impactada por las deducciones de un hombre que, aparentemente, huía justo de lo que en ese momento ensalzó razonable.

Pasé una noche inquieta y, siendo aún temprano, bajé en solitario a la pequeña cafetería cercana al hostel. Después de acceder al local, mi cabeza se impulsó hacia atrás por la sorpresa de encontrarlos juntos. Desayunaban plácidamente sentados en la misma mesa como si nada hubiera ocurrido, dialogando divertidos y con sonrisas en sus labios —sin resquemor alguno—. Yo todavía me encontraba afectada por el episodio acontecido y ellos lo habían olvidado, pasando página y actuando como los buenos amigos que realmente eran. «Me sorprende esta raza de cabezotas que se olvidan de todo más fácil que nosotras, condenadas a recordarlo una y otra vez».

Me alegró que todo volviera a la aparente normalidad, seguir compartiendo la comilona mañanera que se convirtió en habitual, festín con el que nos agasajábamos en cada desayuno. Engullíamos con una desmesura que nos permitiera aguantar en la cueva el mayor tiempo posible en detrimento del almuerzo, y así avanzar en la lectura de esos códigos. Nos preocupaba perder el tiempo de estudio en una obra que seguía imparables su curso.

Capítulo VIII

Las elegidas

Con la emoción indescriptible que nos suponía acercarnos a la historia de Nasila, aquel día bajamos entusiasmados las escaleras metálicas que nos llevaban al interior de la caverna. Nuestros rostros cambiaron la expresión por el asombro de encontrar en el habitáculo tres taburetes de pequeño tamaño alrededor de la única silla existente. Nos miramos expectantes preguntándonos: ¿quién hizo nuestra estancia algo más comfortable entre las hostiles actitudes que recibíamos a diario?

La cabecilla del vigilante asomó por la abertura, dando pronta respuesta a la extrañeza de nuestros gestos.

—Yo traer —habló de igual forma que Sajan—. Conseguir sitio para mí también, si no importar. —Imaginamos la incomodidad de su trabajo a pesar de sentirnos reacios por su cometido espía, aunque, con sus siguientes palabras, consiguió nuestro beneplácito absoluto—. ¡Querer saber a dónde llevar a Nasila! —expuso rotundo.

De esta forma, se unió a la narración un nuevo integrante, el discreto Tariq, un verdadero políglota cuya misión había sido, hasta nuestra llegada, transmitir las órdenes de los capataces a la multitud de empleados de diversas lenguas que allí trabajaban.

Nuestro invitado atendió cómodamente sentado el comienzo de una nueva sesión de lectura.



El interior del carruaje era bello, preparado para agasajar a doncellas: tapizado por entero, adornado con telas aterciopeladas y en cuyo lecho yacían esparcidos confortables cojines donde sus cuerpos podían permanecer con comodidad recostados.

Las muchachas, nubladas por la oportunidad de sus vidas —no en sintonía con nuestra protagonista—, quedaron cautivadas al abrir el gran arcón, dispuesto para ellas, y descubrir su maravilloso contenido: collares con incrustaciones de piedras preciosas, pequeños utensilios que jamás las jóvenes habían poseído, ni atesorarían de otra manera que no fuera esa.

Temblorosas por la emoción, sujetaban los objetos entre sus manos mientras, estilas, se observaban en ellos.

—¿Por qué nos han elegido? —preguntó Nasila angustiada, irrumpiendo el momento de plenitud de las demás sin entender su entusiasmo.

Una respondió breve.

—¡Mírate! —exclamó cediéndole el utensilio de plata que sostenía y cuyo centro reflectó su cara.

Observó su rostro con más nitidez que nunca. Solo conocía de él lo que turbiamente las aguas cristalinas del lago le enseñaban; una silueta distorsionada, sin color, nada que ver con la claridad de la imagen que proyectaba aquel espejo bien pulimentado.

Sus ojos brillaban, en parte por lágrimas retenidas que hicieron resaltar aún más el intenso

verdor de su iris. Tocó sus resaltados pómulos, recorrió con sus dedos el declive de su fina nariz, los bajó perfilando el dibujo de unos carnosos labios que destacaban la perfección de su boca, los enredó entre su lacia melena color oro, acentuada por la diferencia con respecto al tono atezado de las demás.

Tras admirar sus recién descubiertas facciones, se alejó despacio. Se retiró hacia atrás sin quitar la vista del utensilio que mantenía entre sus manos. Lo movió bajándolo por sus firmes pechos, por el serpenteo de la esbeltez que su contorno marcaba.

Contemplarse respondió preguntas. Resolvió la enigmática frase con la que *baba* la educó y no dejó de recalcar hasta la extenuación: «Hazte valorar por tus aptitudes, por tu saber, aunque descubras en tu ser razones por las que sentirte dichosa y poderosa con respecto a otras».

A continuación, y esclarecido el porqué de su elección, quiso dar solución a otra cuestión que la inquietaba.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó con desgana.

La misma joven entusiasmada por la respuesta contestó ansiosa.

—¡Al grandioso palacio de Agra! Hemos sido escogidas como concubinas del emperador Jahangir —respondió a la vez que fijaba una sonrisa de satisfacción sobre su rostro.

Nasila, apesadumbrada, escribió sobre lo que sintió después de conocer su destino.

¿Cómo podía alegrarse? ¿Acaso viajaba por propia voluntad hacia ese lugar impuesto? Y si... ¿quisiera bajar de allí?, ¿la dejarían o sería retenida cual malhechora aprehendida por sus fechorías? ¿No entendía el confinamiento tras las rejas de las ventanas, la retención obligada de los custodios acompañándonos con sus caballos cohibiéndonos la libertad? ¿Qué veía ella que yo no era capaz?

Después de días de viaje sin recibir explicación alguna y en donde solo hubo contacto con el exterior tras obtener las porciones de comida que les correspondían, llamó su atención el tsunami bullicioso que se dirigía hacia ellas retumbando sobre las paredes del carruaje.

El ensordecedor vocerío de los habitantes de la ciudad de Agra cercó sus oídos. Atronaban las calles vitoreando el paso de la caravana acompañada por raudos soldados, que protegían el regreso de su emperador y al nuevo entretenimiento de cama de este. Ellas eran el reclamo de todos sus ojos.

Los bravos guardianes no dudaron en blandir las espadas para aislarlas de sus miradas, de la perturbación que causaron entre los varones deseosos de contemplar a las escogidas vírgenes del vasto Imperio mogol. Su belleza quedó oculta tras los opacos visillos, que raudos cerraron, privándolos de inmediato de la visión de unos rostros cuyo derecho de exposición estaba vetado, concedido a muy pocos.

Después de notar un pequeño bache que impulsó sus cuerpos recostados hacia arriba, se silenció el sonido estridente del exterior. La progresión de las ruedas en ese momento la sintió suave y entendió, por el avance, que habían dejado el suelo empedrado de las calles de la ciudad introduciéndose en el interior de algún lugar cuyo terreno sería simétrico, firme.

El carromato paró con brusquedad.

No las dejaron salir de inmediato, el emperador contaba con la prioridad absoluta. Tendrían que esperar para verse liberadas del lugar oscuro donde permanecieron retenidas durante los días que duró el viaje.

Después de sentir un leve revuelo alrededor, escuchó manipular los cerrojos de la minúscula puerta que las apresaba y que, seguidamente, quedó abierta. Fue arrastrada por sus compañeras

—engullidas en satisfacción por sus nuevas vidas—, y empujada en tropel hacia el exterior por todas ellas.

Doloridos sus ojos por el brillo intenso del sol, cubrieron sus cabezas con largos velos que taparon sus rostros angelicales privándolas de inmediato del vivo resplandor del amanecer, destello que por vez primera en su vida notó dañino para su vista. Esa tela pretendía esconder la esbeltez de sus cuerpos a hombres de armas no dignos de ellas, aunque también les interrumpió el olor floral de los jardines existentes alrededor.

Con su visión distorsionada por el fino algodón cayendo cercano a sus ojos, observó cómo las zarpas de los grandullones guerreros se apartaban de ellas y cedían su custodia a delicados lacayos de finura extrema.

Anduvieron por un camino —que llevaba hasta las puertas del castillo—, conducidas por esos esbeltos sirvientes, de piel oscura, ataviados con largas túnicas de colores pálidos, que resaltaban el tono blanco de sus prendas sobre el negror de su piel. Eran eunucos, únicos encargados de atender sus necesidades en los amplios alojamientos que confinaban a cientos de mujeres con el mismo cometido que ellas. El emperador no dejaría a ningún otro hacerse cargo de sus bienes más preciados, asegurándose, por la castración de esos medios hombres, ser el único beneficiario de su virginidad.

Todas callaban, avanzaban con cuerpos estirados y miradas fijadas sobre el cercano palacio donde ya se vislumbraba la exquisitez de sus adentros. Mientras las muchachas soñaban despiertas con lo que sería su maravilloso futuro como sirvientas de carne del emperador Jahangir, Nasila retenía en su memoria lo que las demás ignoraron.

No admiré ese palacio que a todas embelesó. Me aterró la rojez de sus altas almenas, apresaron mi mirada esos muros de color arenoso cuando mis ojos no conocían cercado alguno. Moví mi cabeza buscando alguna deformidad, algún recoveco que me ayudara a huir en un futuro cercano. Descarté de inmediato esa vía de escape tras contemplar la perfección del amurallado que me aprehendía.

Baba siempre decía que discurriera, que mantuviera la calma, que en el sosiego se hallaban las respuestas...

Capítulo IX

Noches de tertulia

Pasaron semanas sin avance, atascados en iguales pasajes donde Nasila narraba los hábitos diarios de sus primeros meses de estancia en el harén del emperador Jahangir —hijo del reconocido conquistador Akbar el Grande—, pero, aun así, todo lo que nos descubrió fue inédito. Jamás antes una mujer había relatado sus vivencias desde el interior de tan restringidas estancias.

Todas las noches, después de cenas copiosas que ingeríamos voraces tras aguantar todo un día entero sin sustento, comenzábamos tertulias sobre su historia que se extendían hasta el cierre del local. Marco se vio obligado a cambiar su rutina de flirteos, dándose por satisfecho con nuestro entretenido diálogo vespertino y yéndose cada madrugada a su habitación sin compañía. Detalle que para Sajan no pasó desapercibido y que los mantuvo con talantes más relajados que de costumbre.

Dialogábamos sorprendidos sobre la astucia que desveló tener la joven nada más instalarse en aquel lugar.

Después de asignarle aposento, y extrañada de la confortabilidad del mismo: un camastro hecho de plumas de oca y una amplia habitación individual iluminada por un gran ventanal con vistas al inmenso jardín interior de palacio, enseguida discurrió lo que necesitaría con urgencia. Bajo la gran ventana halló un extenso soporte cerámico vacío el cual llenó de tierra —traída a escondidas desde el vergel—. Aró la superficie con sus propios dedos y, en los trazos de sus surcos, depositó algunas de las semillas existentes en la rebosante alforja que *baba* le entregó en su despedida. Supo distinguirlas, sembró las que a su entender podrían ser más valiosas teniendo en cuenta el emplazamiento donde se hallaba. Las regó a diario de tal forma que, a las semanas, empezaron a brotar pequeños tallos verdes de variedad de formas, de flores de distintos colores.

Todos los días eran aleccionadas en grupo por las mujeres más curtidas del harén.

Nasila tenía un don, el estudio había sido el sino de su vida, por lo que atendió esas clases con su agudeza habitual para el aprendizaje.

Las plantas se utilizaban para otro cometido allí, producían fragancias de ellas, sagaz, supo distinguir los distintos olores de su piel sumergida en las aguas aromatizadas de los baños. Los masajes terapéuticos que desanudaban los músculos atrofiados, esta vez, se los mostraron con fines placenteros. La anatomía y las enfermedades del miembro viril masculino que conocía con excelencia, en esas clases, tenían el cometido de enseñarla a complacer a un rey deseoso de sus hermosas doncellas.

La belleza y sabiduría de la joven no pasó desapercibida para las demás, incluso llamó la atención de Rania, una de las favoritas concubinas del emperador, que de inmediato la consideró rival. Con el poder que le otorgaba su posición, intentó apartarla de los privilegios con los que las muchachas contaban: acceso a algunas de las piscinas más demandadas, restricción de manjares apetitosos..., pero a Nasila poco le importó, incluso su popularidad aumentó cuando exhibió su conocimiento sobre la sanación.

Sus aposentos fueron convertidos en lugar de peregrinación de muchas. Era fácil encontrar

en aquel sitio afecciones por hongos, úlceras en la piel, incómodas infecciones urinarias...

De las semillas germinadas obtuvo la materia prima para elaborar infusiones que aliviaron variopintas dolencias, los zumos hechos con la multitud de frutos nacidos en los árboles del amplio jardín ayudaron a reducir molestias y a combatir enfermedades.

Hasta la propia Rania se presentó ante ella con un niño que padecía extraños síntomas.

—¡Se ahoga! —dijo entrecortada.

Nasila, sabedora de las trabas que esa mujer le estaba imponiendo, ni la miró. No ocultó su resentimiento y se centró en averiguar las dolencias del crío ignorándola a ella.

—¿Tose? —preguntó mirando hacia el enfermo a la vez que descubría su pecho y acomodaba su oído sobre él.

—Sí, sobre todo, en estos días, cuando finaliza el invierno y el sol empieza a lucir con más fuerza —contestó escéptica.

Mantuvo una completa atención sobre la respiración dificultosa de su paciente y dictaminó:

—Creo saber qué es, pero tendremos que esperar a ver si funciona el proceder... —Se incorporó y, dándole la espalda, buscó los antidotos adecuados en los pequeños montículos apilados sobre un estante cercano. Siguió hablando mientras su vista localizaba lo que buscaba —. Aleja las plantas de sus aposentos, retírale la leche, que no ingiera huevos y... tres veces al día, antes de cualquier alimento, hierva dos zanahorias y cuatro ajos tiernos en leche de almendra, que elaborarás moliendo esto.

Sobre un trozo de cuero depositó un puñado de esas semillas y, habilidosa, anudó el saquito con brío dándose la vuelta hacia ellos y entregándoselo a la mujer, que lo sujetó asintiendo con la cabeza y confirmando que lo había entendido.

Sin más, tiró de la mano de su hijo y giró rauda hacia la salida.

—Vuelve en unos días. Quiero comprobar si hay mejoría —terminó diciéndole la sanadora antes de que saliera de allí sin atisbo alguno de agradecimiento.

El niño sintió alivio, aunque según explicó Nasila a la madre no había cura conocida para hacer desaparecer definitivamente las dolencias del pequeño. Tendría que controlar durante toda su vida una ingesta adecuada de alimentos.

Detalló, escribiendo con su pluma sobre uno de los recortes de cuero, la lista de comidas prohibidas.

—No sé qué pone —apostilló avergonzada tras recibir la nota.

Nasila pensó que la favorita del emperador sería la más culta de todas. Razonamiento equívoco que la devolvió a la cruda realidad; el interés hacia sus concubinas era puramente carnal, y las privó de cualquier acercamiento cultural.

—Pregúntame cuanto precises —contestó con cierto pesar y sin resquemor alguno buscando un contacto visual con la mujer.

—Quedo agradecida —contestó Rania llevando sus ojos hacia los de ella, arrepentida del comportamiento que exhibió contra la joven muchacha durante sus primeras semanas allí.

Después, bajó su barbilla como deferencia hacia ella, agradeciendo respetuosa el detalle de la atención hacia su hijo y reclamando, tal vez, el perdón sin pedirlo.

Nasila la entendió, la jerarquía habida en el lugar se pondría en peligro con cada llegada de nuevas y jóvenes muchachas. Solo se defendió de una posible adversaria a la que todavía no conocía y cuyos objetivos estaban más allá de la mejora de sus habitaciones o de lograr ser la favorita para obtener algún privilegio más.

La erudita nos fue descubriendo, durante las diferentes sesiones de lectura, su existencia en esos primeros meses de reclusión en el harén. Intuimos que —aunque no lo reconoció con

claridad— se sintió a gusto, útil en esa convivencia a la que, forzada, se acostumbró y en donde cada una poseía un estatus distinto. Estando al mismo nivel que las demás novatas, se diferenció de ellas haciéndose un hueco en la tarea más fascinante que le podía ofrecer aquel lugar: ser la médica de una delimitada población —de la misma manera que lo fue su padre en aldeas colindantes a donde vivieron—, con la ventaja que acarrea la cercanía con los pacientes, favoreciendo el control de la evolución de sus enfermedades.

Alcanzó lo que siempre deseó en el sitio más inverosímil para hacerlo.

Siempre buscó su zona de confort, el equilibrio. Inteligente con cada situación, no se dejó llevar por el entusiasmo ni por la apatía, hasta que, nuevamente, todo lo que alcanzó se desmoronó por completo.

Después de meses de adiestramiento severo, llegó el momento de mostrar a la princesa Amber —la madre del emperador— las nuevas esclavas sexuales escogidas en los últimos meses en su vasto imperio.

Aunque Marco, Sajan y yo misma conocíamos el dato por otros manuscritos de la época, estos códices nos reconfirmaron que las madres o esposas de los soberanos del imperio escogían la compañía de cama de estos.

Semanas antes a dicha exposición, fueron tratadas de forma especial: sus dietas alimentarias fueron controladas para favorecer su esbeltez; las criadas que atendían el harén frotaron durante días sus cuerpos con esponjas impregnadas en las fragancias que cada una de las jóvenes eligió, todo ello para mostrar sus cuerpos expuestos con el aroma que encajara mejor con su piel.

Nasila, sabedora que ese detalle podía influir en la elección o no de una noche de cama con el emperador, se hizo rociar con las fragancias más fuertes que dispuso intentando desagradar con tan penetrante olor para así eludir el encuentro. No previó que días antes al evento ninguna volvió a recibir baño alguno por lo que, al decantarse por ese proceder, a las demás se les desvaneció el perfume mientras que ella lo conservó suavizando la intensidad del suyo.

Caminaron acompañadas por su guardia personal —los eunucos insensibilizados con su belleza— hacia una majestuosa sala rodeada de tesoros. El gran salón poseía incrustaciones de piedras preciosas que bordeaban sus enormes arcos asemejando a las diademas altivas de una emperatriz. Sus altas bóvedas, adornadas con dibujos florales de intensos colores, dotaban a la estancia del aspecto de un edén decorado para diosas.

Ataviadas con velos transparentes que caían seductores por las curvas de sus formas, aguardaron nerviosas y con cabezas gachas —según se les adoctrinó—, colocadas cercanas al majestuoso trono aún vacío.

Los guardianes, situados en paralelo unos con otros, trazaron un camino desde una de las puertas hacia la real butaca ubicada en el centro de la estancia.

Intuyeron suaves pasos avanzando por el medio de ese amurallado formado por espigados esclavos africanos y contemplaron de soslayo a la princesa ocupar la señorial silla real. Después, rodearon el trono describiendo una elipse en torno a él.

Ante la anciana mostraron los atributos que atesoraban y por los que habían sido elegidas entre miles. Algunas movieron sus cuerpos estilizados exhibiendo sus aptitudes danzarinas, otras enseñaron sus dichosos rostros bendecidos por la perfección de sus facciones, incluso las hubo atrevidas que descubrieron por completo su torso y mostraron, desvergonzadas, los firmes bustos, como las jovencitas desfogadas que eran.

Nuestra protagonista quedó impávida frente a ella. Inmovilizó las extremidades de su cuerpo esquivando mostrar cualidad alguna que la enalteciera. Quiso terminar con ese trance cuanto antes, seguir con una vida medio enderezada de la mejor forma posible a la espera de

alguna oportunidad para ser liberada. Aunque su aspecto, su estilo, su fragancia... resaltaron entre todas sin eximirla del cometido por el que había sido adquirida.

El dedo de la anciana apuntó hacia ella.

—Esta —enfaticó mirando hacia una Nasila temblorosa por la situación.

Tras ser elegida, las demás fueron evacuadas, dirigidas por los eunucos hacia la misma puerta por donde habían accedido poco tiempo atrás.

La princesa abandonó el salón dejándola a solas.

En esos momentos de zozobra, con su mente bloqueada sin hallar solución alguna, recordó el collar que *baba* le entregó y que no dejó de colgar de su cuello desde el fatídico día de su captura.

Con sus dos manos, agarró la saca de piel negra, aquella que tenía que emplear con cautela cuando no hallara salida alguna, que no debía ser utilizada por ningún otro motivo más. Aflojando el cordel que la cerraba, descubrió su contenido.

Esas tenebrosas semillas le eran bien conocidas, el ricino era altamente venenoso y había sido empleado por su padre en animales, en casos extremos donde la muerte era el único beneficio que podía prestarles.

Nasila plasmó en las hojas de esos manuscritos lo que pensó, cómo discurrió el asesinato del emperador llevada al límite por el momento que vivía.

Salvar vidas había sido el gran cometido de mi existencia, pero, en ese instante, reconcomida por el odio de verme retenida a mi pesar y en la imposición de seducir a un hombre al que no amaba ni conocía, decidí terminar con su vida y, a la postre, con la mía, que poco más valdría después de aquel acto insurrecto. Actuaría llevada por el acorralamiento al que, en ese momento, no encontré ninguna otra salida.

Capítulo X

Una visita reveladora

Esa noche, después de nuestra tertulia habitual y dejándonos aquel día la lectura del códice con innumerables temores sobre lo que realmente haría Nasila para esquivar esa situación, Sajan y yo quedamos recostados en mi cama consultando decenas de volúmenes sobre el Imperio mogol, intentando confirmar de qué forma murió el emperador Jahangir.

Marco salió de la habitación para atender una llamada que parecía ser importante ya que, tras identificar el número de teléfono entrante, despavorido, saltó sobre el colchón donde todos nos hallábamos y, poniéndose en pie, se alejó veloz.

Seguimos impasibles en nuestra labor, uniendo fuerzas en la investigación.

—Otra vez confirmar, Dana —dijo Sajan señalando de nuevo hacia uno de los renglones donde se narraba la biografía del susodicho emperador.

—¡Aquí también! —exclamé algo más aliviada tras reafirmar el dato que sabíamos, pero que, obligados por nuestra profesionalidad, tendríamos que contrastar con distintas fuentes—. «Sucumbió al alcohol deviniéndole la muerte prematura por cirrosis» —leí textualmente—. Nasila no cometió ningún asesinato —concluí cerrando enérgica aquella enciclopedia.

Ahora bien, en el punto donde nos había dejado la lectura de su historia, se avecinaba alguna situación peligrosa para ella. La negativa de esa gran mujer a dejarse manipular, a sucumbir a ninguna imposición, nos mantuvo intranquilos. No auguraba un desenlace muy favorable.

«¿Consiguió utilizar las semillas de ricino?, ¿la pillaron infraganti?, ¿se arrepintió y cedió ante el abuso de poder?».

Siguiendo con las suposiciones a las que nos habíamos aficionado, Sajan continuó divagando:

—Hubo mujer importante en vida del emperador... —relató entusiasmado por descubrir nuevos datos que avecinaran algún acercamiento de Jahangir hacia nuestra protagonista y que, de ser corroborado en esos textos, dotarían de gran valor a lo hallado.

Marco, que entró por la puerta sonriente, replicó al comentario acoplándose a la conversación.

—¡Olvidalo!, conociendo a Nasila poco tendrá que hacer ese manipulador... —Carcajearnos al unísono tras escuchar sus risueñas conjeturas.

Debido a los minutos de ausencia por la atención a esa llamada, le informamos con detalle sobre la forma en la que murió el emperador Jahangir, dato ratificado y ya avalado por información fiable.

Terminada la explicación, que pareció no haberle desvelado nada nuevo sobre lo ya sabido, se lanzó de un brinco hacia la cama, acto que nos hizo botar sobre el colchón y que provocó que enfatizara aún más mi sonrisa, la cual apenas dejé de lucir desde que llegué a Skardu.

—Tengo dos noticias —anunció misterioso mientras ahuecaba la almohada y acomodaba la espalda en ella—. Una buena y otra mala...

Exaltados, no dudamos cuál queríamos conocer primero.

—¡La mala! —exclamamos a la vez Sajan y yo mientras incorporábamos nuestros cuerpos, que quedaron mal colocados tras su salto.

—Mañana no iremos a la obra.

Mi cuerpo se tensó ante la malísima noticia. «¿Cómo voy a poder conciliar el sueño pensando que tendré que esperar un día más para conocer el devenir de la situación en la que nos han dejado esos códigos?», pensé.

Fruncimos los entrecejos, desconcertados.

—La buena... —se apresuró a desvelar Marco tras observar nuestro desconsuelo—. Samantha me ha confirmado que nuestra investigación está causando furor entre nuestros colegas norteamericanos y que, aunque su objetivo es estar unos meses por la India, mañana cogerá un vuelo para acá y pasará la noche con nosotros.

Todos la apreciábamos por unas circunstancias u otras. En mi caso, era mi mentora, la persona que me había precipitado hacia ese cambio radical, por lo que, a pesar de las ganas que tenía de descubrir el destino de Nasila, esperaría con gusto.

Atendería a nuestra visitante como se merecía.

Al día siguiente, un contratiempo hizo que dedicara toda la mañana y parte de la tarde a la limpieza general de mi cuarto.

El recepcionista confirmó que no quedaban habitaciones libres en el hostel, así que Samantha dormiría conmigo. Ayudada en la compra por Marco, reuní todo lo necesario para adecentar el polvoriento dormitorio, que requería el talento de mi pasado reciente como ama de casa.

Aunque Marco quiso colaborar en la labor, rechacé su cortés ofrecimiento, alegando no estar muy conforme con el estilo ligero que la limpieza de un hombre podía ofrecerme. Sin insistir mucho más, y diría que hasta dichoso de ser relegado de esas funciones, puso rumbo a su dormitorio con la intención de trabajar sobre el dossier que plasmaría todos los datos recopilados sobre el hallazgo, así como un estudio fotográfico del lugar. Concienzudo análisis que estimamos presentar a nuestra prestigiosa visitante.

Había olvidado la monótona rutina de las bayetas, la aspiradora, de los abrillantadores y del limpiacristales. Aunque después de horas de recordatorio, parecía como si nunca hubiese dejado de hacerlo... Limpié el polvo de los rincones más escondidos, las mínimas motas dibujadas en los cristales tras una segunda mano de limpieza.

Todo quedó reluciente para agasajar a mi compañera de habitación.

Con el magnífico trabajo terminado, centré todos mis esfuerzos en mí. Quería lucir estupenda para nuestra ilustre benefactora venida de tierras americanas. Delineé de forma alargada mis ojos imitando a las bellas hindúes de rasgos profundos, resalté el color pardo de mi iris coloreando los párpados con vivas sombras en tonos azulados, mi rubio pelo fue recogido en una seductora coleta lateral y las preciosas vestimentas coloridas de Saima hicieron el resto.

Sajan quedó en avisarnos una vez regresara del aeropuerto donde recogería a Samantha. Nos esperarían en el restaurante cercano.

Los suaves golpecitos sobre la puerta de mi habitación me activaron de inmediato a sabiendas que venían a buscarme.

—¡Vaya! —balbuceó Marco sorprendido al verme con mi nuevo aspecto mejorado.

—Un día es un día —respondí a su asombro haciendo mover mi larga falda al ritmo de mis bailarinas manos cual elegante danzarina pakistaní.

—Sajan no debe enterarse nunca de esto —dijo el italiano fascinado.

—¿De qué?

—Estás bellísima, Dana... —insinuó con timidez.

—¿Del piropo? —pregunté divertida e inusualmente descarada, incluso sentí en ese momento la confianza que estaba surgiendo entre nosotros después de un mes de investigación juntos.

—Sí, ya sabes cómo es... Me arrancaría la boca de un mordisco si lo supiera. —Me imaginé la escena en el que un caniche enrabiado corría tras un samoyedo bello y corpulento.

Reí con desenfreno solo de pensarlo.

El halo que desprendió Samantha durante la cena sobresalió por encima de todo lo demás. No resaltó su físico, ni necesitó cambiar su cómoda indumentaria después de un largo viaje.

Segura de sí misma, destacó por su instruido diálogo y empatía. Fue la receptora de toda nuestra atención mientras cenábamos, plácidos, en tan grata compañía.

Nos contó lo que supuso conocer en Estados Unidos las revelaciones que desde Pakistán estábamos llevando a cabo. La historia gustó, hasta nos desveló que un grupo de famosas feministas americanas habían quedado cautivadas por la existencia de esa joven intentando ser valorada en un país, Pakistan, y en un siglo, la época mogol, en donde una mujer valía —con suerte— unas pocas monedas de plata. Esperaban expectantes los nuevos acontecimientos que desde allí narráramos.

Confesó que, de seguir así el relato, hasta le plantearon un futuro mediático para lo descubierto en esos códigos, aunque, de momento, no quiso desvelar nada más. Prudente, prefirió esperar antes de darnos falsas esperanzas.

Tras entregarle el dossier detallando algún otro dato nuevo sobre lo expuesto telefónicamente —que hasta ese momento había sido la única forma de comunicar todas las novedades acaecidas—, Samantha, en tono agotado, pareció dar por finiquitado el encuentro.

—Marco, estoy cansada —dirigió su mirada hacia él.

—Hemos preparado mi habitación, estaremos bien —contesté, complaciente, llamando su atención.

—Me parece que... —habló Samantha esta vez dirigiendo su vista hacia mí—, ¡no! Gracias, Dana.

Esa negativa me confundió y me avergonzó de inmediato. Lo siguiente que pensé, pero no me atreví a preguntar fue: «Pues, ¿dónde piensas dormir?».

En ese instante noté cómo mi mentora buscaba el contacto visual con el galán italiano, que correspondió a su profunda mirada. Después de ser testigos de ese acercamiento incorpóreo noté que Sajan y yo sobrábamos en aquella mesa.

Esa misma noche decidí que al día siguiente exigiría un cambio de dormitorio. No estaba dispuesta a seguir en aquella habitación contigua a la lujuria desenfrenada de un hombre al que buscaban todas las mujeres.

Qué rubor sofocante sentí de escuchar aquel encuentro sexual con una conocida a la que estimaba.

Apretaba y apretaba la almohada contra mi cabeza hasta que el susurro alocado de Samantha me perturbó de forma definitiva.

—¡No sigas!, ¡para!, o... —escuché decir bajo mi escudo protector acolchado, que aflojé *ipso facto* a la espera de la conclusión de aquella frase emitida con clamor y de la que quise conocer el final—, ¡moriré de placer!

Aunque todo cesó repentino, esas palabras quedaron clavadas en mi subconsciente.

Jamás el goce que pude sentir junto a John —al que no me cansé de llamar, sin obtener respuesta, ni una sola noche de las que estuve allí—, me había elevado hacia ese estado de semiinconsciencia, a la nube de éxtasis en la que pareció quedar sumergida aquella mujer con aquel hombre.

Algo cohibida por el alboroto con el que pretendí conciliar el sueño la noche anterior, a la mañana siguiente intenté comportarme con la mayor naturalidad posible acompañando a Samantha y Marco hacia el coche donde ya esperaba Sajan al volante.

Estrechó la mano del italiano —como si nada hubiese pasado entre ellos— y nosotras, cordiales, nos dimos un fuerte abrazo de despedida, momento en el que reviví sus gritos retumbando a cañonazos en mi cabeza. Me incomodé.

No me cabía la menor duda de que intuyó algún gesto de desagrado cuando, abrazadas, su boca chocó suavemente contra mi oído.

—No dejes de probarlo... —susurró en secreto a la vez que las comisuras de sus labios se alargaban dibujando una pícaro sonrisa según se alejaba.

—Estoy comprometida —musité entrecortada aplacando su soez comentario.

—Tú te lo pierdes —dijo despreocupada cerrando la puerta del coche y dirigiéndome su último saludo.

Observé cómo se distanciaban por la estrecha carretera de vuelta al aeropuerto de Islamabad, donde conectaría con otro vuelo que la llevaría al país colindante, India —su verdadero destino final—, y no pude evitar recriminarle a Marco un aspecto que tendría que haber mencionado y que obvió.

—¡Me podías haber avisado! —me quejé malhumorada.

—¿El qué? —preguntó extrañado de mi reproche.

—¡Que Samantha no dormiría conmigo en mi habitación! —recalqué de malas formas—. Me hubieses ahorrado unas cuantas horas de limpieza —farfullé irritada.

Cualquier atisbo de alegría existente en su rostro se desvaneció de improviso. Su cara se entristeció repentina.

—Yo tampoco lo sabía —contestó, apático, dándome la espalda y yendo con semblante serio hacia el interior del hostel.

Un sentimiento grande de tristeza me invadió e, inexplicablemente, sentí una inmensa pesadumbre por él. Hasta entonces no había pensado en Marco como un hombre mangoneado y utilizado por la mujer que le placiera.

Los roles que mi cabeza tenía preestablecidos hacia él, tras la visita reveladora de Samantha, se invirtieron.

Desde ese momento, al conquistador lo intuí víctima.

Capítulo XI

La única salida

Sesiones de lectura

«Desconcierto», con esa palabra Nasila describió los minutos que pasó en aquel salón, perturbada por haber sido elegida por la madre del emperador. Sus oídos, silenciados, su boca, enmudecida, sus articulaciones, paralizadas y su mente, congestionada por el devenir de pensamientos.

Sigiloso, como un depredador ante su presa, un curtido y recio soldado de la guardia imperial apareció en la estancia. El verdugo que la acompañaría ante Jahangir quedó impasible bajo el arco de salida. Su aparatosa vestimenta llamó la atención de la joven: media armadura ensalzaba sus hombros, su estomacal atlético, esculpido por las ondulaciones del hierro sobre su torso. La gran espada, reposada sobre su pierna, tan larga era que el filo se extendía más allá de la rodilla.

Su aspecto la aterrorizó aún más: su cara exhibía una huella de guerra mal cicatrizada que la atravesaba transversal, desfigurando su rostro; la mirada de sus ojos se preveía maléfica.

Nasila escribió acerca de las sabias conjeturas que *baba* razonó sobre lo que se aventuraba en los ojos de una persona: «La mirada de cualquier ser vislumbra su pasado, el que lo vivió fácil o el que lo sufrió complejo; su presente, el que lo siente lleno o el que denota falta; y el misterioso devenir del futuro, el que lo buscará con ahínco o el que nunca llegará a tenerlo».

De ese hombre intuyó lo peor.

—¡Sígueme! —ordenó en tono rotundo a la vez que giraba su cuerpo hacia la salida, convencido de que la chica le seguiría sin más.

Nasila actuó con rebeldía, quedó petrificada en el mismo lugar.

El entrecejo del rudo soldado apareció completamente fruncido cuando dio la vuelta tras caminar unos pasos a solas pensando que iba acompañado.

—¿Pasa algo?! —preguntó amenazante.

—¡No voy a ir a ninguna parte contigo! —exclamó Nasila valentona mientras asía con su mano la única arma que poseía: la saca que contenía las semillas de ricino inservibles para aquella ocasión.

Con amplios pasos avanzó el grandullón hacia ella sin saber de la agilidad de la muchacha —criada en los montes extremos de la cordillera del Himalaya—. De un enérgico salto, se colocó tras el trono imperial, interponiéndolo entre los dos. El soldado, algo incrédulo por la situación, evitó el sillón a la vez que Nasila huía a la carrera por tan amplia estancia. El salón, lleno de recovecos, le serviría para evitarlo, quedando a salvo por unos instantes.

El guerrero, curtido en lindes de batalla, no fue tras ella. Con parsimonia y seguridad sacó de su faltriquera una boleadora —hecha de tiras de cuero y cuyas puntas terminaban en tres piedras del mismo tamaño— y, habilidoso, lanzó el largo artilugio hacia los pies de la joven, que en ese momento corría. Voló recorriendo varios metros quedando con gran precisión enredada en

ellos. Con sus pasos inmovilizados por las cuerdas, Nasila cayó al suelo.

De un movimiento veloz, fue interceptada por sus ásperos dedos, y a la presa, reducida, la izó sujetándola por debajo de las axilas, llevándola en volandas cual trofeo de caza entre sus manos.

Recorrió largos pasillos pataleando al aire y en incómoda posición. El agarre —que le produjo una rojez por debajo de tan delicada zona— terminó tras llegar a su destino.

Liberó su cuerpo delante de la entrada del aposento imperial.

—¡Mi señor! —exclamó el soldado antes de acceder a él.

—¡Entra, Zahir! —le invitaron a pasar mencionando su nombre.

Nasila, con actitud desafiante, entró seguida de cerca por el rudo Zahir, que no dejó de vigilarla. Marchó con brío hacia el interior, donde el emperador apareció cómodamente recostado en su lecho.

—¡Mi señor! —volvió a decir al encontrarse cercano al emperador—. La devolvería al harén, no parece estar preparada para su cometido.

Por un momento, la joven pensó haber conseguido esquivar la situación, pero al emperador poco le importó la advertencia de su guardián.

—¡Retírate! —ordenó. Reticente, agachó la cabeza y caminó hacia atrás con postura reverencial.

Hábil, su brazo lo dirigió hacia el cuello de la muchacha y tiró de su collar, despojándola del bien máspreciado que había portado durante meses suspendido en su torso.

—¡Devuélvemelo, bastardo! —exclamó Nasila el insulto al verse desposeída de la única arma con la que podría combatir esas depravadas exigencias a la que, obligada, la guiaban.

Zahir frenó sus pasos a la vez que las miradas inauditas de ambos se clavaron sobre ella. Incluso, Jahangir, que continuó plácidamente tumbado, gesticuló con uno de sus ojos al rudo comandante manifestando cierta complicidad entre ellos.

—¡Si me permite hablar! —Respetuoso, pidió permiso a su soberano—. Lo recuperarás si te comportas como te han enseñado —habló tajante mirando hacia ella.

El emperador pareció divertirse con esa nueva situación; una doncella rebelde que le otorgaría un nuevo aliciente a diferencia de las actitudes sumisas y complacientes de las otras.

Pareció excitado con la idea de forzar a su reciente adquisición.

Nasila, sabedora del peligro que corría estando cercana al corpulento Zahir, urdió un cambio de estrategia que lo alejara de allí. Premeditada, aplacó de repente la tensión de su cuerpo y, sensual, se movió como nunca antes lo hubo hecho. Estudiosa del arte de la seducción —instruida por las mejores profesoras posibles: las curtidas veteranas del imperio—, exageró el vaivén de sus caderas, movimientos ejecutados a propósito como gancho para sus ojos. Giró sobre sí misma continuando con el balanceo desmesurado de sus nalgas al compás de las suaves oscilaciones de sus manos.

Cegado, el débil Jahangir sucumbió encelado por sus encantos, hasta relamió sus labios en señal de deseo antes de hablar.

—¡Retírate, Zahir! —concluyó con su voz desvanecida por la excitación de poder poseer a su antojo, obligando a su fiel soldado a marchar cuanto antes de allí.

Al desaparecer el obstáculo que podía frenar su escapada, el emperador movió sus dedos instándola a acercarse hacia su cama.

Bajo su real vestimenta, se adivinó una erupción viril provocada por los movimientos insinuantes de una Nasila que, en ese momento, dudó cómo proceder.

¿Qué más podía hacer? ¿Cómo salir de allí sin sucumbir a la imposición de un mundo para el que jamás fui adoctrinada?

Sentada tímidamente en un extremo del lecho, fue acorralada por los endeble brazos del emperador y obligada a tumbarse a su lado mientras arrancaba su velo con ímpetu. Sus pechos quedaron expuestos ante los ojos encendidos por la lujuria del soberano. La boca pegajosa de él se untó en los carnosos labios de ella, sintiéndose más amenazada que en ninguna otra ocasión vivida. La lengua del invasor penetró forzosa en la boca de la doncella, siendo sometida a un contacto que la repugnaba.

Mientras Jahangir disfrutaba en solitario, Nasila, invadida por la repulsión que le causó su primer beso, no dejó de discurrir alguna salida para tan horrenda situación.

Lo que pensó pondría en peligro una vida que ya no quería para ella.

Apretó con sus dos manos la cabeza del emperador arrimándola aún más a la suya, momento en el que la lengua asaltante quedó hundida por entero en su boca, entonces, la muchacha, desesperanzada, cerró con ímpetu sus dientes atrapándola con desmesura. Los gritos entrecortados alarmaron a la guardia imperial, que entró desconcertada en tropel sin saber qué le ocurría a su protegido, quien bramaba sin control.

La sangre cubrió la cara de la mujer cual felino devorando a una presa acongojada.

—¡Alejadme de esta bestia inmunda! —vociferó con torpes palabras que escasamente se entendieron debido al músculo capturado.

Cuanto más intentaban apartarla de él, más dolor sentía el apresado en su boca. La muchacha, obcecada por su ímpetu, no cedería a pesar de encontrarse acorralada.

Las manos de Zahir fueron las únicas osadas que se colaron entre ambas mejillas e, interceptando la mandíbula de Nasila, tiró de sus dientes con la mayor de sus fuerzas. La mínima abertura de su boca hizo que la lengua del emperador resbalara hacia el exterior, liberándose de las fauces ensangrentadas de la muchacha.

Inmediatamente, su cuello quedó aprisionado por la espada desenvainada del ávido guerrero, que la obligó a recostarse sobre la cama, semidesnuda, sin poder incorporar el cuerpo por la presión de la afilada hoja que, de moverse, rajaría con facilidad su garganta.

Su sangre empezó a brotar por debajo del vil acero que la oprimía con precisión bajo su barbilla, manteniéndola arrinconada contra el lecho.

Las risas nerviosas de Jahangir resonaron por todo el habitáculo. Parecía haber enloquecido mientras su médico personal —que fue requerido con rapidez— atendía la lengua malherida.

—La chica es astuta... ¿¿qué hacemos con ella?! —preguntó dolorido mirando hacia un Zahir que cada vez hundía más su espada asesina.

—¿¿La mato?! —Sus ojos centellearon por la crueldad de su ser a la espera de la decisión imperial—. Solo traerá problemas. —Vislumbró lo que de esa mujer se percibía.

—Y si... —dudó antes de hablar—, ¿se la ofreces primero a tus soldados cuando regresen de la contienda? ¿Que se diviertan un rato con este buen ejemplar que ya no quiero!

Zahir asintió a la vez que deslizaba por la garganta de Nasila el hierro de su espada, marcando de por vida a la osada muchacha.

La cicatriz de su cuello le recordaría por siempre el horrendo día en el que se enfrentó al emperador de su reino y no sucumbió a sus exigencias.

Se avecinaba el peor futuro posible para la desamparada Nasila.

Días, tal vez semanas, pasó en aquel agujero privada de todo.

La fría cueva contaba con tres barrotes de hierro que acotaban un pequeño agujero en lo alto del muro pedregoso por donde no pasaba ni un rayo de luz, ni fragancia que alentara a su olfato... Apenas alimentaba la caverna con algo de aire que poder respirar; su acto insumiso la llevó a aquel infierno.

La limpieza de la herida de su cuello —utilizando el agua del cuenco con la que la abastecían—, se convirtió en prioritario. Confeccionó pequeñas tiras con el mínimo velo que vestía. Intentó cambiar su vendaje todos los días y lo comprimió con fuerza evitando el sangrado. Mantuvo la brecha lo más cerrada posible para que rápido cicatrizara.

No quedando más por hacer, su cabeza discurrió de qué forma proceder, incluso, el tiempo de retiro la hizo tomar una angustiada decisión.

Con mi muerte... se acabaría todo; concluiría mi aprendizaje, no tendría porvenir, malgastaría mis años de saber, no me reencontraría jamás con baba. Con vida... podría hallar la salida que buscaba.

Desde ese momento, decidió dejarse hacer. Sucumbir por conveniencia a los designios que le marcaran aun a su pesar. Razonó que sería esa la única solución posible para sobrevivir a la situación en la que se encontraba.

Intentó no sentirse derrotada, sino incansablemente luchadora.

El jaleoso portón chirrió al abrirse, acostumbrada a ello, no se movió pensando que sería algún alguacil trayendo sustento, aunque, esta vez, el bárbaro Zahir apareció altivo ante ella.

Su corazón tembló por tan inesperada visita, la que su mente intentaba retrasar día tras día de encierro.

«Es posible que el cruel ejército haya regresado del frente. Llegó el momento de complacer a desalmados guerreros ansiando hembras», pensó apabullada.

El estómago se le angustió por el terror que sintió, por la congoja de verse obligada a sucumbir a los deseos de otros que eran totalmente distintos a los propios.

—¡Mujer! —vociferó el rudo soldado mientras una de sus manos sujetaba con firmeza el mango de su temible espada.

Se puso en pie de inmediato, bajando sumisa la cabeza hacia el suelo.

—¿Esto lo hiciste tú?! —preguntó mientras le mostraba algo.

La joven alzó repentina sus ojos y miró hacia el recio hombre que blandía con su otra mano un recorte de cuero que, enseguida, supo de qué se trataba.

¿Cómo habría llegado hasta él la lista de comidas prohibidas que escribió para el hijo de Rania? ¿Sería una trampa? ¿Debería mentir?

Enfrentada de nuevo a testuras donde arriesgaba todo, contestó:

—¡Lo escribí yo! —confesó entrecortada sin saber si decir la verdad era lo apropiado en ese instante.

—Demuéstralo... —retó a la muchacha.

Chascó los dedos y apareció Rania presurosa con varios retales de cuero, su pluma de oca y un pequeño recipiente con tinta, todo ello hurtado de la habitación de la joven.

Encontrándose sus miradas en tan incierto momento, la favorita del emperador se acercó a su oído susurrando en tono extremadamente bajo:

—Si quieres vivir, hazlo lo mejor que sepas. —La desveladora frase la llevó a aplicarse aún más si cabía en su cometido.

Con un movimiento veloz, Rania, agachó su cuerpo ofreciendo su dorso como soporte para la escritura. Apoyado en la parte baja —sobre el lomo— quedó reposado un retal de cuero vacío, y en la superior —sobre los omoplatos—, otro ya escrito y con un dibujo mal confeccionado que intentaba retratar una flor bien conocida para Nasila.

—Mejóralo si puedes —espetó el guerrero.

Zahir, sin dejar de mirarla, quedó expectante a la prueba propuesta.

Sus dedos índice y pulgar reposaron con suavidad sobre el cálamo. Untó con brío el extremo en la tinta y dejó la caña alzada durante segundos sobre el recipiente que la contenía. Tras cesar el goteo de líquido sobrante, inclinó estilosa la pluma y empezó a escribir sin dejar de pensar en las enseñanzas de su gran maestro, el guía que, aun estando lejos, sintió siempre cercano.

Baba me enseñó sobre la elegancia en la escritura. No bastaba con ser legible, se debía de dotar a cada letra en sintonía a lo que expresaban unidas. Así aprendí que el escriba era un dibujante de palabras, un pintor de lienzos escritos.

No tuvo prisa por concluir, se esmeró por realizar una copia mejorada del texto ofrecido y concluyó con un dibujo perfecto de la flor de Cachemira, completada con más detalles que la original.

Su mente la acercó a lo que ella conocía y bien sabía, sus propiedades curativas fueron recitadas mientras trazaba.

—Azafrán de Cachemira, ayudas a estimular el apetito a la vez que mejoras la ingesta de lo engullido —tarareó la cantinela que le servía para memorizar lo aprendido.

Nasila no solo había sido adiestrada en el arte de la escritura o de la sanación, desde pequeña había sido aleccionada a retratar momentos. *Baba* siempre la inculcó que dibujara, que su vida la recordara siempre a través de las imágenes de su pasado, por lo que la habilidad de la muchacha sería fácilmente reconocida.

Terminada la sencilla prueba impuesta, cedió el cuero a su examinador, que salió con rapidez de allí dejándola a solas consigo misma, única compañía existente en aquella mazmorra donde malvivía.

Al día siguiente, dos enormes soldados aparecieron en su celda. Uno de ellos la agarró con fuerza de sus brazos y la sacó con violencia mientras el otro escoltaba sus pasos, vigilante a la reacción que pudiera tener la brava muchacha.

Dejaron atrás los oscuros pasillos acotados por celdas y más celdas inmundas, iluminadas escasamente por antorchas encendidas y colocadas distantes las unas de las otras. La luz natural del día brotaba mientras avanzaban hacia el exterior de tan tenebrosa galería.

Nasila dudó cuál sería su destino.

Repudiada y abandonada a mi suerte entre bárbaros guerreros sedientos de sexo o... utilizada para alguna tarea de copiado donde destacara mi cuidada escritura.

Evitando los aposentos colectivos de los soldados, subieron las escaleras del ala opuesta a dónde residió hasta ese momento y llegaron a la parte más elevada del bastión.

La dejaron en una amplia estancia, distinguida habitación en la que el paisaje manaba en rededor desde todas sus ventanas. Su vista, afectada por los días de oscuridad pasados, se

recuperó paulatina en aquel torreón de forma ovalada cuyas panorámicas ofrecían preciosas perspectivas. Al norte, colindaba con la ciudad de Agra, incluso desde allí se veía el río Yamuna cercándola. El sur, la adentraba en palacio, sobre los amplios jardines imperiales.

Extrañada por la ubicación privilegiada que ese emplazamiento poseía, solo le faltó conocer a quién pertenecía.

Rania entró rápida adelantando en la visita al morador de tan exquisita estancia, que pronto llegaría.

—¡Toma! —Nasila estiró sus manos para recibir todo el material que la mujer portaba y que le traspasó sin demora—. Déjalo allí. —Alzó su dedo índice señalando la mesa donde debía colocarlo.

Bajo la ventana que mostraba la visión de la ciudad, existía un señorial escritorio en cuyos pies aparecían talladas imágenes de batallas; figuras de caballos montados por guerreros enfundados en sus armaduras blandiendo espadas o tensando sus arcos amenazantes... De igual ornamentación que el basto sillón contiguo.

—¡Vivirás! —exclamó sin aliento esa mujer convertida en amiga desde ese momento—. El emperador necesita de ti —anunció Rania esta vez con una amplia sonrisa de alivio dibujada en sus labios.

Nasila, sin preguntar aún cuál sería su cometido, dejó los utensilios cedidos donde se le dictó y corrió hacia ella dejándose caer al suelo. Abrazada a su cintura, honró a su salvadora.

La joven enfrentada a un presente impensable hacía unos meses atrás... lloró, no por el miedo a evitar la muerte, más bien de haber esquivado las perversas intenciones pretendidas hacia su persona.

—¡Te lo debo todo...! —susurró agradecida entre lágrimas derramadas, descontroladas por la tensión soportada durante todos esos días.

La curtida mujer habló mirando hacia ella:

—El que siembra semillas, recoge cosechas —contestó sosegada a la vez que acariciaba la cabeza de la joven, que paulatinamente levantó su cuerpo erguido.

Recobrada la compostura y algo más aliviada, recibió una breve explicación sobre lo que sería desde aquel momento su cambio de vida en palacio.

Rania desveló el gran problema surgido, inconveniente que, a la postre, salvó su vida.

Jahangir, estudioso y amante de la naturaleza, había perdido hacía poco a su escriba. Una dolencia —para la que no se conocía cura— provocó que las manos del ilustre siervo temblaran con persistencia, mermando sus expertas obligaciones hacia su soberano. El emperador, obstinado por el estudio sobre la flora y fauna de su reino, paralizó el avance de su colección de tomos hasta localizar un escriba adecuado, labor que se alargó en el tiempo por las rigurosas exigencias del soberano.

Desde su posición privilegiada de concubina favorita, Rania conocía el dato y, aunque ignoraba las letras, la hermosura en la escritura de Nasila llamó su atención.

Sabedora de la situación en la que se encontraba la muchacha, intencionadamente, ofreció a su amo el cuero que poseía con la lista de alimentos prohibidos que guardaba desde aquel día en el que, generosa, atendió a su vástago.

Tras la prueba en la que demostró su valía, Jahangir quedó prendado con su excelente grafía y bosquejo. Algo reacio a que fuera la elegida, receloso con la muchacha y aún con su lengua dolorida, dictaminó que sería ella la escriba que prosiguiera su ensayo, con la condición de no tener contacto alguno con esa indómita mujer y delegando en su séquito de confianza esa misión.

Rania sería el enlace entre ambos y Zahir, el domador de fieras, el ojo avizor que la vigilara.

Nasila compartiría aposentos con el cruel guerrero causante de su hendidura, aquella que en ese momento palpitaría fresca y tirante sesgando su cuello.

Capítulo XII

Buscando respuestas

Samantha volvió a Pakistán después de un mes de exitoso viaje por la India, en el que pactó con distintos coleccionistas privados la exposición de sus antigüedades en varios museos americanos, y decidió unirse a nuestras nuevas investigaciones antes de regresar a casa.

Esta vez no viajaría hacia allí, nos desplazaríamos nosotros al aeropuerto de Islamabad y pasaríamos el día íntegro con ella.

El vuelo nocturno de mi mentora la hizo llegar muy temprano a la capital, por lo que esa noche apenas dormimos preparando lo que tendría que ser un itinerario lleno de respuestas a multitud de preguntas; cuestiones en las que profundizar, ya que en Skardu era escasa la fuente de información con la que contábamos: insuficientes enciclopedias que poco ya nos aportaban, internet colapsado y excesivamente lento...

El reencuentro con Samantha fue más profesional que afectivo; nos estrechamos las manos a la vez que sus maletas eran transportadas por Marco y Sajan hacia el coche. Durante la salida del aeropuerto, sacó con brío, del bolso de mano que cargaba, unas acreditaciones que colgó de nuestros cuellos y que nos permitirían la entrada VIP al museo de historia más prestigioso del país —a donde precisamente nos dirigimos—, dándonos acceso a sus rincones más privados: a puertas cerradas, a salas con ordenadores modernos e internet de alta velocidad, a utensilios varios, a colecciones reservadas y disponibles para muy pocos...

«El pase soñado para cualquier historiador», pensé con satisfacción al quedar reposada sobre mi pecho como una medalla de oro ganada en unas olimpiadas tras muchísimo esfuerzo.

Contábamos con algo menos de diez horas para resolver todas las cuestiones de la lista que habíamos confeccionado y que recitamos entre todos sin aliento.

Atragantados por la emoción, las expusimos ante Samantha para que las conociera.

—Acotar el periodo en el que Nasila había sido la escriba de Jahangir —dijo Marco desde su posición de copiloto en el coche que conducía Sajan.

A continuación, hablé yo.

—Investigar sobre el nuevo personaje surgido, Zahir, del que jamás hemos oído hablar. Dato extraño ya que son muchos los comandantes que se citan en los distintos códigos mogoles de la época, pero ninguno con ese nombre —leí del cuaderno de notas que escribimos esa misma noche.

Hasta Sajan, reconvertido en ávido conductor transportándonos, habilidoso, entre el torbellino desordenado de tráfico mañanero, quiso intervenir con datos.

—Atender sus escritos y dibujos, intentar saber más sobre futuro de muchacha. —Concluyó nuestros propósitos del día a la vez que aparcaba en el estacionamiento reservado para el personal del museo y utilizando por primera vez las acreditaciones.

El director, servicial, dispuso para nosotros una larga mesa apartada del tumulto de visitantes y nos proveyó de todo lo necesario, especialmente de lupas de gran aumento que nos

hicieran contemplar cualquier detalle de interés.

Así, formamos un grupo de trabajo bien estructurado. Mientras unos recorrían las inmensas galerías que poseían numerosos estantes cargados de antiquísimos libros y manuscritos sobre la época en cuestión, otros revisábamos lo seleccionado por esa avanzadilla de expertos que filtraba la época que buscábamos.

Después de horas de repaso a las continuas guerras habidas durante el reinado de Jahangir, como la batalla de Bhairawal o la caída de Kandahar, cuyo territorio perdieron quedando en poder de los persas... El estudio no arrojó datos relevantes sobre la vinculación militar de Zahir con esas guerras. Su nombre parecía invisible para la historia, circunstancia que extrañó a todos dada la categoría que poseía en la corte imperial y que quedó palpable tras la lectura de los códices aparecidos.

Tendríamos que esperar al avance en la narración de Nasila para descubrir más sobre la existencia de esa nueva y enigmática figura surgida.

A continuación, Marco y Sajan caminaron cabizbajos hacia nosotras, nos pidieron que les acompañáramos y les seguimos hacia unas escaleras que bajaban a los subterráneos del gigantesco museo, de donde nos abastecieron de información durante las primeras horas de trabajo.

La amplitud del lugar nos sorprendió, la superficie parecía tener la misma extensión que la planta principal, cuyo suelo quedó sobre nuestras cabezas. Con destreza, guiaron nuestros pasos entre la multitud de hileras de baldas cargadas con numerosos tomos, colecciones de todas las épocas sobre este sublime país, histórico por antonomasia y que en el siglo que estábamos investigando pertenecía a la India.

Adentrados en la parte más alejada de la puerta por donde habíamos accedido, Sajan, que siempre llevaba consigo una diminuta linternilla, recorrió con su haz de luz cientos de tomos envejecidos y polvorientos de igual tamaño y encuadernación.

—¡Colección fauna y flora Jahangir! —anunció con una combinación de tonos contrapuestos: entusiasmo y abatimiento.

Nuestras vistas transitaron expectantes por todos ellos. Nadie era capaz de pronunciarse o de dar las directrices que ayudaran a comenzar la búsqueda; mientras, nuestro tiempo avanzaba sin demora.

—¡Descartemos los primeros tomos y los últimos! —propuse con seguridad—. Dividamos los centrales en cuatro partes a repartir por igual, localicemos su primer retrato o su rúbrica...

—¡¿Su primer retrato?! —repitió Samantha desconcertada por el desconocimiento de ese apunte que los demás sabíamos y que nos marcó el camino a seguir.

—Azafrán de Cachemira, amplios pétalos en color violeta y largos pistilos de rojez llamativa. —Imaginé que más tarde la joven habría tenido la oportunidad de tinter ese bosquejo, mejorando esa flor con la viveza que poseía.

Inmediatamente, todos atendieron a mi sugerencia, aunque, antes de empezar, acomodamos una pequeña mesa —localizada solitaria en aquel espacio apartado— en uno de los pasillos más iluminados.

Repartidos por tareas, con gran rapidez y especial cuidado, pasamos las recias hojas de cuero, cuyas rústicas tapas estaban decoradas con espléndidos grabados, ilustraciones a las que ni atendimos dada nuestra prioridad: encontrar a la mujer que nos tenía embelesados con su historia.

Con la difícil tarea de hallar ese dibujo, diría que hubo momentos en los que pensé que no lo lograríamos, que tal vez sus páginas habían quedado en los tomos descartados, que limitados

por la hora de cierre no tendríamos del tiempo necesario, pero mi destino, esta vez, se puso de mi lado cuando mis manos fueron las primeras en tocar su boceto. Mi vista se encapotó por la emoción de sentirla cercana aun habiendo pasado siglos.

—¡Aquí está! —susurré, entrecortada, llamando la atención de todos, que de inmediato cayeron sobre mis hombros para contemplarlo.

Mientras el cuero trabajado por Nasila siguió capturado por mis dedos, el resto de compañeros localizó los tomos posteriores a este, descartando velozes los que examinaban en ese momento.

Pasamos horas entusiasmados admirando su espléndido trabajo. Observamos cómo Nasila había dado un toque personal a esa colección. Mientras que los apuntes revisados anteriormente plasmaban escrituras rectas y dibujos solitarios sobre fauna y flora, ella realizó una caligrafía artística que embellecía las curvaturas de las letras resaltando con su estilo por encima de los otros escribas, aparte, no se limitó a retratar animales y plantas, sino que plasmó alrededor de la figura el hábitat de cada uno o el lugar donde los elaboró, dejando un rastro de pistas que pudimos interpretar.

Nuestras lupas no dejaron de recorrer cada rincón, cada esquina, haciendo que distinguiéramos numerosos detalles que, tal vez, para otros, sin conocer lo que nosotros sabíamos, habrían sido imperceptibles.

Los primeros bosquejos se hicieron o copiaron sin ningún tipo de duda desde los aposentos de Zahir. Nasila, tal vez sentada en el escritorio que describió con anterioridad en sus códices, delineó el dibujo de varios pajarillos acotados por una ventana y tras ellos, algo borrosa, lo que se intuía podía ser una ciudad...

—¡Agra! —exclamamos todos al contemplarla.

Encontramos figuras de peces sujetos entre robustas manos, incluso detectamos en las aguas de los ríos el reflejo de la silueta de un enorme soldado bien uniformado, quien intuimos podría ser su vil vigilante escoltándola.

Contamos hasta doscientas hojas escritas por ella y, realizando un cálculo aproximado —valiéndonos de las fechas que se anunciaban en cada uno de los tomos y el número de hojas existentes—, pudimos determinar que Nasila había sido la escriba de Jahangir durante un año escaso.

Comprobamos sin fatiga ese dato una y otra vez, resultado al cual llegamos en cada repaso.

¿Por qué un periodo tan corto? ¿Qué habría sido de Nasila después de un año como sirvienta de escritura del emperador? ¿Le habría pasado algo? Otra vez quedamos asaltados por preguntas a las que no pudimos dar respuesta.

Creímos que podríamos encontrar alguna solución en el último de sus cueros, pensando que en su afán por dejar rastros, tendríamos ahí la resolución a este nuevo enigma surgido.

Todos los ojos quedaron prendidos sobre la última huella ofrecida en aquel tomo envejecido por los años. Increíblemente, identificamos de inmediato lo retratado en el bosquejo con el que finalizó su trabajo.

—¡No puede ser! —exclamó Samantha tras asimilar lo que mostraba.

—¿Una semilla de cacao?! —preguntó desconcertado Marco al contemplar aquella cáscara, recia y abierta en dos, rebosante de numerosas pepitas de color violeta pálido, expuesta sobre la palma de la mano de una mujer.

Sajan, tras carraspear su garganta, habló demostrando un gran conocimiento histórico sobre la época.

—Comercio con Inglaterra empezar ese siglo. Se forjó gran relación durante época

Jahangir. Nasila dibujó semilla de cacao tal vez ofrecida por primeros comerciantes europeos a la corte mogol. País inglés haber ido a la conquista de América donde obtener esa semilla inexistente en India y, posiblemente, ofrecer regalo a emperador.

Mi cabeza empezó a divagar sin sentido, conjeturas llevadas por ese dibujo que no ligaba con ninguno de los otros realizados. Un boceto que nada tenía que ver con la colección del emperador sobre la flora y fauna de su reino.

«¿Nos está sugiriendo que tras concluir su trabajo viajó a ese país, que tal vez se reencontró con *baba* y marchó hacia Inglaterra? Todo parece ir encajando... ¿Por eso en el papel de los códices encontrados junto al lago Kachura, aprecié una composición característica de China, posiblemente de la Europa del siglo dieciséis?», pensamientos silenciados por el miedo a hablar sin saber, a errar con deducciones equívocas que después no coincidieran con la realidad de lo ocurrido.

El gerente del museo en persona nos localizó en el subterráneo. Nos avisó de la intención de cerrar el recinto, incluso nos desveló que algunos empleados, por propia voluntad, habían retrasado su salida laboral para ofrecernos algo más de tiempo.

Resignada, mis manos colocaron con resquemor en su sitio aquel último códice que nos había vuelto a dejar con ganas de más, con el deseo de volver a saber sobre su vida a través de esos escritos actualizados con mi narrativa.

Aunque, en principio, nuestra intención era la de regresar a Skardu al concluir la visita, se hizo tarde para viajar, por lo que tomamos la decisión de pasar la noche en un hotel cercano al museo, el lugar en el que se hospedaría Samantha.

Nuestras caras fueron el reflejo del día. Todos lucimos sonrisas satisfechas en nuestros labios combinadas con ojeras que enmarcaban los ojos debido al cansancio acumulado.

Tremendamente agotados, y tras un piscolabis rápido en el mismo bar del hotel, Marco y yo anduvimos hacia la recepción mientras Sajan quedó conversando con Samantha a corta distancia de nosotros.

Aprovechando la soledad y evitando que ocurriera lo de siempre, atrevida, insinué al italiano la preferencia en la ubicación de mi dormitorio, decisión que tenía clara en plantear si esto sucedía.

—He pensado... —titubeé por la vergüenza antes de seguir hablando—, que para que tengáis más privacidad Samantha y tú, debería coger mi habitación en distinta planta. —Mis ojos se abrieron de par en par a la espera de su contestación.

—Está bien —manifestó conciso.

Me extrañó de inmediato no haber recibido ninguna impertinencia con cierto toque humorístico, como era habitual en él, aunque en ese momento discurrí que podría haber recapacitado y atender, por fin, a mi sensata petición.

La recepcionista, que enseguida noté cómo atendió con agrado al galán, escuchó con interés las palabras de un Marco, esta vez, excepcionalmente risueño.

—Cuatro habitaciones individuales —solicitó.

Samantha, atenta a la reserva, replicó acercándose hacia el mostrador.

—Dos habitaciones individuales y una doble con cama de matrimonio, por favor —corrigió la petición del apuesto hombre que la miró divertido.

—Cuatro habitaciones... ¡individuales! —recalcó buscando con sus ojos los míos, que de inmediato cambiaron de dirección mirando hacia el techo, disimulando, abochornados por esa decisión cuyo detonante parecí ser yo.

Pequeños pasos realizados inconscientes, como mecanismo de huida, me hicieron ir

apartándome de la rara situación de la que posiblemente había sido causante. Y tras recibir Sajan y yo nuestras llaves, nos escabullimos despavoridos subiendo escaleras arriba y desapareciendo veloces de allí.

Mientras recorríamos los pasillos que nos llevaban a nuestras habitaciones, ubicadas en la misma planta y contiguas una con otra, no retuvimos las carcajadas por lo presenciado. No pudimos dejar de imaginar la cara descompuesta de una Samantha con pretensiones claras, siendo rechazada por un Marco al que todo parecía resbalar.

—¿Qué estar pasando aquí? —preguntó Sajan con un tono casi inaudible por la risotada que no podía frenar.

—Nuestro Marco está madurando —respondí con ironía y con una falta de aire evidente por el ataque de risa en el que quedamos inmersos.

Pero, en la soledad, tras cerrar la puerta donde pasaría aquella noche, mi cara cambió repentina. De verdad, ¿estábamos siendo todos afectados por esa trepidante historia?, ¿por esa convivencia que nos mantuvo unidos y apasionados por un mismo fin? Tal vez, ¿algún vínculo más fuerte estaba creciendo entre todos nosotros? Preguntas cuyas contestaciones imaginarias me causaron sofocos y una desazón en el corazón que dejaron tembloroso todo mi cuerpo, debido a la emoción de sentirme dichosa, por rozar la felicidad plena en aquel instante.

Capítulo XIII

Necesitó de mí

Sesiones de lectura

La tónica habitual de la convivencia con Zahir fue la ignorancia. El rudo soldado realizó su vida de la forma que la hubiera llevado sin estar Nasila en sus aposentos. Le asignó un pequeño e incómodo diván —cercano a la mesa de trabajo en la que a diario transcribía algunos de los cueros que Rania le proporcionaba—, y durmió durante semanas en aquel rincón apartado.

Mientras ella se esforzaba en confeccionar de forma adecuada sus bosquejos, a sabiendas que eran los causantes de mantenerla con vida, el guerrero era atendido por doncellas en su aseo personal, incluso yacía frecuentemente con algunas de sus antiguas compañeras de harén, asistiendo, resignada, a la cópula de este, apenas apartada de la escena de cama que todas las noches tenía lugar.

Era habitual verle desvestirse o ataviarse con relucientes armaduras, o mugriento tras días de batalla que lo alejaban de palacio largos periplos en los que aprovechaba la joven para dormir en el cómodo lecho vacío del comandante.

Rania, con la que mantuvo contacto continuo —no solo por su labor de enlace entre el emperador y ella, sino también como transmisora de las necesidades médicas de sus antiguas pacientes al otro lado de palacio a las que, en la distancia, siguió atendiendo—, le habló sobre ese aguerrido hombre que desprendía olor a muerte cada vez que regresaba de alguna contienda.

Abandonado por sus padres y siendo niño el emperador, se dijo que Akbar —el padre de Jahangir— se encaprichó de ese pequeño que vivía miseramente en torno a la fortaleza. Viendo la antítesis de su hijo reflejada en ese joven robusto, fuerte y alto para su corta edad, hizo que se convirtiera en la compañía perfecta del futuro heredero.

Desiguales educaciones recibieron ambos chicos en palacio. Uno, rodeado de eruditos de la época que se encargaron de su enseñanza, el otro, entrenado en las artes de la lucha por ávidos hombres de armas con el objetivo de hacer del muchacho el más fiel soldado para el ulterior soberano.

—Y... ¿la cicatriz de su cara? —interrumpió las explicaciones de Rania poseída por la inquietud de conocer la razón de la marcada brecha que atravesaba su cara de lado a lado.

—A Zahir le llamábamos el «comandante bello» —suspiró tras recordarlo—, hasta que se interpuso en la trayectoria del espadazo de un insurrecto, cuya finalidad era acabar con la vida de nuestro amado emperador. Se cuenta que, tras recibir el terrible impacto, él mismo desprendió el hierro engastado en su rostro y, después de atizarlo al aire, lo lanzó hacia el atacante partiendo en dos mitades su cuerpo.

Esa tarde, las proezas sangrientas de Zahir fueron contadas por completo a Nasila. Rania habló de él con el gesto de su cara rugosa, empalidecida al recordar al fiero guerrero y sus tantas macabras hazañas, aunque a la vez, incongruente, lo ensalzó como el salvador del pueblo

repeliendo invasiones externas. Un guerrero malvado con el enemigo y aparentemente generoso con sus soldados. Todos lo admiraban, incluso muchos darían, sin dudarlo, su infravalorada vida por la de él.

Sería el soldado que recordaría la historia en los cientos de manuscritos que relataban todas sus victorias.

Para la joven, Zahir era lo peor, su carcelero, el bastardo que quiso matarla.



La vida de Nasila quedó durante días atascada en los mismos quehaceres, en la misma rutina diaria de encierro y trabajo hasta que, una noche, todo cambió y Zahir precisó de ella.

La extensión del imperio que Jahangir heredó de su padre provocó continuas guerras fronterizas, aplaques de rebeliones... Los guerreros pasaban largos periodos repartidos en los varios focos y frentes abiertos. Y cuando por fin volvían a casa —al concluir la batalla o tras ser relevados por tropas recién llegadas—, la ciudad entera los vitoreaba como héroes. Desde la ventana de sus aposentos, Nasila presenció alguno de esos desfiles, fiestas callejeras provocadas por la llegada de los guerreros al hogar.

Pero, aquel día, el regreso sería distinto.

La joven dormía, plácida, sobre el camastro de Zahir —aprovechándose de las semanas de ausencia de este—, cuando el relinche de caballos y el temblor del suelo provocado por el basto caminar de elefantes la despertaron. De un brinco, se puso en pie y corrió hacia el ventanal que mostraba el horizonte, iluminado levemente por los rojizos rayos de la luz asomando tempraneros, la claridad creciente la hizo distinguir una larga hilera de guerreros que, cabizbajos, se dirigían a palacio.

Observó cómo soldados malheridos entraban a través de las enormes puertas abiertas del amurallado, algunos con dificultades para andar, otros recostados sobre rústicos camastros de madera tirados por caballos de igual aspecto: vencidos.

No tardó en escuchar retumbantes pisadas encaminándose hacia sus aposentos. Campaneaban las armaduras metálicas al chocar contra las espadas colgadas de los cintos.

Zahir apareció de improviso acompañado de varios soldados que sujetaban una de sus manos, ensangrentada.

—¡Enseguida vendrán a sanarle, mi comandante! —anunció presuroso uno de ellos.

El rudo guerrero negó rotundo con su cabeza y respondió autoritario.

—¡Que curen primero a los valientes jóvenes heridos! —ordenó. A continuación, buscó con su mirada a Nasila, que contemplaba la escena desde su diván apartado—. ¡Tú!, atiéndeme —dijo con ademán dominante, como siempre mandaba.

De inmediato, la muchacha corrió hacia él a la vez que los soldados que le acompañaron hacían una reverencia con sus cabezas y salían enérgicos de allí.

—Muchacha, desvísteme. —Acostumbrado a ordenar, exigió su ayuda.

—Mantén el brazo hacia arriba. Arrímalo hacia el pecho —sugirió Nasila con gran conocimiento sobre los pasos a seguir en esos casos.

Sus ojos vestidos de sangre parecieron entrecerrarse por la duda de aceptar o no las directrices de esa mujer, la concubina que solo había sido un estorbo desde que llegó. Pero, tras quedar segundos asimilando la forma de actuar, alzó su brazo colocándolo, costoso, sobre su pecho. Nasila rasgó parte de su larga indumentaria de dormir y con habilidad encabestró el brazo

de Zahir, cortando el goteo de sangre e impidiendo su movilidad hasta comprobar el alcance de sus heridas.

Anduvieron hacia los baños propios de la estancia —construidos de piedra y con agua permanentemente limpia debido al mantenimiento diario de sus doncellas—, y le desvistió. Quitó el cinto del que colgaba su descomunal espada, que le costó sujetar. Deslizó por sus pies las faldillas metálicas que protegían sus vigorosos muslos. Desanudó las tiras de cuero que sujetaban la coraza de escamas de su pecho y tiró con fuerza hacia abajo intentando no descolocar su vendaje, cuya compresión revisó para que permaneciera completamente sujeta tras el brusco movimiento.

El brazo sano lo recostó Zahir sobre los hombros de Nasila —que en ese instante llevó sus ojos hacia el suelo avergonzada por la cercanía de ese hombre desnudo ante ella—. El apoyo le sirvió para facilitar su incursión en las aguas limpias que le esperaban al regresar de cada una de sus batallas.

Nasila no le ayudó con el aseo, no frotó su cuerpo, no quiso convertirse en una de sus esclavas sirvientas. Pero a su ímpetu sanador no pudo frenar.

—Hay que limpiar la herida. Mirar su profundidad —dijo deseosa de realizar el trabajo para el que había sido acostumbrada.

Zahir asintió con su cabeza sin decir nada más.

Sujetó su brazo por el codo mientras desvendó con delicadeza las tiras que lo comprimían al imponente pecho desnudo del guerrero.

Sus manos se deslizaron por su hombro, revisó los recovecos de su clavícula, bajó por su brazo velludo, tocó sus bíceps hasta llegar a la profunda y larga herida que atravesaba la palma de su mano. Allí observó que uno de sus dedos estaba encogido, deformado por una fractura.

—Debemos colocarlo —habló sabedora de cómo proceder—. Dolerá.

El guerrero volvió a subir y bajar la barbilla conforme a lo dictado por su, ahora, cuidadora.

—Hazlo —dijo escueto.

Nasila arrimó uno de los pequeños taburetes, se sentó y alzó sus pies apoyándolos en una de las paredes externas del baño, consiguiendo la sujeción que necesitaba para su siguiente movimiento. Agarró con rapidez el dedo dislocado y, sin dar tiempo de reacción al herido, tiró con ímpetu hacia sí colocando el hueso en su lugar. El corpulento guerrero contuvo su dolor sin apenas inmutar los rasgos de su cara.

Vendió el dedo recién encajado junto a uno sano y volvió a pedir permiso para seguir actuando.

—Hay que coser la herida —propuso tras lavarla y observar su alcance.

—Hazlo —volvió a contestar, conciso.

Esta vez la muchacha se levantó, anduvo hacia su diván y rebuscó en su escondrijo secreto.

Un retal enrollado servía de cobijo a distintos utensilios recopilados en su anterior estancia, ayudada a ello por condescendientes pacientes agradecidas y que atendieron sus necesidades sanadoras, construyendo la gran variedad de instrumental médico que precisó.

Desenrolló el cuero, extrayendo una fina y curvada aguja metálica y una madeja de hilo de seda.

El extrañado Zahir se dejó hacer mientras Nasila cosía las distintas capas de tejido sesgado. Pasó tiempo entretenida en su labor hasta quedar la brecha perfectamente remendada, momento que se alteró por el bullicioso andar metálico de los soldados entrando con premura hasta donde ellos se hallaban.

Uno de los médicos de palacio agarró sin demora el brazo de tan valioso oficial y, al

contemplar que las heridas habían sido atendidas, enseguida miró estupefacto hacia la joven que se encontraba cercana.

—¿Hiciste tú esto? —preguntó señalando hacia la palma zurcida.

Zahir contestó.

—Sí, ella lo hizo.

—¡Comandante!, necesito la ayuda inmediata de esta doncella si ha sido la que curó sus lesiones —dijo con desespero.

El guerrero, que aún se encontraba metido en el baño y del cual necesitaría ayuda para salir, no dudó en cedérsela anteponiendo la atención de los heridos a su propio bienestar.

—¡Mujer, ve con él! —ordenó a la muchacha.

Disciplinada, volvió a enrollar sus utensilios más preciados en el cuero y los llevó consigo.

Mientras bajaba las escaleras que la alejaban del torreón, Nasila recuperó el aliento que su cuerpo retuvo durante ese largo periodo de reclusión en aquel aposento. «Seré de utilidad para el mejor fin posible», pensó ilusionada después de tanto tiempo sin sentir dicha alguna. Pero, cuando llegó a las catacumbas donde yacían los jóvenes guerreros, cuyos alaridos de dolor retumbaban en las pedregosas paredes de roca, notó abatimiento de inmediato.

Quedé horrorizada con lo que mis ojos vieron, con lo que mis manos tocaron sin poder hacer más por alguno de esos muchachos de edades parecidas a la mía, o menores tal vez. Amputé falanges, pies que colgaban de los tobillos unidos a ellos escasamente por finas tiras de pellejos. Cosí multitud de heridas y asistí hemorragias que, de no haber podido aplacar, hubiesen terminado con la corta vida de varios de esos jóvenes soldados...

Pasó el largo día, hasta la madrugada, atendiendo con destreza a todo aquel que necesitó de ella.

Los pocos médicos asignados a las tropas acabaron desfallecidos por el trabajo; impotentes a veces, esperanzados otras.

Y, tras terminar de curar al último de los hombres heridos, aquellos que pudieron ponerse en pie lo hicieron, y con sus cabezas gachas agradecieron la labor de esos médicos, incluida Nasila, que abandonaron el lugar buscando un descanso merecido.

¡Sí!, alguna vez oí hablar de la guerra, de los valientes soldados que defendían nuestros intereses, pero, en ese momento, me pregunté si valía la pena conservar un imperio, una extensión de tierra hurtada a otros pueblos y que un soberano quiso conquistar para sí, engrandeciendo su nombre a costa de la vida de otros.

Odí al emperador Jahangir y a su lacayo Zahir con todo mi ser.

A la mañana siguiente, Nasila despertó sintiéndose observada. Abrió sus ojos, resentidos aún por el cansancio del día anterior, y se percató de la presencia de una cara cercana a la suya. Al enfocar y aclarar su visión, distinguió el rostro desfigurado de Zahir sobre el de ella. Sobresaltada por tal despertar, violenta, se apartó con brusquedad hacia uno de los lados, alejándose todo lo que pudo de él.

—¿Qué?! —exclamó el guerrero. Nasila calló, no contestó por no saber a qué se refería. Encogió sus hombros dando respuesta—. Me llamaste —afirmó escueto con su particular tono imperativo.

La joven, seguidamente, movió la cabeza de un lado hacia el otro negando con ella.

«Si de mi boca adormilada hubo salido tal nombre, sería a consecuencia de alguna horrenda pesadilla», pensó.

Sintió aprensión por lo que inconsciente hubiere podido decir en el descuido del sueño.

El pacto zanjado consigo misma en aquella mazmorra consistía en contener sus palabras, mantenerse al margen y retener su ímpetu rebelde a la espera de una oportunidad. Fingir para, en un futuro, poder huir.

—¿Quién eres? —preguntó el guerrero a sabiendas que no obtendría respuesta. Pregunta causada, tal vez, por el descubrimiento de las varias destrezas que su cautiva poseía.

Sus miradas quedaron retadas en un pulso de tirantez sin igual, que mantuvieron hasta que Zahir, descortés, arrojó sobre el rostro de Nasila una saya de algodón, prenda que le impuso vestir si quería salir de allí.

La joven frunció el ceño ante tal proposición, desconfiando de cualquier acción que Zahir sugiriera.

—Recoge lo que precisas para realizar tu trabajo. Nuestro emperador me ordenó que salgamos, desea que retrates algo —desveló de mala gana ofreciendo a continuación su propia alforja como ayuda para transportar el material que precisara para la encomienda.

Bajaron los empinados escalones de piedra que les guiaban hacia el exterior.

En el enorme patio, por donde accedieron las tropas malheridas el día anterior, dos espléndidos caballos esperaban amarrados a un cercano palenque de madera.

Zahir ofreció la palma sana de su mano como apoyo para su pie, gesto que ella eludió saltando al corcel sin prever su elevada estatura. Quedó recostada sobre el asiento de la montura, agarrada con fuerza al fuste para no caer y sin vigor suficiente para enderezar su postura. El guerrero, atento a la cómica posición en la que la indócil mujer quedó, empujó sus posaderas hacia arriba ayudándola a erguir su cuerpo.

Rápidamente, y tras conseguir el apoyo suficiente, de un movimiento brusco de caderas se deshizo de esa áspera garra colocada con amplitud en tan íntimo lugar. Zahir, de inmediato, la retiró sin poder evitar una mueca divertida que alteró por un instante su impertérrito aspecto de crueldad extrema.

El trote de los caballos les abrió paso entre los soldados que chocaban sus espadas ejercitándose para futuras batallas, o entre aquellos que, relajados, paseaban por la anchura del claustro amurallado. Tras reconocer al jinete que les sobrepasaba, le reverenciaron durante todo el camino que llevaba a la salida, hasta a Nasila parecieron también honrar debido a la inestimable ayuda que prestó a los moribundos soldados a los que atendió.

La joven, que por todos era sabido que fue apartada del harén y alojada en los aposentos del valeroso comandante, quedó igualmente ensalzada por su valía, admirada por algunos de los guerreros a los que salvó la vida.

Bordearon la ciudad de Agra, evitando la multitud que se abalanzaría sobre el célebre personaje idolatrado por masas, y cabalgaron hasta llegar al río Yamuna.

Se reencontró con el agua dulce y el parecido paisaje con el río Ravi, y no pudo evitar el recuerdo latente del olor azucarado, del sonido de la brisa azotando las briznas secas de la ribera... Su mente la trasladó, inconsciente, a evocar su primer baño en esas aguas, a añorar la compañía con la que ya no contaba.

Con el corazón encogido por la nostalgia, esta vez se dejó asistir al descabargar. Apoyó con premura sus manos sobre los imponentes hombros del gran Zahir, que evitó sujetarla.

Este colocó un pequeño taburete de madera rozando la orilla para acomodo de Nasila, y se

adentró en las aguas del río —ya gélidas por la despedida otoñal— hasta mojar sus rodillas.

Habilidoso, y ayudándose de un único brazo, lanzó con maña una y otra vez su malla de pesca.

Los pececillos capturados los descartó. Zahir, seguramente siguiendo directrices del emperador, buscó un espécimen concreto.

De un movimiento brusco, retuvo con su mano sana a un pequeño ejemplar de llamativos colores rojizos que quedó atrapado en su red. Lo sujetó como pudo presionándolo hacia su cintura.

—¡Aquí estás! —dijo satisfecho por haberlo encontrado—. Ten, dibújalo —espetó lanzando al pequeño hacia los pies de la muchacha que, al contemplar la agonía de aquella criatura que abría y contraía sus branquias por la asfixia, no dudó en devolverla al río.

—¿Qué haces, mujer?! —exclamó Zahir mientras caía sobre el moribundo pez, al que consiguió detener en su huida.

Nasila, cuyas palabras habían sido retenidas durante meses por las restricciones que ella misma se autoimpuso, no pudo acallarlas más.

—¡No retrataré a ningún ser que no viva! Ni aunque sesgaras mis brazos lo haría —bramó exponiendo sus muñecas al cruel guerrero mientras cerraba sus ojos a la espera de un espadazo alentado por su acto imprudente.

—¡Escriba! —gritó con desespero—. ¡¿Y cómo demonios quieres que lo haga?! —preguntó, atropellado, mientras el chapoteo del pez recobrando el brío salpicaba su cara.

Al no recibir la muchacha daño alguno, abrió esperanzados sus ojos y aclaró la forma de hacerlo.

—Sujétalo como puedas, realizaré un trazado rápido, servirá. Después lo sumerges..., que respire.

Increíblemente, el comandante acató sus deseos; lo expuso durante segundos a la vista de la muchacha y después lo sumergió en las aguas para que viviera.

Nasila lo retrató despacio, con estilo; dibujó a la perfección su contorno, después, sus detalles y, por último, identificó los colores de todas sus partes. Su lentitud fue premeditada, provocada a propósito para regresar, para lograr salir de su amargo confinamiento por unos días más, por lo que requirieron de varias sesiones. Así, volvieron al río para concluir el retrato y, en cada una de esas visitas, Zahir actuó como se le hubo marcado.

Al sanguinario guerrero acostumbrado a la muerte se le obligó a preservar un minúsculo halo de vida.

La muchacha quedó satisfecha por el comportamiento del vil guerrero, incluso rememoró las enseñanzas de su *baba* susurrando para sí una cita con sutil ironía: «Los grandes cambios en el sino de un hombre empiezan por pequeños e insignificantes actos».

Los rayos de luz, que entraban por el ventanal situado sobre el escritorio donde Nasila obraba, caían oblicuos sobre la hoja en la que trabajaba. Intentó escribir en los periodos del día que más aclaraba, ya que la oscuridad del invierno llegaba.

Acabado el encargo, después de días y atardeceres dedicados, se lo comunicó al guerrero, que yacía en el lecho cercano.

—¡Ten, entrégaselo a tu amado emperador! —exclamó soez recién concluido el trazado.

Zahir se levantó y caminó hacia el apartado lugar de trabajo en el que Nasila siempre se encontraba.

Su mano apareció por encima del hombro de la muchacha, alcanzando el bloque de dibujos

y manuscritos, transcritos directamente de las anotaciones que Jahangir le entregaba a Rania, la portadora de encargos y único contacto entre ambos.

Observó en pie todas las hojas que con exquisitez la joven había elaborado. Pasó una a una las escritas, desconociendo qué narraban, y contempló los coloridos dibujos detallados con gran precisión, sorprendiéndose al verse retratado en alguno de ellos.

—¿Estas son mis manos? —preguntó a la vez que punteaba con su dedo sobre el dibujo de unas palmas que sujetaban el pez pintado.

Nasila contestó con un movimiento de barbilla, asintiendo, momento en el que, vacilante, la escriba le solicitó las hojas que sujetaba. El guerrero se las devolvió intrigado. La muchacha avanzó entre todas ellas localizando la lámina que quiso enseñarle.

—¿Te ves? —Señaló por detrás de una planta retratada.

Al fondo de la imagen, en las aguas del río se distinguía su enorme silueta reflejada. Zahir, invadido por la ilusión de que su figura quedara plasmada en tan ilustres manuscritos, regresó a su lecho satisfecho, abrió el gran arcón contiguo y rebuscó dentro de él.

Se dirigió de nuevo hacia la esquina apartada donde Nasila recogía sus enseres, buscando el merecido descanso del día.

—Ten, muchacha. —Abrió su puño exponiendo sobre la amplia palma de su mano el enigmático collar que su padre le regaló el día de su despedida.

Con el corazón paralizado por la sorpresa, lo cogió y, arrimándolo hacia sí con fuerza, lo apretó contra su pecho aliviando por instantes el vacío que causaba su ausencia.

Mientras lo colgaba sobre su cuello, de donde fue hurtado el día en el que se enfrentó a Jahangir, Zahir, entrecortado, reposó sobre la mesa un antiquísimo cuero de aspecto endeble y quebradizo.

Los ojos de la muchacha, al contemplar aquello, chocaron extrañados con los del guerrero, momento en el que él rehuyó su mirada apartando su cara hacia un lado.

Nasila, expectante a ese retal colocado tímidamente a su alcance, desdobló con delicadeza el antiguo cuero y lo colocó cercano al candil prendido, que iluminaba aquel lugar de la negrura que la noche conllevaba.

Contempló la exquisita caligrafía que poseía y percibió entre sus dedos la textura de ese código escrito hacía décadas.

Dedicó un tiempo a leer en silencio sus primeras palabras.

—¿Qué quieres que haga? —requirió sin conocer qué pretendía ofreciéndole aquello.

—No sé quién lo escribió, ni qué quieren decir esas letras —habló cabizbajo—. Lo poseo desde que era un niño —confesó de la forma más receptiva en la que jamás le oyó hablar.

—Entonces, ¿te lo leo...?

Los pequeños ojos de Zahir, negros como los rescoldos de una hoguera, se iluminaron en la sombría del lugar. Respondió con silencio a la pregunta que la joven planteó y que, tal vez, enmudeció la vergüenza por necesitar de ella; el gran comandante del reino no sabía leer.

Prudente, la escriba, y sin saber el contenido de aquella reliquia, optó por hojearla sin desvelar al guerrero todavía su contenido. Mientras, en el *impasse* producido por ese repaso, Zahir aprovechó para arrimar una pequeña banqueta de madera hacia el señorial sillón donde quedó Nasila contemplando el código entregado.

Pasó tiempo sin retirar sus ojos de aquel cuero; por instantes cohibida por lo que contaba, en otros, incrédula de la situación que se narraba.

Cuando terminó, habló Nasila mirando hacia un Zahir que atento le esperaba.

—Es tu madre quien te escribe —susurró enternecida.

El guerrero llevó la palma de su mano con energía hacia la mesa, retumbó toda ella bajo los brazos apoyados de la muchacha, que quedó sorprendida y atemorizada por su reacción descontrolada.

—¡Mientes! —gritó ensalzado por el odio—. Era una mendiga que me abandonó, no sabría ni leer.

Nasila, que pareció haber recuperado durante todas esas semanas su arrojo, no se achantó y replicó a su agravioso comentario.

—Y si... pidió ayuda para escribirla, ¿qué gano yo mintiendo, Zahir? —preguntó con diligencia intentando aplacar sus formas.

—¡Léelo! —bramó encolerizado y perdiendo aún más los modos.

La joven, alterada por la imposición y valentona por su rebeldía innata, sin pensarlo, lanzó descontrolada el endeble códice contra el cuerpo del hombre que, con extrema suavidad, lo interceptó entre sus manos sin dejarlo caer al suelo. La antigua textura era tan quebradiza que podría dañarse de actuar de otro modo.

El brazo de Zahir, arrastrado por la reacción ingobernable de la cautiva, se movió hacia atrás descubriendo su puño, amenazante con chocar contra el rostro de la muchacha. Nasila, sintiendo la provocación de ese gesto y reconcomida por el odio al intentar ser reprimida a través de un acto violento, le hizo frente; se puso en pie proclamando su último y definitivo ataque.

—¡Jamás sabrás de mi boca lo que quiso contarte! —desafió con palabras la intimidación que le causó el momento colérico del guerrero.

El brazo maligno empezó a descender despacio, posiblemente, y conociendo ya Zahir la rebeldía de esa mujer que no dudó en hacer frente al mismísimo emperador del imperio, supo que cumpliría con su palabra, que tal vez jamás conociera lo que su madre quiso contarle, todo ello provocado por el arrebatado de rabia que sintió al recordar el abandono que sufrió siendo un niño.

Entonces, aplacado por la situación que él mismo hubo provocado y deseoso durante años de conocer el contenido de ese códice hallado entre sus escasos juguetes de antaño, el comandante propuso algo inaudito, un reto que podría interesar a Nasila.

—¡Enséñame! —proclamó esta vez con voz calmada.

—¿A qué?! —exclamó la muchacha con ademán atacante y aún alterada por lo sucedido.

—A leer.

Capítulo XIV

La huida

Sesiones de lectura

Pasaron días sin que Zahir obtuviera respuesta a la proposición lanzada a una Nasila que no cesaba de discurrir qué hacer.

Se sintió atraída por el desafío que el bárbaro le propuso pero, aceptarlo la obligaría a retrasar sus planes de huida.

Durante un tiempo observó cómo una vez al mes se abrían las grandes puertas de palacio a mujeres de la ciudad, incluso venidas en carromatos desde pueblos lejanos. Vestidas con túnicas negras que rozaban sus pies, solo se alcanzaba a distinguir sus ojos —a través de la pequeña abertura que dejaban sus pañuelos—, y su pobre calzado confeccionado con cuerda de esparto. Pensó que sería fácil camuflarse con atuendo parecido entre ellas. Portaban canastos rebosantes de carne fresca para el sustento mensual de la corte, que introducían con premura hacia el interior del castillo. Después, en tropel y sin contacto alguno con los guardias custodios, hacían el camino de vuelta transportando sus cestas ya vacías.

Sopesó esperar hasta el próximo abastecimiento, de esta forma, Zahir, recuperado de sus heridas, tal vez ya no estaría en Agra y habría partido hacia el frente.

Razonó cuál sería la forma más rápida de enseñarle a leer en el escaso tiempo con el que contaba, atraída por lo que supondría descubrirle al desalmado guerrero su verdadero y desconocido pasado.

Dejando ir la ocasión de escapar aquel día, al contemplar desde el ventanal cómo cerraban las inmensas puertas que la privaban de la libertad pretendida, enérgica, anduvo hacia el camastro de Zahir.

El brazo del comandante servía de cabezal para una de las concubinas que pasó esa noche junto a él. Nasila, enrabiada por dejar pasar aquella oportunidad de huir, clavó con fuerza sus uñas contra el hombro de él, cubierto por el pelo de la doncella que dormía a su lado. Alerta, y tras notar el zarpazo acometido por la escriba, abrió en el acto sus ojos, chocando con la cara de ella colocada en paralelo a la suya.

—Despídete de la muchacha, empezamos... ¡Ya! —dijo con ademán severo, reforzada y protegida por la ayuda que le pidió el guerrero.

La mujer que yacía junto él quedó atemorizada por la reacción que pudiera tener el temido Zahir contra la mujer que, en el harén se sabía, le acompañaba compartiendo estancia. Irguió su postura tapando con los brazos sus pechos y miró hacia su amo a la espera de la orden que desvelara la manera con la que debía proceder.

—¡Ve! —exclamó escueto y extrañamente calmado.

La doncella se levantó con premura y, rápida, vistió su cuerpo desnudo, abandonando de inmediato los aposentos.

Nasila caviló la manera más rápida de alfabetizar a un hombre apartado totalmente de las letras y cuyos conocimientos, desde niño, habían sido orientados hacia otros menesteres.

Extrajo todas las palabras que ese trozo de cuero contenía y empezó enseñándole los artículos y verbos que las acompañaban formando oraciones. Tras la primera fase conseguida, la segunda consistía en guiarle en la construcción de cada uno de los vocablos, entendiendo de paso su significado. Así le enseñaría la astuta escriba.

Cada mañana, muy temprano, la ocuparon con ese trabajo.

Pronto despertaban y, después de ordenar a la compañía de cama su retirada, Zahir alimentaba con troncos el débil fuego que les calentaba durante los gélidos amaneceres del recién entrado invierno; seguidamente, colocaba la pequeña banqueta junto al señorial escritorio donde Nasila ya esperaba.

Me sorprendió Zahir, su disciplina militar la aplicó a mis enseñanzas: atendía, se dejaba corregir y aprendía. El rudo hombre parecía otro, descubrí que la necesidad de llegar a un fin nos hacía a todos uno; yo luchaba por salir de allí, por conseguir mi libertad, él se esmeró por saber sobre sus orígenes, por aprender a leer para conocer el contenido de ese manuscrito. Fueron momentos en los que sentí que ambos éramos iguales. Construidos nuestros presentes por los designios que nos tocó vivir de forma diferente y, ambos, sometidos de distinta manera a un soberano que dictaba en nuestros futuros, que imponía nuestra forma de vida sin ninguna otra posibilidad de elección...

Pero... hubo algo que Nasila no pudo lograr. Si quería cumplir con el tiempo estipulado que ella misma fijó, Zahir tendría que dejar sus flirteos nocturnos y atender las tareas que ella le impuso y que, cegado por el deseo insaciable de hembras, no realizó.

Nasila preparaba a conciencia el refuerzo de su adiestramiento con multitud de tareas nocturnas, las cuales eran desatendidas por el guerrero. Los motivos de tanto empeño eran desconocidos para él, no imaginó lo pretendido por la muchacha: que avanzara, que le diera tiempo, no dejar su reto inconcluso... Su posibilidad de huir de allí nuevamente se acercaba.

Aunque lo intentó con toda su alma no pudo ser. El día pretendido llegó y, esta vez, no lo dejaría marchar.

Esa mañana, la mañana de la fuga, Zahir se levantó temprano. Su mano aún no estaba del todo recuperada y, después de sus cortas clases de lectura, salió veloz a realizar los ejercicios preparatorios para sus batallas, intensificados con la intención de recobrar las habilidades del guerrero lo antes posible.

Sobre la señorial silla reposaba la túnica negra que, extrañada, Rania le había suministrado. Ella pensó que tal vez a Nasila le habían impuesto tal atuendo para alguna que otra salida — habituales para el desarrollo de los encargos que el emperador requería—. Ni mucho menos imaginó que sería cómplice de su marcha. De haberlo sabido, posiblemente, y por su experiencia de vida, la hubiera aconsejado de otra manera.

Sin el obstáculo del guerrero en la habitación, no lo pensó, intuyó que ese sería el día de la anhelada escapada; su posibilidad de liberación estaba próxima.

Deslizó habilidosa sobre su ropa aquella vestimenta y tapó su pelo con un hiyab, dejando a la vista sus coloridos ojos verdes. Solo llevó consigo lo único útil con el que aquel lugar la obsequió: sus utensilios médicos bien dispuestos y enrollados en su cuero.

Sin cruzarse con vigilante alguno —al ser una de las jornadas más trabajosas de todas—, llegó fácilmente al lugar donde las mujeres entraban a palacio y salían escoltadas después de

descargar las provisiones. Por lo que, en un momento, se hizo integrante del grupo que portaba los canastos ya vacíos sobre sus cabezas. No todas los llevaban, algunas ayudaban a transportarlo, por lo que no destacó por no acarrear ninguno.

Nasila progresó camuflada entre la multitud como ya lo hizo tiempo atrás, pero esta vez, más que nunca sabedora de lo que debía hacer: «Queda quieta, no hables, no descubras tu rostro, no levantes tu cara, evítales la mirada...», rememoró las directrices que *baba* le ofreció aquel desafortunado día de su captura.

En su avance, y atravesando el amplio patio de armas donde se entrenaban afanados, observó de reojo al gran Zahir con espada en mano, batallando con falsos contrincantes, ensayando sus técnicas de muerte cultivadas con esmero durante años de enseñanza militar. Inexplicablemente, su garganta se secó repentina, su corazón palpitó resentido, intuyó que el rumbo en la existencia del guerrero hubiese cambiado de haber conocido sus verdaderos orígenes. En busca de la libertad, la incomodó abandonarlo sin acabar el cometido fijado, incluso le pesó dejar atrás a Rania, esa amiga que un día la salvó de una muerte segura y cuya ausencia añoraría. Pero *baba* la esperaba, estaba convencida que entre las calles de Agra alguien sabría de él, era fácil suponer que con su conocimiento curativo habría ayudado en la mejora de pacientes y estos, agradecidos, la llevarían ante su padre. Era su hija, la mujer a la que se vetó un futuro por el capricho de un rey injusto, por los designios de una época en la que una mujer era tratada cual bestia encerrada y utilizada a merced de su dueño.

Con ímpetu, avanzó gacha, ocultando su alta estatura e igualándola al resto, sin destacar especialmente por nada.

Ante ella, y de la forma en el que un oasis se muestra a un sediento caminante en medio de un desierto, emergió la salida. Al contemplar las puertas abiertas de par en par, sus ojos se engarzaron de emoción, exaltación de furor que dio lugar a lágrimas sin control al dejar atrás el bastión que por meses la hubo aprisionado.

Pero, desde su ventanal, no alcanzó a ver lo que después sucedería.

El gentío quedó retenido bajo los grandes muros de piedra por los soldados custodios. Nasila, esta vez paralizada por el inesperado acontecimiento, imitó los movimientos de las demás colocándose en paralelo frente a sus vigilantes.

Al unísono, levantaron sus brazos hacia el frente mientras uno de los guerreros, con vara en mano, palpaba los cuerpos y examinaba, concienzudo, una a una las manos de las muchachas acostumbradas a tal proceder.

Los tesoros del palacio —con incrustaciones de valiosos minerales en sus paredes— se hallaban por todas las estancias. Esto provocaba que a cualquier visitante externo, no morador del lugar, se le examinara con detalle evitando hurtos indebidos de esos tesoros altamente protegidos.

El cacheo fue rápido y sus manos inspeccionadas, sobre todo entre los dedos donde podrían ocultar fácilmente alguna de esas piedras preciosas.

En apariencia, discurrió todo con normalidad hasta que el guardián requirió saber:

—¿De dónde las has robado?! —profirió interrogador.

La vara de madera apuntó hacia sus pies cubiertos por error con unas babuchas de piel guateadas con pelo de tigre, magnífico atavío que enseguida llamó la atención de las mujeres de alrededor, cuyas maltrechas suelas de esparto chocaban con su refinado calzado de doncella.

Sin mediar palabra, Nasila solo pudo negar compulsiva, abstraída del momento y colapsada por las consecuencias que sufriría al ser pillada infraganti escapando de allí.

A las demás las dejaron ir, pero sobre ella se clavaron decenas de ojos, miradas

intransigentes llenas de expectación por saber quién se ocultaba tras la humilde túnica que chocaba con esa prenda, relacionada con las concubinas del emperador.

El más osado tiró del pañuelo que encubría su rostro, provocando que su voluminosa cabellera rubia quedara esparcida por sus hombros a la vez que el color de sus ojos, matizado por los lloros, daba respuesta a la pregunta que todos cuestionaron.

—¡Es Nasila! —exclamó uno de los soldados, tartajoso por la sorpresa, retrocediendo unos pasos por el sobresalto de encontrarse ante tal personaje.

—¡Llamad al comandante Zahir, rápido! —inquirió otro.

Algunos de ellos quedaron vigilantes de la muchacha hasta recibir alguna indicación con respecto a una situación a la que nunca hicieron frente. No era habitual que ninguna manceba del harén quisiera escapar, más bien lo contrario, deseaban ese destino que les alejara de las miserias de sus hogares y les proporcionara los lujos que allí recibían, opulencia que, a la postre, compraba sus destinos.

La sanadora, acorralada, reconoció entre los custodios a un joven cuya recién cicatriz marcaba su cuello. Recordó que el día en el que las tropas malheridas regresaban del frente, ese mismo muchacho salvó la vida gracias a su sabio proceder, después, el soldado aferrado a su mano proclamó un eterno agradecimiento hacia ella.

—¿Te acuerdas de mí? —susurró hacia su oído. Él asintió—. Me debes estar vivo —chantajeó sin pensar en ninguna otra consecuencia más—. Te pido que me dejes marchar.

—¡Calla! —profirió otro de malas maneras al escucharla hablar.

Inesperadamente, el joven salvado desenvainó su espada y la apuntó hacia sus compañeros de vigilancia.

—¡Vete! —gritó intentando retener a los guerreros oscilando el yugo de su acero amenazante.

La chica corrió, sus ágiles piernas liberadas rememoraron sus trotes sin rumbo en su preciada infancia en las tierras lejanas de Skardu. Por momentos, voló con su imaginación a aquel lugar mientras se alejaba de allí, afianzando su decisión de huir, pero, a su sensatez no pudo esquivar. Otra vez el peso al deber, de preservar la vida, frenó paulatinamente sus pasos. No pudo evitar pensar en el destino del joven que la dejó marchar.

Tal vez sería degollado por un Zahir iracundo con sed de venganza, encerrado en una mazmorra donde, sin sustento, moriría o atado por los pies a un caballo desbocado donde sería desgarrado por la fricción de su cuerpo deslizándose por el suelo...

Su conciencia la paralizó de inmediato y con decisión dio la vuelta, rehízo el sendero ordenando por el camino al joven que envainara su arma, que depusiera su actitud y la llevara hacia el interior.

La suerte pareció ponerse de su lado cuando fue Rania la primera en aparecer atraída por el revuelo que su acto originó.

—¡Dejadla!, yo me encargo de ella —ordenó, aunque alguno no pareció ceder—. ¡Tú!, ¿osas no obedecerme? —El entrecejo de la mujer quedó fruncido, acentuando su mirada amenazante mientras agarraba de la mano a la muchacha y tiraba con fuerza de ella hacia sí, movimiento que provocó que todos la soltaran.

Los guardias se apartaron dejando paso a la poderosa y favorita concubina de Jahangir, que arrastró con decisión a Nasila hacia el interior del castillo.

—¡A ti!, ¡¿qué te pasa?! —exclamó alterada—. ¿Quieres que te maten?

Nasila, con sus ojos aturridos por la situación, contestó serena.

—Escaparé algún día —susurró la joven aletargada.

—¡Calla!, por favor. Que no te oigan —dijo Rania angustiada a sabiendas de que lo haría. Esa joven había mamado la abierta sensación de elegir el destino que otorga la libertad y no dejaría de luchar hasta poseerla nuevamente—. Te ayudaré en todo lo que pueda... —dijo afligida, aceptando los deseos de la rebelde muchacha convertida ya en estimable amiga.

Zahir fue avisado. Aunque, enérgico, se encaminó a buscarla por las inmediaciones de las puertas donde la interceptaron huyendo, no la localizó.

Furioso, subió las empinadas escaleras que llevaban a sus aposentos y entró encolerizado en ellos, seguido por la manada de delatores soldados deseosos de contemplar la reprimenda de su comandante hacia la bella inquilina de la estancia.

Nasila y Rania le esperaban sentadas en el incómodo diván donde la joven habitualmente dormía.

—¡Sal de aquí! —gritó enfurecido mientras cogía la mano de Nasila y, empujándola brusco, la obligaba a ponerse en pie y caminar forzada hacia su camastro, donde la lanzó sin escrúpulo alguno.

Rania, asustada por la reacción que el bárbaro pudiera tener, lo siguió por detrás y, defensora de su amiga del alma, se colocó de pantalla protectora aun a riesgo de recibir algún manotón o reacción peor proveniente del iracundo guerrero traicionado.

—Es de gran valor para tu emperador —anunció la favorita intentando aplacar cualquier acto salvaje contra ella.

—¡Quítate de mi vista... si no quieres morir! —Hizo una pausa tensa y siguió hablando amenazante—: ¡Hay cientos de mujeres como tú en el harén...! —gritó desmesurado un mensaje en el que anunció a Rania que era prescindible.

Una sonrisa se engarzó en sus labios tras el despectivo comentario contra ella.

—Pero Nasila es única. Recuérdalo. —Desafiante tocó con su dedo índice el musculoso pecho del guerrero. A continuación, abandonó la estancia con ímpetu, seguida por todos los allí presentes.

Los llantos descontrolados de la muchacha retumbaban desde el torreón, llegando hasta los oídos de los soldados que se encontraban en el patio de armas contiguo. Unos, regocijados con su desdicha —debido a su poca permisividad hacia las invalorable mujeres—, pero otros —los que lucían brechas frescas atendidas delicadas por la médica— sentían cómo su sollozo les chirriaba en los tímpanos, dejándolos impotentes por no corresponderla, por no ser sus salvadores en esa ocasión.

Zahir, cuando se quedó a solas con la muchacha, anduvo con decisión hacia el señorial escritorio, abrió con brío todos sus cajones y rebuscó en el interior de ellos.

Después, calmado, se dejó caer a su lado quedando sentado junto a la joven que, recostada, lloraba desconsolada por el disgusto de no haber podido coronar su escapada.

—Nasila, se han ido todos... ¡Escucha! —susurró intentando calmar a la escriba que, extrañada de que el guerrero la llamara por su nombre, fue aplacando su malestar incontrolado—. Voy a leerte —anunció como mecanismo de calma al gimoteo de la muchacha.

Confusa, dio la vuelta sobre el camastro buscándole con sus ojos convulsos y parando en el acto sus lloros.

Carraspeó el comandante su garganta, subió el manuscrito que sujetaba a la altura de su cara y, despacio, leyó como le había adocinado la escriba que hiciera: «Mi querido, mi amado hijo Zahir...».

Esas primeras palabras entrecortaron la voz del guerrero. Bajó el códice hacia su regazo a sabiendas de que le faltaba vocabulario para continuar, y habló conmovido:

—¿Me quería? —cuestionó para sí emocionado—. Me quería... —musitó alargando la más preciada palabra que una madre podía declarar a un hijo que se pensó abandonado.

La muchacha solamente asintió, cohibiendo sus palabras la angustia que notó ante tal reacción.

—¿Te volverás a ir? —preguntó vacilante mirando hacia ella.

—¡Sí! —contestación que precipitó por el deseo de salir de allí como fuese.

—¿Cuánto me queda por aprender? —quiso saber convencido de que la chica intentaría de nuevo la huida aun a costa de perder su vida.

—Poco —contestó escueta al ser invadida por un cúmulo de emociones que no la dejaron hablar más.

—¿Te quedarás hasta que termine? —Sus diminutos ojos se agrandaron expectantes a la respuesta.

¿Por qué tendría que quedarme si él no merece mis atenciones? —discurri en silencio contestando de inmediato a mi propia pregunta—. Porque sentí pena de contemplar a aquel hombre cuya vida había sido prefijada para las peores labores posibles, manipulada igualmente para servir al imperio de otra manera a la mía.

Entonces, respondió convencida:

—Tendrás que trabajar por las noches en las tareas que te mande, Zahir —susurró, tierna, exigiéndole dedicación, adquiriendo de esa manera un compromiso hacia él.

—Te doy mi palabra, Nasila —proclamó solemne subiendo su puño cerrado hasta chocarlo con fuerza contra su pecho.

El guerrero, especialmente agradecido, palmoteó con cariño los muslos de la mujer. Se levantó del lecho y avanzó hacia la puerta de salida. En su rostro iba reflejada la sensación que da la calma, de hecho, su arrugada frente lucía estirada, ni fruncida ni rugosa como solía mostrar.

Pareció inspirar aire antes de abandonar la estancia, momento en el que su cuerpo se tensó nuevamente quedando engarrotado. La expresión de su cara volvió a ser la que era, demoledora; pensó Nasila que la forzaba a propósito para exhibirse como el despiadado protector de Jahangir, que era lo que de él se esperaba.

Su imagen de malvado camufló al dulce Zahir, al que parecía la escriba haber enmascarado.

No tardó en aparecer Rania en los aposentos. La mujer entró veloz, acompañada por un séquito de criadas portando multitud de aperos y ungüentos para curarla.

Corrió hacia el lecho para aliviar cuanto antes las heridas que el desalmado Zahir pudiera haberle infligido.

Sus manos recorrieron el cuerpo de la muchacha en busca de señales que atender, abrió su boca, palpó su nariz con desesperanza en busca de algún daño, alguna brecha, algún hueso roto con el que el forzudo hombre de guerra se hubiese ensañado.

—Tranquila... no me hizo nada —susurró Nasila con un tono de voz que reflejó de inmediato el estado anímico en el que se encontraba.

Aun habiéndose dado de bruces con el estrepitoso fracaso de su huida, percibió la plenitud de haber desenmascarado al peor de los seres habidos y, tal dicha, impregnó de felicidad el inadecuado momento para sentirla.

El discurrir de los últimos acontecimientos fallidos le mostró distintas alternativas que la mantuvieron medianamente dichosa. En Rania, su amiga, la favorita del emperador, descubrió su apoyo incondicional, a Zahir, el más osado de los guerreros del reino, le encontró una debilidad, una inaudita e inverosímil fragilidad por conocer su verdadero pasado y por avanzar en su, hasta ahora, despiadada existencia, la única que conoció bajo el yugo del imperio.

—¡Dejad las cosas allí! —Rania se sentó a su lado—. ¡Podéis marchar! —ordenó con entonación dubitativa, extrañada de lo que pudo haber sucedido allí y que no concordó con lo que ella pensó tras dejarla a solas con un Zahir iracundo y fuera de sí.

Las sirvientas de inmediato transportaron lo que cargaban hacia el lugar de aseo y se dirigieron presurosas hacia la salida.

Encontrándose esta vez a solas, los ojos de la favorita quedaron fijados en los de la muchacha. Sus hombros se elevaron hacia arriba a la espera de una explicación posible a lo sucedido, lo inexplicable tendría que ser desvelado.

Pasamos un tiempo en silencio. Rania era una mujer de exquisita educación y, aunque quería saber lo acontecido, no osó cuestionar.

Ella me demostró su gran lealtad, se había ganado mi afecto y confianza y quise contarle la verdad. Sincerarme de la forma que mi compañera siempre hizo, engrandeciendo el lazo de amistad que nutrimos día a día.

Cogí su mano, provocando que se levantara y la llevé hacia el escritorio de trabajo. Abrí el primer cajón y localicé el antiguo retal que quedó escondido en el pequeño compartimento donde lo ocultábamos.

—Siéntate. —Se dejó caer en el diván contigo, donde yo dormía—. Atiende, voy a contarte qué apaciguará, aún más, al temible comandante...



Nasila, en sus escritos, no explicó los motivos que le llevaron a leer esa carta a Rania, manuscrito personal que leyó sin el consentimiento de un Zahir que, posiblemente, jamás hubiese accedido a tal acto. Pero yo saqué mis propias conjeturas. Pensé que, tal vez, quiso mostrar a su amiga su lado desconocido, enternecer los pensamientos que pudiera tener sobre él utilizando la lectura que dejó una madre desesperada a un hijo que siempre la negó. Creí que quiso exhibirle humano; ante el deseo de conocer sus orígenes, cómo cambió su actitud hacia ella; su esfuerzo por aprender a leer. Desvelar lo mejor que uno podía poseer: el cambio de un carácter equivocado adaptándolo a las circunstancias del momento.

Manifestó que no solo era maldad lo que resumaba aquel hombre.

Sin motivo aparente, lo ensalzó ante su apreciada amiga y, en ese instante, me asaltaron varias preguntas: ¿Por qué...?, ¿estaría sintiendo Nasila alguna fuerza etérea que la unió de alguna manera al peor de los hombres posibles?

Capítulo XV

Confesiones

Sesiones de lectura

La lista de palabras extraídas de ese manuscrito fue repasada una y otra vez por Zahir. Por las noches, frente a la hoguera, en una pequeña mesa de estudio construida de madera por él mismo, reposaban los apuntes con los que Nasila le reforzó a diario. Atendió a sus deberes olvidando los placeres de carne, priorizando su aprendizaje ante todo lo demás. Leyó formando frases, mejoró en el enlace de vocablos con la colección de artículos, pronombres y otros complementos seleccionados por su maestra.

La escriba le atendía a lo lejos, centrada en sus propios quehaceres: preparando los futuros encargos, retocando algún bosquejo y licuando verduras para obtener los tintes necesarios que le ayudaran a colorear lo retratado.

Aclaraba sus dudas con extrema delicadeza cuando era requerida y él le devolvía miradas de admiración por su entrega. Serenidad transpiraba aquel aposento.

Fueron momentos de armónica existencia donde vislumbraron todo lo bueno que podían ofrecerse.

Ese día que finalizó había sido especial para ambos.

Tras la petición de localizar una flor de montaña, un precioso espécimen de tacto aterciopelado y de color brillante y blanquecino, camuflado entre las cumbres ya pinceladas por la nieve, volvían a palacio sin el encargo completado.

El frío y una fuerte ventisca les sorprendió comenzando la ascensión al monte lejano donde pensaban hallarla. Con sus caballos al galope dieron la vuelta, huyeron de allí amenazados por las gélidas temperaturas convertidas en lanzas clavándose contra sus espaldas.

Al percatarse de que no tendrían tiempo para esquivar el temporal surgido repentino, el curtido hombre decidió con determinación buscar refugio. Paró ante una cueva oculta por matorrales que su ávido instinto de supervivencia le hizo localizar. Asistió a una Nasila, cuyos músculos quedaron atrofiados por la frialdad constante chocando contra ella, a bajar del caballo. Recogida entre los fornidos brazos de Zahir, fue llevada hacia el interior de la caverna.

El guerrero sentado frente a una hoguera improvisada que consiguió prender, no dejó de abrazar a la única mujer de su existencia que le había aportado saberes, la profesora que estaba forjando, sin saberlo, un futuro distinto para él.

En sus musculosas extremidades se mantuvo sentada la muchacha, extrañamente sosegada, pegada, regocijada contra su pecho, acomodando su cabeza entre los mastodontes pectorales del flamante personaje.

Rezumó silencio entre ellos dos mientras el vendaval, en su punto más álgido, dotaba de sintonía al impensable momento de placidez que vivieron juntos. Zahir, tierno, reposó su ancho mentón sobre la cabeza refugiada en él de Nasila.

La muchacha relató su incongruente situación:

¿Cómo pude sentirme tranquila entre los brazos asesinos que esa vez daban calor a mi cuerpo helado? ¿Sosegadamente colocada sobre sus piernas cuando siempre me incomodó sentirle cercano? ¿Cómo pudieron mis labios sentir esa energía intangible que escapa a tu control y que me hizo ansiar un beso...?

Se avecinaba un acercamiento mayor cuando, de pronto, Zahir, propulsado hacia arriba, se puso en pie arrojando a la muchacha hacia un lado. Su mano la llevó con rapidez al mango de su enorme espada. La desenvainó y empuñó ante los ojos aterrorizados de una mujer que, por momentos, pensó haberse equivocado; jamás sería capaz de aplacar su despiadada conducta.

—¿Lo escuchaste? —por fin profirió.

—¿El qué? —preguntó Nasila perturbada por el inesperado movimiento que pareció amenazarla a ella.

—Un gruñido —contestó con ademán alerta.

La muchacha negó con su cabeza acallando su voz con la intención de afinar su oído.

—¡Sí!, lo escuché —confirmó.

Zahir le entregó un pequeño puñal —que escondía en una de las botas de piel que calzaba —, para ser utilizado como defensa contra el ataque de alguna fiera, y caminó con decisión hacia la salida.

La mano de Nasila chocó con los robustos dedos de él y, apretándolos con fuerza, lo retuvo un instante.

Sintiendo realmente temor por la vida del guerrero, le habló con suma delicadeza.

—Ten cuidado. —La vista de Zahir chocó con los preciosos ojos de la muchacha resaltados por la llameante hoguera cercana.

Mantuvieron el contacto de sus miradas a la vez que él llevaba la mano de ella hacia su boca. Seguidamente, sintió Nasila el profundo beso de sus labios pegados con firmeza a su piel. No pareció pasión, sino gratitud. Agradecimiento por percibir Zahir su preocupación real hacia una vida —la suya—, por la que jamás nadie se sintió interesado.

Mi corazón se estremeció de tal manera que dudé si sentía algo más que pena por ese hombre. El hormigueo en mi corazón respondió a aquel titubeo que intentaría desvirtuar como fuera.

El tiempo a solas le parecieron horas, días..., se intensificó su temor cuando los alaridos se acercaron y, aún más, al sentir una presencia moviendo las ramas secas situadas en la entrada del refugio donde quedó resguardada. Se aferró con más ímpetu a su daga, se defendería de cualquiera que osara atacarla.

—¡Soy yo! —gritaron desde afuera, percibiendo el sonido de una voz conocida que parecía llevada en volandas por el viento.

La muchacha no dejó de empuñar el arma, era Zahir el que hablaba, pero, a su vez, escuchó a la fiera tras él o encima de él, ya dudó qué pasaba.

Apareció el guerrero en la cueva con la postura del cuerpo encorvada, apretando con su puño el pecho hacia sí. Temiendo Nasila que pudiera estar herido o que la bestia entrara, se colocó en posición de defensa, anduvo hacia la salida con valentía al escuchar nuevamente el bramido cercano.

—¡Atiéndelo! —exclamó Zahir descubriendo el torso hacia la muchacha que, al ver aquello, de inmediato frenó su avance.

Al apartar las pieles que vestía, apareció ante sus ojos un bebé cobijado, sus suaves lloros se desvanecieron debido al poco halo de vida que mostraba.

Veloz, la sanadora actuó.

Quitó las ropas mojadas y secó su pequeño cuerpecillo a la vez que dictaba a Zahir qué debía hacer.

—¿Tenemos agua? —preguntó.

Zahir corrió hacia su caballo refugiado a un lado de la cueva y registró la alforja que siempre llevaba.

—¡Sí! —vociferó angustiado.

—Necesito calentar un poco —dijo la mujer mientras el guerrero buscaba algún recipiente metálico que sirviera.

—Esto valdrá. —Rápido, cumplió con lo solicitado.

Sus diminutos labios los empapó con el agua ya caliente, incluso bebió unas gotas de ese líquido que templó su cuerpo y elevó una temperatura que, de no haber recuperado, lo hubiera matado.

El bebé, una niña de piel empalidecida por el frío, quedó enrollado en un confortable retal que abrazó Nasila comprimiéndolo contra su pecho. Zahir, utilizando los matorrales secos de la entrada, avivó las llamas donde ambas quedaron cobijadas.

La intranquilidad dio paso al sosiego por el logro de haber rescatado a la pequeña, por el trabajo en equipo hacia un único e insuperable fin: salvar una vida que acababa prácticamente de comenzar.

Al salir de la cueva en busca de la fiera cuyos alaridos percibíamos débiles pero cercanos, Zahir encontró un buey recostado, sus patas habían fallado y el peso de su cuerpo inerte lo dejó atrapado. Junto al animal, un hombre yacía, su ropaje era pobre, de textil fino y no adecuado para el frío y la ventisca que se levantó inesperada. Zahir siguió buscando, se alejó de allí llevado por los sonidos que, atenuados, continuó escuchando. No tardó en hallar a la mujer cubierta por un manto de escarcha. Tocó su cuerpo congelado, incluso la movió buscando alguna reacción, pero su mísera vestimenta no había soportado la frialdad extrema que acabó con ella.

La madre, muy joven, refugió bajo su cuerpo a la pequeña recién nacida. Observó Zahir cómo bajo su vientre había un hoyo forrado con unas pocas prendas, en el que estaba colocado el bebé y que quedó resguardado con su propio ser, ofreciéndole lo que tuvo a su alcance para que sobreviviera.

—Luchó hasta el final por esa criatura —dictaminó pensativo, tremendamente afectado.

Con la noche llegó la calma.

Menguada la ventisca, emprendieron el camino hacia palacio guiados excepcionalmente por un Zahir que sabía interpretar el firmamento. Sus dedos le sirvieron para trazar en el cielo una línea transversal entre las estrellas que le indicó el sur, solo tenían que orientarse a través de un lucero localizado que les marcó el camino.

El revuelo por su ausencia era evidente. Al atravesar las amplias puertas abiertas —habitualmente cerradas en la madrugada—, una expedición de guerreros, preparados para salir, estaban a punto de marchar en su búsqueda. Calmaron todos ellos al contemplar a su comandante

volviendo al castillo acompañado por la mujer, a la que algunos admiraban ya en demasía.

Zahir, que transportó con habilidad al bebé enrollado a su torso, lo entregó a Nasila. Subieron las vastas escaleras hasta llegar a los aposentos que encontraron caldeados, gracias a la hoguera prendida por sus compañeros, que esperaban su venida.

Forraron un arcón, guateando su fondo con prendas de gran pelaje, y acomodaron a la pequeña que dormía, plácida, después de todo lo padecido.

Los dos quedaron observándola.

—No se puede quedar aquí —dijo Zahir calmado.

—Lo sé —contestó Nasila—. Mañana hablaré con Rania.

El guerrero asintió. Sus estancias eran frecuentadas por comandantes para confeccionar estrategias de guerra, por concubinas que complacían sus deseos y los deberes encargados a la escriba tenían que ser atendidos. No podrían cuidar de las necesidades de una recién nacida. Aun así, esa noche la pasó con ellos.

Conmovidos por lo ocurrido, ninguno pudo conciliar el sueño. Zahir quedó repasando sus tareas y Nasila intentó otra vez la elaboración de un color que se le resistía.

Fabricar el tono bermellón, un tono rojo anaranjado que necesitó elaborar para dar viveza a una flor, le quemaba las manos. Utilizó cinabrio y azufre, los juntó en un recipiente metálico y lo tapó. Con sus manos, y utilizando un cuero para sujetarlo, intentó calentarlo acercándolo a las llamas de la hoguera. Pero la fina piel de sus manos se abrasaba por el calor intenso que sentía.

Zahir observó a la muchacha día tras día, esperó y esperó su llamada, que necesitara de él. Pero vencido por el orgullo de ella, decidió auxiliarla.

La vasija temblaba entre sus manos sin llegar a calentar el contenido, que era lo perseguido. Zahir se acercó despacio por su espalda e, imitando su posición frente a las ascuas, se colocó por detrás. Arrimado a ella, avanzó con las palmas de sus manos por los brazos de la escriba, los acarició con ternura mientras progresaba hacia el recipiente que quemaba sus dedos. Entrelazados con los de ella, hizo que los despegara de aquello que le producía daño.

Hacía mucho tiempo que quería hacerlo, pero la conclusión de ese extraordinario día le aseguró a su roce no ser rechazado.

Confieso que entonces lo supe, en otras circunstancias su presencia cercana hubiese alterado mi cuerpo, repudiando mi osada rebeldía al tirano. Pero en ese instante no me importó reafirmarme en que lo amaba, aunque mi boca lo negó silenciando lo que mi corazón me revelaba...

De nuevo, el momento de dicha entre ellos se alteró por los llantos debilitados de la pequeña. Nasila brincó hacia arriba escapando de los brazos de un Zahir que la pretendía y, veloz, atendió al bebé que requería alimento con el que saciar su pequeño estomaguillo hambriento. Le ofreció leche de cabra recién ordeñada, empapándola en una tela que, con desespero, mamó.

Tras apaciguarla, cuando otra vez dormía, Nasila preguntó al guerrero:

—¿Cómo la llamaremos?

Él tocó su mentón, pensativo.

—¿Cuál era el nombre de mi madre? —quiso saber.

—¡Lalasa! Eso escribió en el cuero que dejó —contestó la joven precipitada.

—Así la llamaremos entonces... —afirmó Zahir rotundo.

A continuación, Nasila proclamó un compromiso con la pequeña que al guerrero aplacó de forma definitiva, desvaneciendo cualquier aspiración venidera con respecto a un futuro junto a ella.

—Lalasa, vendrás conmigo, a donde yo vaya tú también irás. Te prometo que te enseñaré la vida en la que yo creo. No sabrás de otra en la que no seas dueña de tu propio destino.

Después de las profundas palabras de la escriba, al guerrero lo notó cohibido. ¿Cómo podía pretender a una muchacha cuyo fin era salir de allí, que anhelaba propósitos de imposible alcance para él?

Tras terminar de calentar el recipiente que ya contendría el tinte buscado, se retiró a su camastro.

Pasado un tiempo, y con Nasila apartada en su incómodo diván, Zahir le habló.

—¿Duermes...? —susurró en tono bajo.

—Casi —contestó soñolienta.

—¿Estoy ya preparado? —preguntó a la muchacha.

—Hace tiempo que lo estás —contestó ella mientras incorporaba su cuerpo, empujada por la inquietud suscitada por una pregunta que sabía, en algún momento, le haría.

—Mañana será el día, ¿me acompañarás? —preguntó irguiendo también su postura y mirando hacia el fondo donde se encontraba.

—Estaré, Zahir, estaré a tu lado cuando lo leas.

—Descansa, Nasila. —Se dejó caer hacia atrás, cambió de postura e intentó acomodarse para conciliar el sueño, descansar para afrontar el gran día que venía.

Capítulo XVI

Perdóname

Sesiones de lectura

Nasila escuchó ruidos en el amanecer. Observó de reojo cómo Zahir, ya ataviado, la zarandeaba con suavidad para despertarla.

—¿Pasa algo? —preguntó la muchacha aún aletargada por el sueño.

—Sus padres se merecen sepultura —contestó condescendiente; a continuación, movió su barbilla dirigiéndola hacia la pequeña, que dormía plácidamente.

—¡Espera, déjame acompañarte! —exclamó a la misma vez que parpadeaba sus soñolientos ojos con ademán de desespera.

Aunque quedó dubitativo, al instante contestó con firmeza.

—Encárgate de la pequeña, habla con Rania y dedica la mañana a organizarlo todo —contestó elocuente a sabiendas que Nasila tenía pendiente multitud de tareas por cumplir.

—Tienes razón, así haré —asintió.

La joven, rememorando el acercamiento pasado, llevó su mano hacia la del guerrero, que reposaba sobre su hombro.

Quedaron conectados breves segundos, pero rehusó con antipatía Zahir ese roce. Se zafó de los dedos de una Nasila que, al momento, interpretó el rechazo inaudito del comandante. Con ímpetu giró ante sus ojos perplejos dándole la espalda y, con enormes zancadas, marchó raudo de allí ante la visión confusa de la mujer, incomodada con la áspera actitud mostrada.

Recostada, tras la agotadora noche pasada, evoqué lo acontecido. No tuve duda en reconocer que en mí algo se había despertado, pero, otra vez, con la sabiduría de baba topé: «Lo que para uno puede significar tanto, jamás será equiparable o inigualable al signo del otro». Aseméjé esa frase, dicha en tan distinta situación, a lo que en ese momento sentí. Y si yo, virgen de esas nuevas sensaciones, ¿exalté en demasía lo ocurrido?, y si para él, ¿solo era la nueva doncella a la que pretender...?

Enseguida, Lalasa centró su completa atención desviándola de los adversos pensamientos surgidos.

Desvistió a la pequeña y observó el color de su piel. El blanquecino aspecto que presentaba se fue sonrosando hasta conseguir ese día un aspecto mejor. Recostó el oído en su pecho y contó los latidos de su diminuto corazón, que ya parecía haber recuperado el ritmo normal y, por último, antes de ir en busca de Rania, examinó la flexibilidad de sus extremidades, sujetó entre sus dedos su piecillo y lo movió, lo giró, lo dobló llevándolo hacia su estrecha cintura cerciorándose de que la rigidez anterior hubo mermado.

Con inmensa alegría comprobó que la niña estaba sana, que viviría y ella, comprometida con su orfandad, sería parte importante en su devenir.

Así se lo hizo saber a Rania tras contarle la gran aventura a la que se enfrentaron, con vientos helados que a punto estuvieron de acabar con sus vidas y cómo el intrépido comandante salvó a la pequeña, ayudó a mantenerla caliente y con suma sabiduría las llevó de vuelta hacia palacio...

—Ven, acompáñame —dijo Rania al concluir las explicaciones de una Nasila que, desobedeciendo la prohibición, osaba muy frecuentemente presentarse en los lejanos aposentos vetados para ella.

Recorrieron los pasillos cuyas bóvedas se abrían exponiendo a un lado los inmensos jardines, tintados de color grisáceo por el gélido invierno. Anduvo por sus anteriores estancias. Caminaron por los baños humeantes, donde muchas de sus antiguas compañeras, sumergidas plácidas en las aguas termales, cuchichearon a los oídos las unas a las otras tras reconocer a la ilustre muchacha transitando por tan restringido lugar; en el harén de donde había sido expulsada por no aceptar complacer a un emperador al que no estimaba.

Al escuchar el lloro de un bebé cercano, Rania le habló de un nacimiento habido y que, tal vez, la madre accediera al amamanto de Lalasa durante sus primeros meses.

La recién parida admitió atender a la criatura, pero le impuso a la muchacha la tarea de visitarlas todos los días, que se comprometiese con ese bebé si pretendía ser su madre.

Nasila aceptó, considerando a continuación la mejor manera de realizar sus labores cumpliendo con todas ellas. Una vez que las clases de Zahir hubieran concluido tras el objetivo cumplido, esas horas dedicadas a él las centraría en los bosquejos de la extensa colección de Jahangir, intentaría adelantar en las noches la elaboración de sus trabajos para, de esa manera, dedicarle el mayor tiempo del día posible a su linda y preciosa hija Lalasa. Pareció anteponer sus deberes con respecto a su pequeña a cualquier pretensión de escapada inmediata, considerando aplazarla por unos meses.

Distraída con su nuevo aliciente, permaneció un tiempo en el ala opuesta a la que en ese momento moraba. Aprovechando su visita, y una vez se anunció su presencia, se formó un gran revuelo entre las doncellas que algún mal padecían, por lo que, obligada por su saber, atendió con esmero a cada una de ellas, olvidando por completo el gran día al que se enfrentaba su alumno Zahir.

Nasila consideró que tras su marcha de palacio todas ellas quedarían desatendidas, se preocupó tanto de que esto no sucediera que traspasó pequeñas dosis de saber a su gran benefactora y amiga; Rania la sustituiría. La preparó día tras día para curar las pequeñas dolencias que comúnmente sanaba. Solicitó su plena atención en los procedimientos, por lo que, como siempre, dedicó más tiempo del previsto para las curas.

Transcurrida la tarde, fue cuando tomó conciencia del retraso.

La luz del día ocultándose la percató de su gran falta.

Desesperada, serpenteó por los pasillos, los recorrió siendo observada, admirada por aquellas con las que se cruzaba. Atravesó la gran puerta vigilada por el enjambre de eunucos utilizados para su salvaguardia, dejando tras de sí el paraíso de musas de donde se sintió afortunada de haber sido desterrada.

Al atravesar el patio de armas se dio cuenta de que algo ocurría.

Encontró al ejército formado en multitud de hileras, numerosas filas de guerreros situadas en paralelo ocupando la colosal explanada. El silencio invadió cada rincón, cada boca callada, solo percibió el silbido que producía el aire sesgado por la punta de las lanzas afiladas y el

relinche de los caballos alterados por el clamor de partir, por el deseo de galopar.

¿Qué podía estar pasando? ¿Él sabría que ese día partiría? Por eso... ¿su pretensión de leer el cuero que su madre le dejó escrito, por si ya no volvía...?

Subió las escaleras exaltada, zigzagueó entre los rudos soldados que bajaban mientras ella ascendía. Quedó inmóvil al encontrarse con Zahir frente a frente y colapsada tras ser esquivada. Pasó por su lado sin obsequiarla con una mirada, con un adiós o un pronto regresaré.

Con el corazón hecho añicos, Nasila le gritó:

—¡Perdóname! —imploró por no haber cumplido. Su vanidad no fue tanta como para aplacar su malestar por lo sucedido.

El rudo guerrero, ataviado con sus mejores ropas de batalla, no inmutó la dirección de sus pasos que le alejaron raudo de su lado.

Ella continuó subiendo. La mejor visión la tendría desde sus aposentos.

Abrió el ventanal e invadida por la desazón se asomó atendiendo a la ida.

Presenció el inicio de la marcha del grandioso ejército, apreciando el eco de las sólidas pisadas retumbando contra las paredes del elevado lugar. Observó al comandante montando su magnífico corcel negro, ataviado con pechera de acero de similar aspecto a la armadura que cubría al vil guerrero. Desde allí contempló cómo galopó hasta colocarse el primero, en la avanzadilla que dirigiría a todos hacia el campo de batalla.

Se sintió empequeñecida, insignificante para él en ese momento de ocaso:

¿Cómo iba a pensar en mí si marchaba hacia una contienda donde arriesgaría su vida?

Pero, en el último instante, cuando su caballo se disponía a atravesar el gran arco de salida, Zahir paró. Su ejército se detuvo imitando el movimiento del guía. Cayó sobre todos nuevamente el tétrico silencio atildado por el viento. Y, entonces, ocurrió; la cabeza del guerrero se torció firme hacia atrás, elevó su cuello a la vez que alzaba la vista hacia arriba, buscándola a ella. Y, antes de su última cabalgada, estiró el brazo hacia el cielo y su puño se abrió poco a poco hasta que el abanico de sus dedos estirados y dirigidos hacia Nasila le anunciaron su despedida. Después, bajó con ímpetu la mano colocándola con vigor sobre su pecho, contiguo a su corazón entregado.

Ese gesto hizo que sus piernas flojearan y que cayera desplomada sobre la butaca cercana. Se derrumbó definitiva al observar lo que allí dejó para ella.

Sobre la mesa, cercano a la carta doblada de su madre —sin atisbo de haber sido leída—, un gran recipiente con tierra humedecida cubría las raíces de una esplendorosa flor de montaña —aquella que buscaron juntos y no hallaron—. Hacendoso, probablemente, cavó un orificio alrededor de su base, protegiendo sus raíces la extrajo con sumo cuidado y la plantó en un recipiente adecuado, de esta forma, Zahir resguardó la vida de ese ejemplar que lució bello, de tacto aterciopelado y de un blancor sobresaltado por la oscuridad del día decayendo. Tal vez, asemejó la viveza de esa flor, en aquel funesto lugar, a lo que significó tener a Nasila cercana; la luz que le alumbró en su abrumadora confusión.

Angustiada, con el corazón encogido por la emoción, la inmortalizó de inmediato sobre uno de los cueros en los que trabajaba y, al lado, atenuada, dibujó la carta cerrada que Lalasa dejó para su hijo.

Perpetuó el momento en el que finalmente comprendió que para Zahir ella significaba algo más que una doncella a la que custodiar.

Los días de estudio, los paseos por el campo, el descubrimiento de la naturaleza latente y el

desvelo de sus verdaderos caracteres les hizo crecer un vínculo inimaginable en un mundo que se derrumbaba alrededor mientras ellos se enamoraban.



Semanas pasaron sin que Nasila supiera nada más de ellos, del guerrero, del ejército, de los cientos de pacientes que marcharon.

Los días siguientes sin él le sirvieron para organizar sus tareas de escriba, para aprender a cuidar a un bebé que requería más atención de la que jamás hubo imaginado. Su escaso contacto anterior fue la asistencia en algún parto o la vigilancia de estos al nacer. Nunca los cuidó como madre, ni sabía las horas que se llevaría de su delimitado tiempo, periodo que le sirvió para acercarse aún más a Lalasa.

Con cada atención, un lazo más sólido crecía entre ellas.

Pero, en las noches a solas y acrecentado por el olor de él impregnado en el camastro del guerrero donde dormía, la joven le añoraba. Pareció obviar lo adverso, solo tuvo recuerdos sobre el Zahir que ella había descubierto: del guerrero entregado por conocer su pasado, del hijo que no recibió el cariño de una madre y que solo conoció la guerra como mecanismo de supervivencia y agrado, del hombre al que ella terminó amando.

Capítulo XVII

La carta

Sesiones de lectura

Los malos augurios, que Nasila sintió constantes, se confirmaron una mañana.

Curaba a un joven que no marchó a la batalla debido a una grave herida que ella cuidaba, cuando un maloliente guerrero con apariencia de venir lejano entró presuroso en la estancia donde se hallaba.

—¡Mujer! —exclamó alterado—. El comandante Zahir requiere tu presencia inmediata en sus aposentos.

Sus ojos quedaron engrandecidos por la grata sorpresa del retorno de su amado.

—Dile que ahora iré... —Aunque moría de ganas por verle, pudo el deber de concluir la atención al muchacho.

El guerrero, inquieto, volvió a demandar:

—Hemos sufrido una emboscada llegando a palacio. El comandante precisa con urgencia que vayas —insistió con gesto apesadumbrado.

Con gran desazón lo dejó todo. Corrió tras ese soldado al que su ímpetu por llegar la hizo adelantar. Se enfrentó a las empinadas escaleras, que apenas pudo subir al toparse con un reguero de sangre, cuya extensión hacía incompatible la vida con la persona que la hubiera derramado.

La dirección de ese fluido no alentaba, terminaba a las puertas del torreón donde quedaron sus pies atascados, sin avance alguno por el horror que sintió aumentado. Empujada por el mensajero que la llevó hacia allí, irrumpió en la estancia donde Zahir, atendido por los médicos y acompañado por el mismísimo Jahangir, yacía en su camastro con un minúsculo halo de vida, mínimo pero suficiente para notar su presencia y, con gran esfuerzo, poder articular breves palabras.

—Dejame con ella... —susurró en tono casi inaudible.

El deseo fue acatado de inmediato por todos sin que al emperador pareciera haber agradado. Es más, marchó altivo frente a la muchacha sin ocultar el desprecio en su mirada.

Estando a solas, Nasila corrió hacia él, cayó sobre su cuerpo tumbado. Abrazada a su cintura permaneció en silencio sin que se escuchara el lamento de sus llantos acallados.

—No te vayas —musitó acongojada.

A duras penas pudo Zahir mover uno de sus dedos, intentando compensarla con una caricia que rozó la frondosa melena de ella esparcida sobre su pecho.

—Si hoy muero, sentiré no haber sabido de ella —anunció sin aliento alguno refiriéndose a su madre—. Lamentaré dejarte..., amor, aquí desamparada.

Nasila, golpeada por las palabras dichas costosas por el guerrero con las que clarificó sus sentimientos más profundos, irguió con ímpetu su postura y se puso en pie. Anduvo hacia el basto escritorio y extrajo con gran tristeza el cuero que, después de meses de arduo aprendizaje, pudo haber leído por sí mismo y no lo hizo por esperarla a ella.

Buscando desprenderle del peso autoimpuesto de un pensamiento equívoco e intentando ofrecerle agarre a la vida, lo leyó.

Mi querido, mi amado hijo Zahir:

Qué difícil es hablar a un hijo al que no se ha conocido, pensar que posiblemente me hayas odiado o negado en ocasiones en las que necesitaste de mí. Cómo hacerte saber que no vivo, que ya no existo en esta tierra sin ti. Soy una vagabunda de sentimientos, desterrada de ellos por tu obligada lejanía. Deseo poder acercarte a mí a través de la verdad, aquella que seguramente jamás supiste o nunca estimaron contarte.

Pequé, pequé pretendiendo más. Era joven y sin la bendición de padre me entregué a la corte del emperador Akbar. Me sabía poseedora de gran belleza y pensé aprovecharme de ella convirtiéndome en una más de sus tantas cortesanas; pretendí para mí una existencia mejor. Se hablaba de lujos, de grandes banquetes y caprichos a los que, de otra manera, jamás podría haber tenido alcance.

Akbar hacía pocos años que había engendrado descendientes. Por todo el imperio era sabido la dificultad que tuvo para ofrecer al pueblo un soberano. Esto hizo que los protegiera en demasía de sus numerosos enemigos.

Elegida entre muchas sin saber para qué, fui dada en carne a selectos guerreros de indudable valía. Poseyeron mi cuerpo una y otra vez hasta lograr lo pretendido, que quedara encinta de alguno de ellos.

Tú fuiste el único regalo de aquella gran desdicha, por lo que hubiese merecido eso y mucho más si te hubiesen dejado a mi lado. Me permitieron disfrutarte vagamente en tu corta infancia y cuidaron para que me obviasas en tus recuerdos, apartándome de ti cuando aún eras muy niño.

Después, todo lo entendí, pretendieron mi embarazo para engendrar bebés sanos, de físicos poderosos, soldados fidelizados al imperio y al venidero soberano.

Luché tanto por tenerte que, buscando acallar mi boca, me llevaron de allí. Con un matrimonio pactado, me apartaron lejana. En mi nuevo destino, el poblado de Sirsa, pensé, discurrí qué poder hacer, incluso si vivir o morir y, entonces, grandes decisiones tomé. Te haría llegar esta carta, tal vez guardada en lugar cercano y de uso cotidiano, de alguna manera obraría. Adquirí un compromiso contigo, conmigo, sería una gran mujer, la mejor esposa para el hombre escogido por otros para mí. Haría que me amara y que nunca me repudiara con el fin de permanecer allí, por siempre, y, tal vez, descubriéndote mi paradero, poder conseguir un abrazo, un perdón y un «vengo a conocerte, madre».

No quiero rememorar lo que sufrí tu ausencia, ni mucho menos apenarte con estas pocas letras que alguien compasivo escribió por mí para ti.

Solo quise contarte qué pasó y, sobre todo, decirte que te amé con toda mi alma y que seguiré haciéndolo hasta que muera.

Querido hijo, mi deseo es que te hayas convertido en un hombre de bien.

Te seguiré esperando.

Lalasa

Capítulo XVIII

Momentos de flaqueza

Habían transcurrido cuatro meses desde que mi nueva vida empezó a fraguarse. Las semanas las pasábamos íntegras dedicadas al estudio de los códices y el último descanso que recuerdo lo tuvimos coincidiendo con la visita que nos hizo Samantha, y que aprovechamos para ir hacia Islamabad a localizar la colección de fauna y flora del emperador Jahangir.

Ese día volvíamos de nuevo a la capital, aunque el viaje no tenía ni mucho menos las connotaciones alegres de esa última vez, los motivos serían otros y el ambiente totalmente distinto.

Marco era el conductor en esa ocasión y Sajan y yo los silenciosos acompañantes de coche situados en la parte trasera, compartiendo el único paquete de pañuelos de papel que aún no habíamos gastado. Para nosotros, la narración de Nasila estaba suponiendo vivirla en nuestras propias carnes, no solo por la atmósfera que nos rodeaba en aquel lugar lleno de sus pertenencias y recuerdos, sino por la afinidad que sentimos hacia su historia y la forma en la que, innata, la estaba contando; como mía propia.

Parar la lectura —por diversas circunstancias— en aquel último pasaje narrado, nos dejó llenos de incertidumbre y asaltados por infinidad de preguntas: ¿Zahir moriría dejando a Nasila en ese incierto momento? ¿Qué sería de la muchacha si desapareciera la figura del gran comandante? Y... si vivió, ¿por qué motivo los manuscritos de la época no hablaban de él? No nos alivió que su nombre estuviese desaparecido para la historia en ese momento en el que desconocíamos si sobreviviría.

Aparte, cada uno quedó asaltado por sus propios miedos.

Las lágrimas recorrieron mis mejillas debido a esa carta, en la que una madre descubrió a su hijo que le arrancaron de ella vilmente, y que se recompuso gracias a la posibilidad del reencuentro con él, complicando mi desazón el vacío que sentí al recordar que ese mismo día, treinta de julio, la hermana de John se casaba y que, según sus intenciones, me hubiese propuesto matrimonio allí mismo, delante de toda su familia.

Sajan era el peor parado de todos, sus párpados enrojecidos fueron el reflejo de muchos momentos de desconsuelo; ese trayecto, en parte, lo emprendimos por él. Presentaba a su hija al esposo escogido. Esa carta recién leída, donde una mujer narraba cómo la apartaron de su niño y le impusieron a un hombre seleccionado por otros para ella, no creí que le sirviera de aliciente en ese preciso instante. En el fondo, la educación que recibió le hizo ver ese acto con normalidad, pero el descubrimiento de la historia de Nasila y una adolescencia vivida en Italia junto a su inseparable amigo le llenaron de inseguridades, diría que hasta sus ojos reflejaron el pánico que sintió en aquel momento de indecisión.

Marco solo pudo calmar su desesperanza atacándole con palabras.

—Andando, no mereces ir con chófer. —Mi mano tocó su hombro intentando apaciguar a un hombre completamente exaltado y fuera de sí—. ¡Me las llevaré conmigo cuando todo esto termine! —amenazó atacando a un Sajan que, sin apenas ganas para contestar, escondía sus ojos

bajo el pañuelo que sujetaba.

Las horas de viaje se hicieron eternas y solo cuando por fin nos separamos todos parecimos aliviados.

Al llegar, Sajan no esperó a que se detuviera el coche a las puertas de su casa, cuando nos dimos cuenta había saltado de él y, con un gesto de adiós lejano, se refugió dentro. Los brazos de Marco, sujetos con ímpetu al volante hasta ese momento, parecieron destensarse, incluso desentumeció sus puños abriendo y cerrando sus manos. Y yo cambié de asiento, le acompañé como copiloto en el último tramo hasta llegar a nuestro verdadero destino y motivo principal por el que viajábamos esa vez: mi maleta, encontrada hacía tiempo, y la tan esperada cita en la embajada italiana de Islamabad (la estadounidense permanecía cerrada desde hacía años), donde conoceríamos la resolución definitiva a la petición de extracción de lo hallado.

Fue fácil de localizar, nos encontramos con ella en las afueras de la ciudad, contigua a la carretera por la que circulábamos. Apareció ante nosotros con el lujo que posee un gran chalet rodeado por un extenso jardín, todo ello ensalzado por las preciosas vistas al parque Lake y el fondo encumbrado por el verdor del lago Rawal. Precioso paraje para el reencuentro con un trocito de tierra europea.

Inmediatamente, fuimos atendidos. El funcionario, de origen pakistaní y con un manojo de papeles en sus manos, parecía estar esperándonos cuando atravesamos las puertas y entramos en ese lugar de Occidente en medio de Oriente Próximo.

Todo transcurrió más rápido de lo esperado.

—¿Son ustedes los que vienen de Skardu? —Asentimos. Percibimos por fin una inmensa ilusión que reflejaron nuestras comisuras de labios alargados—. انکار کر دیا! —tajante, anunció en su idioma.

—¿Denegado el qué...?! —tradujo al inglés las palabras con las que inició el empleado su conversación hacia nosotros.

De inmediato, Marco cambió la expresión de sus facciones.

—Imposible conseguir para su proyecto la autorización pertinente. Los expertos siguen ocupados y sin un descarte oficial sobre la existencia de restos humanos, profanación que está contemplada por este pueblo como pecado grave, es imposible cualquier sustracción de pertenencias del difunto o difuntos de su tumba originaria. —Nos leyó palabra por palabra la resolución que en esos impresos se decretaba—. Tenga, su maleta —dijo cambiando de improviso el tema que pareció no interesarle explicarnos más—. Nosotros mismos la recogimos sabiendo que ustedes venían.

El funcionario se agachó, escabulléndose por debajo del alto mostrador y, seguidamente, volvió a aparecer arrastrando algo costoso de mover y cuyas ruedas chirriaban con cada avance.

—Pero... ¡es parte de la historia de su país! —repliqué indefensa mirando hacia un Marco que, indignado, negó compulsivo con su cabeza.

Aunque intentamos hablar directamente con el embajador, nuestros esfuerzos se dieron de bruces con un dictamen que nadie comprendía y que poca solución tenía. La conclusión había sido tomada por las mismísimas autoridades pakistaníes y los funcionarios de la embajada, meros emisarios de tan desalentadora noticia.

Salimos de allí perturbados por lo inesperado, ambos tirando del mango de la escandalosa maleta, y conectados en ese momento de aflicción por el roce de nuestras manos, incluso los dedos meñiques se montaron el uno en el otro buscando aliento en el instante que consideré el peor de todos los allí vividos; así me pareció en ese momento, sin conocer lo que estaba por llegar.

De haber seguido con lo planeado, nuestro siguiente paso hubiese sido subir al coche y regresar cuanto antes. Esa noche descansaríamos en nuestro hostel para, al día siguiente, continuar con nuestra rutina de lecturas con un Sajan y Tariq ya incorporados. Pero, al toparnos con el museo de historia en la dirección de nuestra marcha —improvisando y sin estar concertada ninguna visita con el director—, el cambio de planes fue evidente.

Nuestras caras se torcieron a la vez, encontrándose nuestras miradas. Parecimos invadidos por la complicidad de dos buenos amigos apasionados con la misma afición. Marco frenó brusco mientras mi dedo índice apuntaba hacia el hueco de un aparcamiento libre que localicé por azar. No tuvimos nada más que decir, nos movilizamos con un mismo fin: adelantarnos a los manuscritos, buscar la pista definitiva que nos confirmara si el comandante vivió o murió y, por qué no, obsequiarnos con un regalo merecidísimo; contemplar con nuestros propios ojos el dibujo que Nasila confeccionó tras la partida de su amado Zahir.

El director pronto nos atendió, tras atravesar las puertas de su amplio despacho nos reconoció al momento. Enseguida, se levantó y estrechó nuestras manos mientras su barbilla bajaba levemente en el saludo. Sus ojos quedaron fijos sobre la puerta, supuse que esperando la entrada de la desenfadada Samantha, que en esa ocasión no nos acompañó. Era curioso observar la expectación que siempre despertaba y cómo el mero hecho de su presencia parecía alterar todo a su alrededor: mi reencuentro con ella y las connotaciones que tuvo para mí, las novedades que siempre aportaba, las puertas abiertas que dejaba, su desinhibida actitud hacia la vida... Un desparpajo que la hacía una mujer especial sin duda alguna.

En minutos nos encontramos bajando los peldaños que terminaban en el gigantesco subterráneo. Nuestros pasos se encaminaron directos al alejado rincón donde la última vez Marco y Sajan encontraron la colección de Jahangir. Los tomos donde nuestra escriba, Nasila, había trabajado serían más fáciles de localizar que la vez anterior.

De las diez hileras con cientos de libros en ellas, los suyos quedaron colocados en una de las esquinas de la quinta fila, a la altura de nuestras manos sin precisar la utilización de ninguna escalera para llegar a ellos.

Los transportamos pegados a nuestros pechos. Abrazada a ellos no sabría explicar cuántas sensaciones sentí, incluso por un momento mis pensamientos se volvieron osados, reales como nunca antes: «Algún día te llevaré conmigo, tus dibujos quedarán expuestos a los ojos de miles de personas, no los dejaré aquí, cerrados al mundo, sabrán todos quién fuiste, Nasila; la escriba, la mujer rebelde que no acató las imposiciones de Jahangir, el gran emperador del Imperio mogol».

Sobre la mesa más iluminada de la galería, de nuevo reposamos aquellos antiquísimos códices.

Avanzamos con gran delicadeza hacia la hoja que marcaba el comienzo de su labor: El azafrán de Cachemira, y desde ahí empezamos nuestra angustiada búsqueda de «la flor de montaña», para después, una vez localizada y disfrutada, seguir avanzando entre la colección hasta hallar algún rastro que pudiera haber dejado sobre el comandante Zahir. De salir retratado en algún bosquejo posterior a este, nos esclarecería lo que intentábamos averiguar: la continuidad de la vida del guerrero.

Al rozar el dibujo buscado, de las puntas de mis dedos pareció salir a borbotones la adrenalina que sacudió por entero mi cuerpo tras encontrarlo. Un nerviosismo contradictorio me invadió, por una parte, el ansia de engullir con mi vista lo que delante de mis ojos quedó, por otra, la ansiedad aumentada al límite al desconocer lo que nos depararía avanzar por las

siguientes hojas.

Fue increíble ver con gran detalle ese bosquejo, incluso observar más de lo que en un principio pensamos ver.

La figura principal era el gran recipiente, de él salía un ancho tallo culminado por una recia flor, resaltada por el blanco de sus pétalos sobre el grisáceo fondo que pintó. Al lado, sobre la mesa, dibujó un cuero doblado y maltrecho por los años. Qué sensación de saciedad experimenté al saber de qué se trataba, de conocer las palabras que escondían tras su doblez. Y, por último y lo más chocante de todo, contemplarlos a ellos débilmente reflejados sobre los cristales del gran ventanal donde le despidió aquel día, quedando de esa manera perpetuados para la eternidad.

Desplacé por encima la gran lupa que aumentaría con más nitidez aquel retrato suavemente camuflado para no ser detectado, aunque, esta vez, pareció no importarle en demasía que lo descubrieran; se esmeró en los detalles con más precisión que en el resto de dibujos.

Contemplamos al gran Zahir vestido con sus ropajes de batalla, con sus varoniles facciones entristecidas en contraposición a la viveza de los ojos de Nasila, alumbrados, rebosantes de amor hacia él. Deduje que quiso plasmar esa expresión de pasión resaltando la luminosidad del verde de su mirada.

Tiempo quedamos allí, pasmados, regocijándonos con aquella escena coincidente con lo que el día anterior narré. Ninguno quiso adentrarse más allá hasta haberlo disfrutado, pasar esa hoja significaría toparse de bruces con la realidad de lo sucedido después y necesitábamos ese impasse, ese aliento que nos permitiera coger el impulso necesario para seguir.

Llegado el momento, sería Marco el que, después de mirarme y yo asentir, avanzó, frenando de inmediato nuestra intención al notar una fuerte vibración en la mesa que hizo parar el movimiento circular de su brazo pasando la página. El teléfono móvil vibró sobre el tosco tablero de madera, inoportuna llamada que interrumpió nuestro objetivo.

Aunque nos pareció correcto no atenderla, Marco, de reojo, quiso saber quién llamaba.

—¿Sajan?! Qué raro... —farfulló entre dientes.

Hacía cinco horas que le habíamos dejado en su casa para celebrar el importante acontecimiento familiar y nos resultó confuso que necesitara de nosotros en ese preciso momento.

—¡Descuelga, rápido! —exclamé sorprendida.

Soltó la hoja, que cayó sobre la siguiente tapando el desenlace final, y contestó a la llamada.

—Sajan... ¿pasa algo? —fue lo primero que preguntó en tono extrañado y sin atisbo aparente de rencor.

A continuación, Marco, presuroso, anduvo veloz hacia la salida.

La cobertura en el subterráneo era escasa y lo que hablaron pareció preocuparle. Yo quedé apartada, alternando mi vista; lo buscaba en la amplitud de la sala y volvía a aquel manuscrito que continuaba abierto, invadida por la indecisión de continuar visionándolo o no en solitario.

Al observar cómo Marco corría hacia mí, intuí que algo terrible estaba pasando.

Mi mecanismo de autodefensa ante las malas noticias actuó intentando contrarrestarlas. Abrí, desesperada, el último de los tomos y avancé con nerviosismo hojas y hojas buscando el dibujo revelador que confirmara que Zahir vivió, un respiro para mi inquietud. Observé sin precisión los detalles que pude, inclusive hojeé, rápida, muchos de esos bosquejos hasta llegar al último: «las semillas de cacao». Qué desgracia sentí al no ver con claridad la silueta del guerrero retratada en un solo rincón, ni su curtida mano ayudándola.

—¡Nos vamos! —gritó por el pasillo antes de llegar.

Enseguida cerré ese gran código y lo porté, como pude, entre mis brazos hacia su lugar.

—Me estas asustando... —dije al italiano que, extenuado, quedó tras mi espalda mientras yo colocaba cada tomo por orden cronológico donde correspondía.

—¡Perdemos los manuscritos!, hay que darse prisa en volver a Skardu. Sajan va de camino —exclamó con sofoco.

Acurrucada bajo el brazo de Marco, me dejé llevar por su ímpetu y garra. Mis piernas fallaron, flojearon de la impresión, del miedo que sentí por la posibilidad de no volverme a reencontrar con mi querida amiga Nasila.

El acelerador de la tartana en la que nos desplazábamos no daba para más, incluso hundiendo el pedal hasta el fondo la velocidad nos pareció insuficiente como para llegar a tiempo.

Las excavadoras volvían al tramo de carretera que no terminaron en su día por la falta de una resolución firme que les permitiera seguir y, en ese momento, ya tenían en sus manos la confirmación oficial de la continuidad de la obra. Comunicado el dictamen final al director de proyectos, retomaban su trabajo. Por desgracia, el endeble techo de la antigua caverna encontrada no soportó el peso de esos mastodontes de acero regresando y, parcialmente, se vino abajo, sepultando parte de la huella dejada por nuestra escriba.



Con el último rayo de luz llegamos a la obra, salvados de la hecatombe final por la oscuridad del anochecer, que paralizó el trabajo de los obreros.

Corrimos hacia el hallazgo. Allí estaba Sajan que acababa de llegar, junto a un Tariq extenuado y cubierto por un manto de polvo blanquecino. Las horas desde que dio el aviso hasta que llegamos, las aprovechó para reforzar como pudo el yacimiento. Un largo plástico le sirvió para cubrir los códices y las herramientas encontradas, después, ante el peligro del desprendimiento total de la bóveda, la mantuvo endeblemente sujeta con una plancha metálica y la apuntaló con unas vigas de madera que colocó en posición vertical, ayudando a que permaneciera en pie. Fue el celoso cuidador de los restos, el capataz al que ordenaron que no salieran de allí esos códices, pero al que nadie le prohibió que los salvaguardara de eventualidades como aquella. Nos abrazamos al vigilante.

Como una piña, quedamos unidos durante minutos, salvando el abismo cultural, religioso, nuestras diferentes actitudes ante la vida... Remando al unísono en una misma dirección; proteger el legado de una mujer que quiso dar a conocer la lucha por ser dueña de su propio destino, exponiéndonos su tesón por conseguir una vida mejor a través de la redacción de sus manuscritos, testimonio que peligraba de ser desvelado.

Dentro de la caverna, retiramos el plástico protector rebosante de los cascotes de piedra desprendidos del frágil techo. Sajan y Marco intentaron conectar los hilos cortados de los cables de iluminación mientras yo adecentaba el lugar donde transcurriría nuestra última sesión de lectura. La última noche que nos quedaba junto a ella.

Antes de empezar, nos surgieron dudas sobre la manera de proceder. Sabíamos que el tiempo apremiaba y que no disponíamos del suficiente para leer por completo todos esos tomos. Momentos de flaqueza sentimos, dudas sobre si pasar unos cuantos de esos volúmenes para conocer el final de sus memorias o continuar leyendo por donde lo habíamos dejado.

Pero, iluminados, vislumbramos lo que debíamos hacer.

—Querer saber si Zahir vivir o morir, si ellos se amaron... —dijo Sajan alentándonos a seguir por el momento en el que Nasila terminó de leer la carta dejada por la madre del guerrero.

—¡Y yo también! —exclamamos prácticamente todos a la vez.

Nos dejaríamos llevar por el destino, que fuera él quien marcara el final de su historia.

Capítulo XIX

Dibujando las pepitas de cacao

Última sesión de lectura (I)

Baba decía que había entresijos desconocidos, fuerzas inexplicables que hacían a moribundos vivir y a individuos aparentemente sanos, morir. Que la línea entre esos dos estados opuestos el uno del otro aún estaba por descubrir y que nunca en vida se obtendría respuesta para ello. Muchas cosas asombrosas vio y me contó, escepticismo a ellas sentí, tal vez por la sabiduría inculcada del arte de la sanación en donde las evidencias eran obvias.

Pero ante el lecho de Zahir y después de días de ausencia en el que vagamente escuché su floja respiración y los espaciados latidos de su apagado corazón, el comandante habló. Así fue cómo, estando ante lo que creía ser el último halo de vida de una persona, vislumbré la esperanza.

—Dadme agua. —Rania, que me acompañó sin apartarse ni un instante de mí, golpeó nerviosa mi espalda.

Extenuada por las numerosas noches continuadas ofreciéndole atenciones varias: cambiando los trapos con los que cubría su herida, presionando su hombro que aún a veces sangraba, improvisando taponamientos a heridas graves..., mi cuerpo agotado no pudo más. Caí en un sueño tan profundo que no escuché sus palabras, ni sentí el angustioso zarandeo de mi amiga colapsada por la sorpresa.

Pensamos que nunca más volveríamos a oír su voz.

Nasila narró qué ocurrió después; cómo en las semanas siguientes a su primer gesto de vigor, vinieron otros más; cómo ante el miedo de no escuchar sus quejidos y peticiones, durmió los días siguientes junto a él; y cómo una noche tras notar la mano de ella recostada sobre su pecho, el comandante la apretó hacia sí con gran esfuerzo.

Las explicaciones de un galeno como ella a esa recuperación serían que, tal vez, no perdió tanta sangre como pensó y que ese era el motivo por el que esa vez no murió, aunque si *baba* hubiese estado allí su razonamiento sería otro: «Rozando la partida, un ser se agarra con uñas y dientes a las esperanzas ofrecidas en vida». Es bonito pensar que la razón de todo ello, de ese ímpetu que le llevó a quedarse, realmente, fue el descubrimiento del amor de su madre, de las atenciones de su amada y, por qué no, del regalo de una nueva vida a su alcance.

En cada visita del emperador al debilitado Zahir, su séquito la apartaba, quedaba la escriba en un rincón de la enorme estancia hasta que él marchaba. Para todos se hizo evidente el odio que Jahangir procesaba hacia la muchacha, no soportaba a esa mujer que un día no complació sus deseos y que le atacó premeditada; además, sus aptitudes curativas habían acrecentado la estima de sus soldados hacia ella, y las evidentes muestras de cariño a su apreciado comandante, amigo, al más valioso de sus guerreros... incrementó el malestar del emperador, poniéndola en el

punto de mira del acaparador e inhumano soberano.

En otras circunstancias, sin haber necesitado de la escriba, Nasila hubiese sido otra mártir más de su atroz reinado. Pero, en ese momento, sus saberes la convirtieron en preciada para el imperio.

Entre su entorno más allegado se palpó cómo aumentaba la aversión hacia ella, incluida la propia joven. Intentó pasar desapercibida en los momentos de coincidencia en los aposentos mientras los días transcurrían y, con sorpresa, contempló cómo Zahir experimentó mejora.

Muy poquito a poco su dieta de alimentos líquidos pasó a sólidos seleccionados.

«Quinoa, semillas de calabaza para el día: cereales diminutos que proporcionan grandiosas dosis de energía. Arroz jazmín, de grano largo para la noche: cuánto bienestar y descanso ofreces», canturreaba la escriba mientras alimentaba a su paciente embelesado con todo lo que la escriba le aportaba.

El día que sus piernas recuperaron las fuerzas para sujetar por entero su cuerpo, pidió que le llevaran hacia su escritorio, que le dejaran a solas.

Nasila, asistida por Rania todas esas semanas, ayudó a sostener al enorme guerrero, que puesto en pie sobresalía varias cabezas por encima de las suyas. Le sirvieron de apoyo para sus primeros pasos.

Encontrándose con más vitalidad de lo aparentado, anduvo por sí solo. Una de ellas apartó el señorial sillón hacia un lado, la otra mantuvo sus brazos abiertos por si fallaba su endeble equilibrio, limitado por semanas de reposo.

Allí quedó sentado, expectante a que salieran de su aposento las mujeres para poder abrir uno de los cajones y extraer, de su escondrijo secreto, esa carta que significó tanto para él en ese momento de zozobra.

Habiendo pasado un buen rato de su petición de quedar a solas y esperando la erudita esa llamada que le permitiera regresar a la habitación, no pudo aguantar más. La audaz maestra causante de que él leyera, llevada por su innata impulsividad, volvió a entrar.

Encontró al gran Zahir desbordado por las lágrimas. Dolor siempre sintió, heridas que harían a cualquiera rabiar por la intensidad y, sin embargo, fue la carta de su madre esperanzada por verle la que le descubrió al guerrero el significado de lo que era llorar sin consuelo.

Colocada por detrás de él, la escriba le habló.

—Alégrate de haber sabido la verdad. Te sigue esperando... —musitó Nasila en su oído en un intento de calmar su pesar.

Moviendo su brazo sano, la guio hacia su regazo.

Sentada sobre sus musculosas piernas, escuchó a Zahir recitar de memoria uno de los pasajes plasmado en ese escrito dejado.

—Querido hijo, mi deseo es que te hayas convertido en un hombre de bien... —evocó con gran inquietud.

A continuación, miró hacia sus manos asesinas, las que en ocasiones se teñían de la sangre de otros por su rebosante malignidad.

Balbuceó afligido.

—¿Qué pensaría si descubriera que soy yo su hijo...? —Sus ojos quedaron clavados sobre la visible marca del cuello de Nasila, la herida que le infligió aquella vez y que, fácilmente, hubiese acabado con su vida si así se lo hubiesen mandado.

Entonces, la escriba elevó despacio el brazo y tapó con su palma esa huella de maldad que en su día su espada causó.

Con la cicatriz ocultada a su vista, le susurró pegada a su boca.

—Estoy frente a un hombre distinto al malhechor que tú crees ser, el soldado que me atacó, hace tiempo que no sé de él.

El caudal de las lágrimas de Zahir aumentó mientras su rostro quedaba cercano a las carnosas comisuras de los labios de Nasila. Paralizado por el descomunal torbellino de sentimientos que nunca antes hubo experimentado, le concedió ella el regalo de su primer beso de amor, beso condimentado por la salinidad de los labios de él bañados por sus propios lloros.

Quedaron enlazados, mecidos por sus bocas al son de las apasionadas caricias de sus lenguas, que con celo ardiente se embistieron, impetuosos movimientos que la atracción descomunal origina.

Solo por un instante, Zahir se apartó del fervor de esos besos.

—Me haces tanto bien, Nasila... Jamás dejaré de amarte —desveló embelesado.

Con más brío cayó en los labios de ella prosiguiendo su buen hacer sobre ellos.

Contó la escriba sobre la rápida mejoría del gran guerrero. Su cuerpo estaba acostumbrado a las batallas, a las heridas de espada. Solo sobrevivía el espécimen más apto y Zahir era el paradigma del luchador mogol de la época, el hombre que guiaba a los ejércitos en las cruentas conquistas.

Pronto empezó a ejercitar sus brazos. Sus bíceps siguieron abultados debido a su condición física, pero su fuerza se encontraba mermada por las semanas de reposo. A la vez, Nasila, que ya dormía todas las noches abrazada a su amado, preparó movimientos de recuperación para la zona a rehabilitar y que, si por ella hubiese dependido, jamás habría forzado debido a que la herida de su hombro aún estaba por cicatrizar, pero, ante los dictámenes del emperador poco se podía hacer. Necesitaba a su mejor guerrero aplacando la invasión de los persas. Jahangir temió perder las rutas comerciales que comunicaban Afganistán y Asia central y, aunque mandó a batallar a sus comandantes más preciados, perdían la guerra y, por consiguiente, un enclave privilegiado como era Kandahar.

La máxima prioridad del momento fue recuperar a Zahir.



Ninguno de los dos habló de futuro, simplemente vivieron despacio el escaso tiempo que les quedaba juntos. Nada se precipitó ni se aceleró, amasaron con lentitud la intensa sensación del amor.

Sin premura, sin buscarlo... se acercaba el álgido momento en el que destapar todos esos sentimientos concentrados, acumulados por ambos.

Una noche, mientras Nasila retocaba un lienzo dibujado en la mañana, donde las manos de su querida amiga Rania sujetaban una cáscara abierta y rebosante de pepitas de cacao traídas a la corte por mercaderes venidos del lejano imperio Británico —relaciones comerciales que hacía años instauró Jahangir—, la escriba necesitó de nuevo el color bermellón que tanto le costaba elaborar. Lo utilizó para ensalzar plantas de tonalidades llamativas, pero también, matizado con el agua blanquecina obtenida de hervir el cereal del arroz, producía el tono sonrosado característico de la piel, color que necesitó para ese retrato.

—¿Me ayudas? —susurró avergonzada por necesitar de él, por no poder soportar sus dedos el calor intenso que se precisaba para fundir el cinabrio con el azufre en la vasija de hierro donde los juntaba.

Zahir, que llevado por su reciente aprendizaje de las letras se aficionó a la lectura nocturna,

levantó sorprendido su vista de los códices que le contaban la historia pasada de sus emperadores, y miró hacia el rincón donde Nasila trabajaba.

Quitando importancia al acto de auxiliarla, que bien sabía incomodaba a la tozuda muchacha por el mero hecho de no ser capaz, tomó, en silencio, aquel tarro entre sus curtidas manos y se acercó a la hoguera prendida.

Encontrándose a poca distancia de la lumbre y, posiblemente, sintiendo las oleadas de calor provocadas por la intensidad de las llamas cercanas, desvistió su torso. Se agachó, flexionó las rodillas y ofreció el fondo del frasco al fuego.

Sentada en su diván, contempló Nasila cómo el parpadeo del haz de luz proveniente de la hoguera perfilaba el atlético contorno de su dorso y cómo el movimiento de su brazo agitando esas dos materias tensaba su musculoso aspecto.

Atraída por todo él, anduvo por detrás hacia el comandante dejando caer al suelo la túnica que la vestía. Descubierta, buscó el abrigo de ese hombre al que ella hacía tiempo amaba.

Enseguida notó Zahir el roce de los pechos endurecidos de la joven presionando con fuerza sobre su espalda, y las yemas de sus dedos recorriendo con suavidad sus fornidos brazos haciéndole erizar su piel.

Sorprendentemente, no alteró su postura ante tal insinuación y continuó con su labor, fijado en su propósito de conseguir ese tono bermellón que ella le pidió.

—¿Qué te pasa? —susurró Nasila rozando con sus labios el lóbulo de su oreja.

Tardó en contestar.

—Solo sé destruir... Me doy miedo, ¡aléjate de mí...! —proclamó cabizbajo sin una pizca de esperanza para sí.

—Yo no lo creo así. No te tengo ningún miedo —replicó rotunda.

Zahir ablandó su tensión y se giró hacia una Nasila que apareció desnuda ante sus ojos confusos por tal visión.

Su hermosura no fue suficiente como para desentumecer al guerrero que, entrecortado, le pidió algo más.

—Prométemelo —susurró entre dientes.

—El qué —contestó expectante.

—Que no irás a ninguna parte... —Confesó la preocupación que realmente frenaba cualquier pretensión venidera: perderla. Tras una pausa, que aprovechó para recorrer el cuerpo de ella con su mirada ardiente de deseo, siguió hablando a la muchacha—: ¿Te quedarás aquí, conmigo?

Nasila no precipitó su respuesta, ni llevada por ese instante de lujuria quiso hablar sin pensar.

Lo que le pidió pondría en jaque muchos de sus sueños, aunque ante la duda consideró mejor callar.

Su contestación fue el silencio, aplacada por el ímpetu irrefrenable de buscar una vida mejor para su pequeña Lalasa y para ella misma, no pudo comprometerse de aquella manera.

Él lo sabía, incluso tenía ya pensados otros planes con respecto a la escriba, solo era un tanteo desesperado por retenerla a su lado y pronto, tras el intento fallido, reaccionó como un hombre enamorado: ahogó su pesar en la boca de su amada dejando el futuro a merced de los designios del mañana.

Con su vigor recuperado y sin irrumpir esos besos imantados por el frenesí, levantó a la muchacha y la cobijó entre sus brazos. Ella se dejó llevar en su regazo hacia el camastro donde, con suavidad, la acomodó con sutil ternura.

Quedó desnuda ante sus ojos, recostada en el lecho con la teoría de ese momento aprendida, gracias a los meses de estudio en el harén y con la práctica pendiente para una ocasión así.

Zahir reaccionó veloz y cayó sobre el cuerpo de Nasila acostumbrado a poseer sin más. Fue la escriba la que paró su ímpetu y, tras un zarandeo vigoroso a su cuerpo, se colocó sobre él. La erudita, sujetada a sus fornidas caderas, le guio para que girase sobre sí mismo. Acatando las directrices de la muchacha se colocó bocabajo, quedando ella de amazona sobre su ancha espalda.

A continuación, sintió el guerrero los ardientes pezones de su amada moviéndose por sus hombros, acariciando el camino bacheado de su espina dorsal, bajando con lentitud hacia sus nalgas vírgenes de esas nuevas sensaciones amorosas.

Dejó Nasila de respirar cuando Zahir volvió a su posición inicial y contempló lo que había originado en él. La erección de su amado la dejó sin aliento. En ese momento, colocada entre sus musculosas piernas y azotada por la excitación suprema, cayó su boca hacia la virilidad endurecida del guerrero. Con sus labios, tomó su longitud, de arriba se desplazó suavemente hacia abajo degustando con su lengua el atrayente sabor de su verga, que le produjo aún más deseo. El amado la sujetó por debajo de sus hombros y, muy despacio, la deslizó hacia arriba, obligando a que frenara el fervor de sus entusiasmadas acometidas. Transitó por el velludo cuerpo del guerrero, que la subió hasta llevarla frente a sus oscuros ojos negros, resplandecientes esta vez por el candor del momento.

Después del roce de sus labios sobre los de ella, dejó la escriba paso a su lengua, que le pidió, con sutil armonía, entrar como lava en el volcán de su boca.

En sus miradas, en sus apasionados besos, se plasmó el mucho amor que habían cosechado y, en el siguiente embate de sus cuerpos, la atracción desbordante del uno por el otro.

Con ímpetu nervioso prosiguieron, reflejando la pasión en llamas de dos amantes con incierto futuro aprovechándose del obsequio de estar juntos.

Se amaron hasta que concurren los álgidos gemidos de ambos, que al unísono fueron aumentando y disminuyendo la intensidad hasta quedar el silencio pincelado por el leve sonido de las ascuas mermando.

A la mañana siguiente, Nasila, hallándose en la evasión del sueño profundo provocado por la desmesura del encuentro, fue desvelada con suma paciencia por los suaves besos de un Zahir acostumbrado a despertar a la misma vez que el alba.

Tras abrir uno de sus ojos, habló soñolienta.

—Es pronto... —balbuceó contemplando los primeros haces de luz que apenas entraban finos a través de la gran ventana.

—¡Ya sé dónde está!, ¡levanta, pequeña perezosa! —profirió con dicha un Zahir transformado por el efecto del amor.

—Noooo, ¿es que tú no duermes nunca? Hace frío... —Cerró sus puños agarrando con fuerza las pieles que la cubrían y tiró de ellas tapando su rostro.

—Pues marcharé solo entonces. —Amagó con ponerse en pie.

La joven, llevada por el deseo de salir como fuere de aquel lugar, irguió con ímpetu su postura y repasó las palabras que le escuchó vagamente decir.

«¡Ya sé dónde está!», repitió para sí mientras perdía su mirada en el cuerpo del guerrero, el cual ya vestía sus ropajes y la esperaba sentado sobre el lecho.

Con el corazón encogido tras dar significado a esa exclamación, preguntó con gran cariño a la vez que subía su mano y, dulce, acariciaba su rostro partido.

—¿Sabes dónde está tu madre y vamos a buscarla? —susurró con impaciencia paseando sus dedos por encima de la marca cicatrizada de su rostro.

—¡No! Encontré a tu padre y te voy a llevar ante él.

En toda mi vida jamás volvería a sentir el borboteo de alegría de aquella vez: apaciguada por las grandes sensaciones vividas, amada por un hombre que no pidió nada más y teniendo a mi alcance la posibilidad del reencuentro con baba.

En ese instante, rocé la plenitud total.

Capítulo XX

Decisiones

Última sesión de lectura (II)

Solo se escuchaba el trote de los caballos afinados por el sonido peculiar del gorgoteo del agua corriendo del río Yamuna y los madrugadores pajarillos aleteando en su orilla. Me extrañó ser acompañada por un pequeño ejército, con vestimenta de guerra, seguido de un único carro tirado por bueyes rebosante de provisiones. Pensé siempre que baba estaría próximo a la ciudad de Agra, que durante ese año alejado de mí se habría establecido por allí. Pero el atuendo que todos llevaban más una pequeña alforja, que observé cargar a Zahir con prendas de las que yo solía usar, me hicieron pensar que mi razonamiento fue equívoco y que padre habitaba lejano.

Dejamos atrás las últimas aldeas colindantes a la próspera ciudad y salimos del camino principal; afrontamos una senda estrecha que terminaba en una ruinosa casa labriega al fondo. Extrañada, pregunté a mi amado, que tiraba de las riendas de mi caballo:

—¿El viaje será largo? —demandé saber.

—¡No! —exclamó sin ninguna otra explicación más. Intuí por su sequedad que no le interesó pregonar su verdadera actitud hacia mí, tal vez ocultar sobre esa relación amorosa surgida que todos supondrían, pero que en ese momento no consideró divulgar.

Entonces, en el tono más bajo que pude, seguí hablando.

—¿Está mi baba en aquel lugar? —susurré entre dientes alzando mi barbilla en dirección a la casa que desde allí se veía.

—¡Sí! —contestó sin inmutar su recta postura de monta.

Un nudo angustioso en el vientre se apoderó de mí por la emoción de verle, por lo inentendible del exceso de equipaje y la escolta de esos soldados en un trayecto tan corto.

El desierto lugar apenas contaba con paredes en pie y varios esqueléticos corderos alrededor de un endeble cercado, que ni siquiera valía para que no escaparan.

Zahir descabalgó al llegar y me ayudó a desmontar. Apoyada en sus hombros, deslicé mi cuerpo por el suyo, instante en el que me apretó con fuerza hacia sí, no dijo nada, pero intuí una despedida en ese abrazo.

El valiente guerrero me acompañó hacia la derruida puerta de entrada, caminé por detrás de él protegida tras su vigoroso espaldar. Por un corredor oscuro anduvimos hasta una habitación donde apreciamos el contorno de una persona tendida en una de sus esquinas. Recostado sobre alforjas de heno, apareció el individuo que le habían desvelado podría ser mi padre.

En la negrura de la habitación, con ventanas cerradas, no aprecié con claridad su cara. Solo por el deseo de que fuera él, adelanté mis pasos y me acerqué ajena a cualquier otro miedo.

Todo ocurrió tan rápido que me cuesta recordar aquella escena en la que el desconocido, aferrado a su puñal, me acercó con violencia hacia sí. Zahir, actuando con agilidad, desenfundó su espada y tiró de mi brazo, apartándome de aquel individuo que quedó amenazado por el roce

del acero sobre su garganta. Sin sentirse intimidado por la advertencia, continuó alzando su daga, envalentonado, como si poco más le importara ya su vida.

—¡Huye, hija mía...! —profirió el hombre revelando ser mi padre.

En ese instante, imprevisible, se echó feroz sobre el guerrero, que afortunadamente paró el ataque con su otra mano.

Quedando enlazados, me colé entre los cuerpos de ambos y, esquivando su pequeña arma, me abracé a baba, momento en el que soltó el mango de su daga dejándola caer al suelo. Zahir, ante el esclarecimiento de su identidad, dio varios pasos hacia atrás y envainó su espada.

Era sin duda alguna mi padre protegiéndome una vez más; creyendo que me encontraba en peligro, quiso defenderme del grandullón soldado que, pensó, me apresaba.

Cuánto amor me procesó siempre mi amado baba.

Pronto las extrañezas surgidas de la incoherencia del viaje le fueron desveladas.

Zahir, después de asegurarse haberla dejado en las mejores manos posibles, guardó en el cercado a dos de sus mejores caballos, depositó en una de las sillas de monta la alforja que contenía la ropa de la joven y ató al amarradero los bueyes que tiraban del carro con provisiones. Con esto mostró sus pretensiones; dejaría marchar a Nasila sin importarle otra cosa, quiso su libertad ante todo lo demás.

Acababa de demostrar el mayor acto de amor que una persona podía ofrecer a otra; buscando el bienestar de su amada, la alejaría de él a costa de perderla.

Pero la joven no podía quedar así, sin explicación ninguna. Se creyó Zahir que iba a ser labor fácil la de planear un cambio para su amada eludiendo los razonamientos que ella misma pudiera haber pensado.

—¡No!, así no será cómo marche —advirtió con voz enfurruñada mientras él se disponía a montar su caballo con la intención de alejarse.

—Tengo un plan. Ve con tu padre hacia Skardu, yo os buscaré allí cuando todo termine —dictaminó mientras uno de sus pies reposaba ya en el estribo.

—Quiero saber, no puedo quedar así, sin más —pidió conocer lo planificado por el guerrero que la obvió, que decidió por él mismo la escapada que más convenía a la muchacha sin contar con su aceptación a lo ideado.

—¡Está bien! —espetó frenando el movimiento que le alzaba hacia su montura.

Malhumorado por la terquedad de Nasila, la agarró de su antebrazo y tiró de ella. La empujó hasta llevarla detrás de la casa, ocultando la escena a sus fieles soldados que le seguían con la mirada, expectantes a todos sus movimientos.

El dorso de la muchacha quedó reposado en la pared y Zahir, apoyando también sus palmas, la cercó entre sus imponentes brazos.

Mantuvo sus labios cercanos a los de ella, espaciados milimétricamente mientras contaba a la muchacha lo discurrido.

—El emperador me necesita, perdemos Kandahar. Puedo ser el revulsivo que precisen esos agotados soldados para conservar el territorio. Voy a batallar por ellos, por nosotros, por mí.

—¿Qué tenemos que ver nosotros con esa guerra, Zahir? ¡No!, no lo hagas... ¡Regresemos a por Lalasa y escapemos juntos con baba! —irrumpió la escriba sus explicaciones asaltada por una gran preocupación y exasperada por encontrar otra solución que no fuera alejarse nuevamente de él.

—De hacerlo así, seremos fugitivos en nuestra propia tierra... —respondió calmado hacia una escriba airada, expuesta a los límites de una situación que la podía—. Cuando gane pediré mi

recompensa... Nuestra libertad será la que demande. Nasila, te acompañaré entonces a donde quieras que vayamos. —Volcado en busca del porvenir que nunca anheló, esperó haber satisfecho lo demandado por la audaz mujer.

La joven, sintiendo su garganta seca tras conocer los detalles divulgados, negó compulsiva con su cabeza. La movió desenfadada de un lado a otro mientras digería los razonamientos de su amado, que de esa forma volvería a ponerse en peligro mientras ella quedaba apartada.

Los labios de Zahir intentaban buscar los suyos, frenar el arrebató de ira que sintió ante la vida que le estaba tocando vivir. Las dificultades continuadas a las que se enfrentó en tan poco espacio de tiempo estaban mermando sus esperanzas, sus ganas, sus sueños.

No pudo evitar que su mente divagara por lo peor que podía pasar.

Si perdía la batalla sería imposible reclamar nada, ¿cómo volvería a la corte con esa derrota sobre su espalda? El emperador me odiaba, ¿le mataría al enterarse de que me había liberado sin su permiso? No despedirme de mi amiga Rania me pesó, no volver al cuidado de mi pequeña y amada Lalasa me angustió. Y si... ¿volviera herido y me necesitara allí, junto a él?

Encontrándose Nasila con la mayor oportunidad de escape con la que jamás hubo contado —poniendo fin al confinamiento obligado cuya liberación buscó con ahínco; habiendo encontrado a su padre, al cual añoró cada día que quedó apartada de él—, inexplicablemente, eligió otro camino al que Zahir marcó.

Evitando los besos de su amado, dichoso por haber dado solución al peligro de dejarla sin protección las semanas o meses que durara la contienda, dictaminó, inamovible, lo que iba a hacer.

—Acompañaré a *baba* unos días y después pondré rumbo a palacio. Esperaré allí tu regreso y será entonces cuando decidamos la mejor forma de actuar.

Zahir frenó brusco la intención de sus besos.

—¡No lo hagas por favor! —suplicó sobrepasado por el dictamen rotundo de la muchacha.

Tras el silencio hiriente que quedó, liberó a Nasila del linde de sus brazos y retrocedió unos pasos dejando espacio entre ambos.

El entrecejo del comandante se plegó estupefacto, no era ese el fin buscado con ese corto viaje y tuvo que enfrentarse otra vez a sus miedos, a la inquietud de que volviera al lugar de donde quiso dejarla liberada.

Bloqueado por la tozudez inentendible de la muchacha, giró sobre sí mismo, dejando atrás al amor de su vida, empecinada en hacer lo contrario a lo que él pensó que sería mejor para ella.

Con grandes zancadas se distanció, aceleró sus pasos para, de un brinco, subir a su flamante caballo. Colocados sus pies en los estribos, los subió con ímpetu y, enérgico, los dejó caer. Arremetió contra el vientre del corcel provocando que sus patas frontales quedaran mecidas en el aire. Tras el brinco de la bestia, tiró con fuerza de las riendas haciendo girar con furor al animal, que según las indicaciones de su jinete quería salir a toda costa de allí.

—¡Fahim! —exclamó nombrando a uno de sus soldados de confianza—. Te elegí para quedarte.

—Mi señor..., ¡lo que ordene! —respondió raudo trotando con su caballo hasta acercarse a él.

Inclinó su cuerpo hacia su vasallo, rodeó la cabeza de este con una de sus manos y la guio hasta reposar su frente sobre la suya, haciendo que la unión entre ambos se convirtiera en fraternal.

El afectuoso gesto dio paso al legado que le tenía preparado.

—Acompaña a la escriba. No deben notar su salida del castillo. Protégela como si de mí se tratase.

—¿Cuándo quiere que marchemos?

—¡Ya!, cuanto antes. —Con rabia atizó las correas que hizo galopar desenfrenado a su majestuoso corcel, que parecía estar esperando la orden de partida.

Se alejó sin dilación de allí.

Con su vista puesta en el horizonte acotado por las vastas montañas, no volvió su mirada atrás, no quiso descubrir a los demás —con ese gesto de nostalgia por lo que dejaba— que en aquella mujer residía su flaqueza.

Contempló Nasila la escena en la que un Zahir enojado ponía tierra de por medio entre ambos, huía de ella resignado por las decisiones de una mujer que elegía, para bien o para mal, su propio destino.

Calmó la muchacha su inquietud buscando a *baba*.

Abrazada a él, pareció arañar tiempo al poco que les quedaba juntos.

Su reencuentro alivió el pesar que ambos sintieron durante ese rudo año alejados el uno del otro y, aunque su pretensión hubiese sido recuperar momentos perdidos, aceptó volver a palacio de inmediato para evitar llamar la atención con su falta.

Le contó su padre cómo después de ser desarraigado de ella, subió a su carro —rebotante de provisiones debido al acumulo de víveres que reunieron para ese viaje a China que nunca se produjo—, y siguió a la comitiva del emperador donde ella iba apresada.

Proclamó su intención de seguirles hasta donde fueran, no le importó alejarse de Skardu, a ningún otro lugar iría hasta conseguir la liberación de su preciada hija.

En la ciudad de Agra se estableció, entendió que allí quedaría, prisionera debido a su gran belleza en uno de los más extensos harenes que el hijo del gran Akbar poseía.

No tardó en solicitar audiencia con el mismísimo soberano del imperio.

Pidió los favores que le correspondían alegando haber sido ferviente siervo de su padre en el majestuoso palacio situado en la antigua capital de Fatehpur. Aunque de poco le sirvió tal acto. Jahangir no estimó nunca al anterior emperador, de hecho, se rebeló contra él en diversas ocasiones intentando acceder al trono lo antes posible. Por lo que esa reunión empeoró, si cabe, el cometido de la misma.

Narró muy por encima las penurias que le habían llevado hacia esa casa derruida: el robo de todos sus enseres, los motivos del cambio de aspecto envejecido y famélico en el que en ese momento se encontraba...

Nasila, tras escuchar la triste lucha de su padre por salvarla, no tuvo tiempo de hablarle sobre su estancia en palacio, ni cómo llegó a ser la escriba del emperador Jahangir..., apresurada, le relató el gran dilema al que se enfrentaba.

Buscó ser alumbrada en el camino por los sabios razonamientos que siempre le daba.

Le confesó que, sin ella haber querido, echó raíces en aquel lugar.

Reveló su creciente cariño por un bebé huérfano y desamparado al que prometió atender, la amistad surgida con una gran mujer que se había convertido en importante para ella y la pasión intensa que sintió por Zahir; el guerrero más temido y salvaje de todos le desveló el fondo más hermoso que una persona podía poseer: la transformación, el brote de lo mejor de uno mismo por amor.

Anunció sus miedos por la elección que acababa de hacer. Enfrentándose a dos decisiones

contrapuestas entre sí: volver con él o esperar el regreso de su amado de la batalla. Se decantó por esta última sin estar realmente segura de lo que esto supondría.

Entonces, en el último instante, cuando Fahim —el soldado al que se le ordenó su custodia— propuso que marcharan, *baba* apretó hacia sí con más fuerza a su hija y le confesó una decisión que mucho tiempo atrás le atormentó.

Hija mía, se elige llevado por el corazón. Piensas, discurre sobre lo que será mejor. Y esa convicción se convierte en tu elección.

En su día emprendimos un camino, tal vez, precipitado, pero en ese momento no vimos más allá que no fuera una oportunidad brindada. Madre acabada de tenerte y la ocasión de alejarnos de la esclavitud de un imperio sometido a los dictámenes de un gobernante apresuró nuestra decisión. Ahora o nunca, nos dijimos ante la liberación de mis obligaciones médicas y sin dar pie a ningún otro encargo más.

Iniciamos un éxodo con un inesperado y terrible suceso.

No puedo hablarte de lo que sentí, de las tantas veces que maldije aquella estupidez, aquel viaje que nos privó para siempre de ella.

Pero el discurrir del tiempo todo lo alivia..., más cuando cada día me reencontraba con ella mirándote a los ojos.

Sin esa determinación tomada, jamás hubieses tenido el sinfín de oportunidades que te quedan por venir... Se enorgullecería de ver la gran mujer en la que te has convertido gracias a su enorme sacrificio.

Las decisiones que tomes no son fracasos si más tarde se convierten en victorias.

Quiso su padre despedirse proclamándole una promesa, que evolucionaría, volvería a Skardu y allí, con gran ilusión, esperaría su regreso.

Por propia voluntad, y esta vez convencida de haber tomado el camino que más le satisfizo, subió a su yegua, trotó dirigiéndose a palacio sin quitar la vista de un *baba* que atizaba su mano al viento, despidiendo a su niña ya convertida en mujer.

Poquito a poco se alejaba observando cómo su padre ensalzaba su rostro con una sonrisa que la empujaba a marchar, a creer en ella misma, a afrontar sus propias decisiones acertadas o no.

*Cuántas veces en mi vida rememoré ese instante y cuantas maldije esa decisión. De haber sabido lo que ocurriría más tarde y las consecuencias que acarrearían, sin dudarlo me hubiese marchado con *baba*. Pero también siempre me gratificó recordar sus palabras: «Las decisiones que tomes no son fracasos si más tarde se convierten en victorias».*

Capítulo XXI

Desafiando a un imperio

Última sesión de lectura (III)

Era normal que salieran de expedición al alba y regresaran pasado el amanecer. Si el encargo era fácil y la planta, animal o insecto a retratar estaba cercano, a nadie debía de extrañar toparse con Nasila entrando al patio de armas acompañada por uno de los guerreros de confianza del comandante Zahir.

Habitualmente, en ese momento del día, se encontraba el palacio aún cobijado por el silencio o con leves ruidos aislados de los metales chocando en un entrenamiento temprano de soldados ejercitándose en las artes de guerra, o el eco de los sonidos silbantes del fuelle de los herreros avivando el fuego de sus fraguas preparándolas para el comienzo de sus funciones.

Contempló estupefacta lo que esa mañana encontró tras su retorno.

Numerosos carros cargados de provisiones, mercancías, abalorios bellos cedidos posiblemente por el mismísimo Jahangir a los comerciantes ingleses que custodiaban sus tesoros, dispuestos para emprender el largo viaje que les separaba de su patria. Quedó aún más desconcertada cuando chocó su vista con el tropel de mujeres sollozantes que permanecían agrupadas al final de ese largo convoy listo para su marcha.

Corrió hacia el interior de la fortaleza, subió ágil los bastos escalones que la llevaban hacia su elevado aposento, donde pensó que tendría mejor visión para observar lo que realmente pasaba. Fahim siguió de cerca sus pasos como así se le hubo ordenado, con ademán atlético a pesar de su robusta armadura, persiguió raudo la estela que la muchacha marcaba.

Petrificada, así quedó al acceder a su dormitorio y encontrar a cinco soldados — desconocidos para ella— aguardando su llegada. Tras esa columna de fornidos hombres escuchó el gorjeo risueño de su pequeña Lalasa, y pudo contemplar cómo por detrás de sus espaldas asomaba su querida amiga Rania, que sujetaba entre sus brazos al bebé, gordinflón y jovial en el que se había convertido su hija.

—¡Venimos a llevarte! Partirás con los británicos... —exclamó uno de los escoltas del emperador.

—¡Nasila no irá a ninguna parte! —gritó desmesurado el bravo Fahim, que no vaciló en sacar su espada al intuir amenaza en esas palabras.

De igual forma reaccionaron los esbirros que la esperaban, desenfundaron sus aceros.

Inimaginable para todos ellos sería lo que ocurrió a continuación.

El bramido del soldado plantándoles cara fue la voz de alarma que activó a sus otros compañeros de batalla. Algo pasaba e intuyeron que la admirada muchacha necesitaba de ellos.

Seis, siete... perdió la cuenta la escriba de cuántos guerreros vinieron en su defensa. Según entraban y contemplaban a los secuaces del emperador blandiendo sus espadas amenazantes contra ella, sus puños, ya asidos con brío a los mangos de sus aceros, tiraron de ellos devolviendo el desafío intimidante de sus armas alzadas.

La tensa situación podría haber provocado una batalla si Nasila así lo hubiese estimado.

Era la gran escriba, la bella amante del máspreciado comandante al que todos, en gran medida, le debían la vida. La mujer a la que veneraban por sus atentos cuidados a heridas complejas que jamás hubieran curado de no haber sido por su entrega, por la sabiduría de «la sanadora del pueblo», así fue llamada por atender con gran maestría a los plebeyos siervos del emperador, soberano que siempre escatimó en cuidados hacia ellos.

En ese momento, encontrándose protegida y apoyada por un centenar de audaces y feroces guerreros, dilucidó su poder, hasta el reinado del propio Jahangir estuvo en peligro por unos instantes si la escriba no hubiera actuado como lo hizo.

—¡Guardad las armas! —profirió con decisión—. Iré con ellos... —proclamó a la vez que las palmas de sus manos bajaban y subían pidiendo calma, suplicando desesperada que las envainaran.

Jamás permitiría un reguero de sangre y muerte en su nombre.

«¿Cómo podría avivar aquello si *baba* me inculcó la lucha por la vida?», discurrió tras la dura decisión de dejarse llevar.

Al obedecer el séquito de protectores sus deseos, así hicieron todos los demás. Las espadas fueron enfundadas lentamente en sus vainas.

Aunque calmó la provocación de los hierros alzados, no pudo evitar los desafíos en las miradas. La tensión no mermó hasta que Nasila, buscando aliviar aún más la tirantez latente habida en toda la estancia y que estallaría de nuevo con cualquier pretensión de llevarla a la fuerza, calmó con un embuste la situación.

—Mi deseo es salir de aquí. Por todos es bien sabido. Marcharé con ellos por propia voluntad —aseguró obligada por su conciencia, no solo pensando en la rebelión que estaba aplacando sino enviando un mensaje que sería trasladado al comandante Zahir tras su venida. De esta forma, también protegería a su amado de cualquier venganza hacia su soberano, evitándole represalias que pudieran costarle la vida.

Pidió la muchacha estar a solas antes de partir.

Rania quedó al descubierto frente a ella y, cuando el último de los soldados hubo salido, se acercó Nasila y estiró sus manos solicitando a su pequeña.

Arrulló a Lalasa contra su pecho, con la emoción de la despedida a una hija a la que posiblemente nunca más abrazara. En ese instante, recordó una de las últimas frases que la madre de Zahir dejó escrita, y tuvo la certeza de que ella también amaría a su pequeña con toda su alma hasta que llegara su hora.

Su amiga se derrumbó a sus pies, sin consuelo alguno no fue capaz de pronunciar palabra.

—Hasta que vuelva a buscarla delego en ti sus cuidados. —Inclinó algo su cuerpo y bajó una de sus manos libres, tiró de ella e hizo que se pusiera en pie.

—¿Qué haré yo sin ti, amiga mía? —cuestionó entre sollozos incontrolables—. Eres lo único que tengo.

De inmediato, intentó entretener a su mente, que Rania no se sintiera lastimada.

—¿Recuerdas todo lo que te enseñé? Pues... recítamelo. —Quiso que pensara en otra cosa. La incitó al repaso de los conocimientos que le inculcó durante todo ese tiempo y que serían suficientes para sanar las enfermedades comunes en el harén, aliviándola así en ese insufrible momento.

Tantas veces pensó en escapar, que Nasila le otorgó ese bien inconmensurable.

La concubina del emperador asintió, limpió con un pequeño retal sus lágrimas y, aceptando el reto, canturreó alguno de esos remedios naturales aprendidos.

—Para las lesiones de piel repletas de contenido claro y transparente que van y vienen... la melisa es nuestra aliada. —Tomó aire, desentumeciendo su angustia, y continuó hablando en tono entristecido—: Exprimimos el tallo obteniendo su savia y la untamos sobre las heridas en varios días continuados...

Qué orgullo sentí al oírla, de haber otorgado conocimientos a la favorita del mismísimo Jahangir, que ahora sí, la convertía en grandiosa más allá de ser la esclava de cuerpo del emperador. Sería un ejemplo a seguir, una pequeña semilla en el camino agotador hacia la liberación de los pueblos, de las mujeres a las que descubrí privadas del saber.

Acercándose el momento de su marcha, cedió a la pequeña. La traspasó con sumo cuidado hacia los brazos de la mejor persona donde podía quedar. Los rozó de soslayo con sus dedos regalándole caricias de consuelo y sosiego que aplacaran el desalentador momento. Y así quiso despedirse de su amiga, ¿qué mejor gesto de amistad que otorgar el cuidado de lo que uno más quiere?

Giró enérgica y anduvo firme, altiva, con su cabeza al descubierto y gesto valiente en contraposición al entristecimiento de su interior, por sentirse de nuevo desarraigada del lugar por los mandatos de un soberano que la odiaba y que ahora, la encontró rival.

—¿Cómo sabré que has vuelto? —cuestionó Rania encontrándose Nasila bajo el umbral de salida.

La última pregunta de su amiga frenó sus pasos y la hizo torcer su cabeza hacia donde ella se encontraba.

—Lo sabrás. Te prometo que las ciudades enteras vitorearán mi nombre. —Las comisuras de sus labios se encogieron levemente por el desconuelo que padeció. Solo sintió segundos de flaqueza que esquivó con rapidez. No quiso que quedaran afectadas por un adiós afligido y camufló sus verdaderos sentimientos de desasosiego con la esperanza de volver, posibilidad que ella misma dudó en tener.

Encaminó sus pasos hacia las escaleras que la acercaban al patio de armas. Según bajaba, escoltada por los subordinados del emperador, todos alrededor le dieron paso. Alguno llevó sus rodillas al suelo, otros le hicieron reverencias bajando sus barbillas e incluso se acercaron a la muchacha declarándole lealtad total; dispuestos a realizar cualquier cosa con tal de salvarla.

Las mujeres que esperaban cabizbajas al final del convoy acallaron sus sollozos al contemplar cómo Nasila, la sanadora bien conocida por todas, era custodiada y llevada hacia donde ellas se encontraban. Sus maneras imponentes, de postura recta y desafiante, ojos vivos, abiertos y clavados sobre un Jahangir situado en lo alto del amurallado, hizo que, tras el contacto visual con la muchacha se le intuyera miedo, terror que demostró ocultándose detrás de la figura de uno de sus vasallos. Ese gesto del emperador eludiéndola hizo que fuera idolatrada todavía más y otorgó a todas las elegidas para el viaje la confianza de su exquisita compañía, en el trayecto con rumbo desconocido que estaban a punto de comenzar.

Iniciaron el camino cobijadas las unas con las otras, acompañadas por el eco de las voces lejanas de sus compañeras, apartadas al otro lado del castillo. El harén entero gritaba el nombre de Nasila: unas lo susurraban doloridas, otras lo ensalzaron en alaridos convertidos en lamentos... Todos allí sentirían su ausencia.

Días enteros anduvimos. Organizadas, nos turnamos para descansar en el carromato que

nos acompañaba. Era tan pequeño que no tenía cabida para todas nosotras por lo que, diligentes, planteamos turnos de descanso que nos beneficiaran por igual.

Durante el trayecto se unieron al convoy comerciantes venidos de todos los rincones del imperio, parecían estar aguardando el paso de la caravana de paisanos rumbo al reino de Inglaterra con sus carros rebosantes de multitud de telas y alfombras; de tarros de especias que bien eran conocidas y utilizadas debido a sus inmensas propiedades: áloe, ámbar, sándalo..., incluso los empleamos durante el largo viaje para conservar los alimentos que portábamos y que, al caer la noche, las mujeres preparábamos para que comieran todos ellos.

Les servíamos bandejas cargadas con pedazos de carne que engullían cual animales de pasto, soportando el abuso de sus manos sobre nuestros cuerpos al quedar cercanas.

¿Por qué?, no entendí, no acepté convertirme en un utensilio más al que usar sin voluntad alguna de serlo. ¿Por qué obligarme a estar allí?, a privarme de los sueños que un día pretendí y que parecieron efímeros en esa realidad que negué, que disfracé por propia voluntad para poder tener las fuerzas suficientes para seguir.

Hasta me sentí afortunada en mi desdicha al ser escogida en sus noches de orgía por los sabios mansabdars, prestigiosos mandatarios que guiaban la caravana hasta su destino final, elegidos por el emperador para que fueran sus ojos y oídos hasta la salida de los comerciantes ingleses de su imperio.

Apartada del resto de compañeras a las que todos esos desalmados poseían forzadas al término del banquete nocturno, yo era guiada hacia el campamento cercano que erigían en cada uno de los descansos.

Les pertenecía, fui asignada para satisfacer los deseos carnales de esos selectos cabecillas de convoy. Por primera vez, vi amenazada mi osadía, maldije haber nacido valiente; de no dejarme hacer, desbastadoras para mí serían las consecuencias.

Tendría que renunciar a lo que siempre hube sentido, doliéndome más que nada... tener que renunciar a mis arraigadas creencias de elegir sobre mi propio destino.

Mi dorso quedaba completamente desnudo y apoyado sobre las pieles que imitaban a lo más parecido a un camastro que aquel lugar ofrecía, después, dejaba fácil acceso a mi interior, incluso untaba aceite de áloe sobre mi vagina y abría mis piernas para no padecer daño antes de ser ultrajada.

Ellos, ansiosos de mí, bañaban con su lengua mis pechos desnudos y yo, aferrada a lo que un día baba me desveló, cerraba con ímpetu los ojos y soñaba despierta.

Me descubrió que la mente era maravillosa. Pude convertir la opresión de sus embates sobre mi boca, en los besos de un Zahir que acariciaban mi alma; sus garras precipitadas despojándome de mi ropa, en las caricias mañaneras que él me daba sin pretensión alguna; y el final, cuando caían derrotados por el sumo sobre mi cuerpo, me reavivaba recordar nuestra única y primera vez, el colofón de las acometidas decrecientes de nuestros cuerpos colmados por la intensidad del deseo.

No te dejé de pensar. Fuiste el aliento que necesité para sobrevivir a esa situación y, si algún recuerdo me quedó de aquello... fue la sensación que sentí de amarte en aquel desalentador momento.

No quiso Nasila recrearse en su desdicha, incluso en los peores instantes intentaba encontrar sostén para salir airoso.



Padecieron meses de duro recorrido hacia el sur en busca de la zona de Kerala, a donde llegaron rozando el cambio de estación. Coincidió el florecer de los campos con el establecimiento del inmenso campamento a las afueras del próspero puerto de Kochi, donde tendrían que esperar la venida de uno de los galeones flotados por Inglaterra para recoger a todos los mercaderes esparcidos por ese vasto imperio, y llevarse a las concubinas cedidas por Jahangir como obsequio a sus reyes, gesto que sellaría los crecientes lazos de amistad con aquel país lejano.

Contó la escriba, más desesperanzada que nunca, la determinación a la que, obligada, tuvo que hacer frente.

Las enfermedades tras el largo viaje empezaron a surgir. La higiene y los tratos vejatorios a las muchachas tuvieron consecuencias. Harían que muchas de ellas perecieran si la situación proseguía.

Aquella noche aferró su mano el collar que colgaba de su cuello antes de ser llevada. Pensativa, jugueteó su dedo con la saca de piel negra que encerraban las dañinas semillas que, en numerosas ocasiones, pensó utilizar contra sí misma, pero que siempre frenaba, esperanzada por encontrar la salida que nunca llegó. Estando en una encrucijada a la cual solo le vio un único final, necesitó de un impulso, un revulsivo que la hiciera enfrentarse a sus obligados amantes a sabiendas que contaban con el poder de cambiar la situación para sus compañeras, para ella.

Entonces, cayendo derrotada y con deseos intensos de morir, se asió con anhelo a la bolsita de piel blanca de la cual desconocía todavía su contenido. Aflojó el cordel que la ataba y arrimó su cara hacia la saca percibiendo de inmediato los olores de su tierra: a flores de cedros, a té, a piñones tiernos... Así le acercó *baba* nuevamente a la vida, con fragancias que activaron el recuerdo de Skardu, el lugar donde fue siempre feliz.

Con el aluvión de libertad que sintió en ese instante, tragó saliva y susurró para su interior: «Hoy es el día».

Sus pechos quedaron vestidos ante los ojos extrañados de uno de sus habituales profanadores, quedó en pie, en postura desafiante, sin apartar el foganazo de su mirada capaz de ahogar con su intensidad la visión de cualquiera de sus opresores.

Su brazo cubrió su pecho y su puño lo apretó a su tela, ya cuarteada y cochambrosa por los tantos meses de uso. De esa forma, vetó sus intenciones, se resistiría a ser poseída.

El siervo del emperador quedó cohibido y expresó su asombro a través de la sonrisa nerviosa que exhibió su boca. Después, subió el brazo y abrió su palma, con fuerza la estrelló contra su cara.

No pudo hacer que la muchacha depusiera su actitud tras el bofetón que la arrojó hacia atrás y que provocó, con esa nueva ofensa, la ira de la escriba que, iracunda, lo aplacó con el grito de sus palabras.

—¡Cuando venga a buscarme, diré a Zahir que te mate de la forma más lenta que conozca!
—Lo proclamó de tal manera que notó Nasila, por el cambio de expresión de los ojos de su adversario, haber vencido aquella batalla nombrando al guerrero al que todos respetaban y que, en ese momento, provocó terror a su contrincante. Aprovechando el momento de debilidad que le sintió, siguió hablando—: Si quieres salvar tu vida, no tocarán nunca más esos animales a ninguna de mis mujeres —anunció esta vez valentona y protegida por esa amenaza que pareció efectiva.

Atrevida, sin saber si sería ese su último día, anduvo hacia la salida dejando a un lado al cobarde mancebo del emperador, que no osó detenerla.

Ella en su rebeldía percibió miedo, nadie le dijo que un valiente no lo sintiera.

De nuevo, sus actos la convirtieron en erudita al conseguir que las mujeres quedaran apartadas de los deseos irrefrenables de esos salvajes.

Se les asignó varias jaimas donde dormir, les proporcionaron escasas provisiones para el tiempo que les quedara en tierra. Las administraron como pudieron a costa de pasar hambre.

Mal alimentadas y vistiendo harapos —sus prendas más exquisitas fueron custodiadas para solo ser vestidas ante los reyes ingleses—, la debilidad de sus cuerpos empezó a hacer mella. Incluso temió que no pudieran subir a ese barco y que lo pretendido fuera no llevarlas, sino que muriesen allí mismo después de haber satisfecho las necesidades de aquellos bárbaros. Nadie lo sabría si ocultaban sus cuerpos bajo tierra y, de esa forma, conseguirían más espacio en las goletas, sitios por los que pagarían gozosos decenas de mercaderes con la posibilidad de volver a su reino antes de lo previsto.

Estando segura Nasila que eso era lo planeado realmente, otra vez su mente agotada intentó buscar soluciones, no hallando en ese instante nada más por hacer.

Llegó el momento de delirio en el que su cuerpo cedió por completo, debido a la escasez generalizada de alimentos básicos de forma intensa y prolongada. Enclaustrada en su choza, quedó recostada durante días con su cabeza colocada cercana a la abertura. Pidió que la dejaran ver la noche, las estrellas moviéndose en el firmamento, y despertar con los primeros rayos del amanecer sobre su cara.

Decidió el día que debía despedirse, poner fin a tantos meses de lucha y sufrimiento recordando todo lo que hubo disfrutado. No pudiendo partir con la desdicha de esos últimos sucesos, tendría que imaginar, recordar lo bueno vivido.

Enumeré una tras otra a las personas que me habían dado mucho; empecé por madre y su enorme sacrificio; seguí por baba, al que recordé más que a nadie, él me había hecho ser todo lo que fui; a Lalasa, sintiéndola hija sin ser nacida de mis entrañas; evoqué la entrañable amistad que Rania me regaló sin esperar nada de mí a cambio; y culminé ese adiós recordando la magia del gran Zahir, esa que tal vez nunca supo que tuvo y que yo fui capaz de encontrar.

Esbocé una gran sonrisa que nadie podría aplacar mientras las yemas de mis dedos, introducidas en el interior de la diminuta saca de color negro, torpemente, intentaban atrapar una de esas pepitas con las que conseguir la añorada libertad de elegir cómo querer vivir.

Me así a una de esas semillas de ricino a sabiendas que era lo único que me quedaba por hacer y, utilizando mis últimas fuerzas, la llevé a mi boca con decisión. Con la determinación clara de salir de allí como fuere.

La punta de mi lengua la hizo bailar por mi paladar, incluso perfilé con ella su contorno ovalado haciéndola rodar hacia la entrada de mi gástrico.

Y, antes de tragarla, agudicé mi oído para escuchar los sonidos vivientes de la naturaleza cercana: el canturreo de los pajarillos buscavidas en el empezar del día, oí sus suaves aleteos camuflados por el rugido del viento en esa mañana, el zumbido de la arenisca al rodar arrastrada por esa brisa levantada y, por último, percibí el trote de caballos lejanos, similares al ruido de una avanzadilla galopando hacia una batalla.

Mi intención por engullir aquello que me proporcionara el final paró de improviso a la vez que mis débiles ojos se alzaban topándose con las montañas alledañas. Contemplé en su cúspide la figura resaltada de un gran guerrero montado en un imponente corcel negro y acompañado por un pequeño ejército de soldados.

No dudé que era él. En todos mis sueños, apareció Zahir de aquella manera, como un héroe salvándome de las garras de la muerte en el último instante.

Esputé con rabia la semilla que a punto estuvo de privarme del futuro que ante mí volvió a surgir esperanzador.

Capítulo XXII

Decepción

Me sentí decepcionada al tener ante nuestros ojos el final de su malvivir, la galopada de Zahir por la falda de la montaña hasta llegar al campamento, la estampida de hombres que provocó su aparición y el reencuentro con el hombre que la amaba y que renunció a todo por ella y, sin embargo, nuestra ilusión se desvaneció por completo coincidiendo con el amanecer, cuando escuchamos el rugir del arranque de las excavadoras, del alboroto de trabajadores volviendo hacia la única zanja que había quedado sin cubrir y que concluiría el proyecto en cuanto la sellaran.

Todos nos miramos al ser envueltos por una capa de polvo proveniente del desprendimiento de cascotes del techo que quedaba, y que la vibración de las máquinas en marcha provocó.

Solo Marco reaccionó con gran rapidez. Sacó su teléfono móvil haciendo fotos indiscriminadamente a las hojas de varios de esos códigos que aún quedaban por descubrir. Intentó que esa historia no finalizara así, poder avanzar en el legado que Nasila quiso dejarnos por si algo pasaba.

De mis manos, bloqueadas por el momento, cayó el manuscrito que sujetaba, me debilité, no sé qué me ocurrió. Las antiquísimas hojas se desprendieron de la endeble encuadernación y se esparcieron por el suelo. Quedaron alrededor de nuestros pies, sobre ese pavimento polvoriento y arenoso que no nos frenó en nuestra intención de reordenarlas. Las colocamos como pudimos para arañar al tiempo, unos minutos más que nos dejaran saber sobre el futuro de Zahir y Nasila.

Horrorizados quedamos con lo siguiente que leí atropellada, las hojas no habían sido bien ordenadas provocando que se adelantaran escenas que estaban por venir, sin continuar la historia por donde la habíamos dejado.

En ese escrito que quedó primero, Nasila acuchillaba con una daga el pecho del comandante mientras él intentaba zafarse. Narró cómo en ese momento quiso matarlo, acabar con la vida de ese salvaje que, tras revelar lo que se vio obligado a hacer para salvarla, echó por tierra sus anhelos. Mientras le embestía con el puñal no pudo dejar de pensar en el momento que evitó días atrás, cuando la punta de su lengua llevó esa maliciosa semilla hacia su gástrico; maldijo no haberla tragado.

Sajan se abalanzó hacia el manojito de hojas, que temblaban sujetas entre mis manos después de lo descubierto. Hábil, y preparado para el entendimiento del urdu antiguo con alguna mezcla de palabras persas —lenguaje que dominaba, no así la narración que era lo que me había llevado hacia allí—, fue el único capaz de centrarse, de dar con la secuencia correcta de esas hojas y que volvieran a dejarnos por donde habíamos quedado leyendo.

Cuando lo consiguió, me las traspasó veloz con la intención de que continuara unos instantes más.

Marco reposó su palma sobre mi hombro y negó con su cabeza.

—Lo siento. No podemos seguir aquí, se nos viene el techo encima. —En ese momento ejerció de director jefe de la misión, no nos pondría en peligro por nada del mundo. Antepuso

nuestro bienestar a cualquier otra circunstancia.

—Yo me quedo —resopló mi boca envalentonada y asumiendo cualquier responsabilidad como propia.

Sajan y Tariq chocaron sus vistas y asintieron al unísono.

—También quedarnos aquí —anunció Sajan hablando por ambos.

—Lee rápido... Yo no voy a ninguna parte sin vosotros —proclamó rotundo un Marco que de inmediato alzó sus musculosos brazos hacia una de las endeble vigas de madera que apuntalaban la quebradiza bóveda de la cueva.

Quedó el techo algo más afianzado gracias a la fuerza con la que Marco sujetó el puntal.

Capítulo XXIII

Dueña de su propio destino

Última sesión de lectura (IV)

Contó la escriba cómo se apartaron de la nueva caravana surgida, aquella que llevaba de vuelta a las maltrechas muchachas hacia un campamento cercano para, una vez repuestas, ser acompañadas en el largo recorrido hacia sus pueblos, protegidas del peligro al ser escoltadas por los bravos soldados de confianza de Zahir.

Sentada delante de su monta y abrazada a él todo el camino de vuelta, no dejó el comandante de apretar con su brazo libre el cuerpo debilitado de la muchacha, estrujándola hacia sí. Nasila se sintió protegida por aquel mastodonte guerrero que la amaba, que no había cesado en su busca y que por fin la había encontrado, liberándola y sacándola de allí en el peor de los momentos.

Poquito a poco el trote de su caballo iba desplazándose en la trayectoria, dejando a un lado a sus compañeras de suplicios y marchando en otra dirección.

La muchacha le preguntó extrañada:

—¿A dónde me llevas? —habló costosa por la debilidad que sintió.

—Voy a cuidarte, tengo que recuperarte, Nasila, para que sepas cómo he llegado hasta ti —dijo compungido, como si ocultara algún terrible suceso por el que su recién comenzado vínculo amoroso peligrara.

—¡Quiero saberlo ya! —exclamó con su último halo antes de perder la conciencia.

Cuando abrió sus ojos, reposaba cómodamente recostada sobre pieles, cobijada en una pequeña jaima inundada por el olor del tierno naan ahumado en leña mezclado con un fuerte aroma a especias, utilizadas para la condimentación de alguna carne. Se agudizó su olfato por los tantos días sin sustento, incluso describió cómo su boca se sumergió en sabores sin haber probado aún bocado.

Mi lengua se aguló, engañó a mi paladar con los olores que penetraban por mi nariz, ¿qué extraño mecanismo actuaba en mi cuerpo que mentía a mi apetito con espejismos de haber engullido alimento?

Aparecía siempre Zahir poco después de su despertar. Incorporaba su cabeza con la palma de una de sus manos y la alimentaba lentamente, con paciencia, mientras ella masticaba despacio la comida que él le ofreció día tras día. Rezumaba silencio entre ambos, ella, acallada debido a su debilitado estado, y él, por el resquemor que evidenciaba padecer.

Un día narró cómo la energía inundó todo su cuerpo, la notó al despertar, después de las horas de sueño que junto con los cuidados de su amado la consiguieron restablecer. Pudo ponerse

en pie por sí sola, apartando las endebles cortinas que cubrían la visión del paraíso donde se encontraban ubicados. Admiró asombrada el maravilloso lugar donde habían acampado. La zona de Kerala era bella. Contempló desde allí la laguna cercana —a las faldas de la alta montaña donde se hallaban—, el remanso lindado por palmeras, el rezume del verdor del horizonte en rededor.

Encontró a Zahir aún recostado frente a una pequeña hoguera exigua —estando en la estación de las flores ya no se necesitaba el calor de las llamas.

Lo encontró tan calmado, tan humano, que enternecida fue ella la que despertó al plácido guerrero. No pudiendo resistirse a su boca después de tantos meses inundados por su ausencia, se aferró a sus labios con un beso que evidenció por entero el gran amor que la embargaba. Pero a él, algo frenaba.

Sus ojos se inundaron de lágrimas y esa neblina acuosa reveló un malestar incipiente.

—Siéntate aquí, a mi lado —sugirió a la muchacha.

Nasila se dejó caer donde le hubo indicado. A continuación, el guerrero la cubrió con las mismas ropas que a él resguardaban y, costoso, alzó su cuerpo y se puso en pie.

Desvainó su enorme espada y la llevó hacia su espalda, cogió impulso para lanzarla por el abismo contiguo. Se escuchó al hierro chocar tras golpear sobre la ladera rocosa del monte y, segundos después, el chapoteo del agua del lago, quedando en su profundidad sumergida.

—Lo cambiaré por un cayado, mis manos no volverán a mancharse de sangre y solo servirán para asirse a las riendas que guíen a un carromato o a una horca de madera para remover la trilla... Te seguiré a donde tú vayas, amor. A cambio —suspiró acongojado—..., solo pido tu perdón. —Seguidamente se agachó y sujetó el mango de la pequeña daga que siempre ocultaba en una de las botas que calzaba. Se la ofreció a una Nasila que atendió con gran interés todas las palabras de su amado sin entender muy bien qué pretendía entregándole aquello.

Entonces, desveló el motivo que le atormentaba.

Le contó Zahir cómo tras la marcha de la escriba, Fahim, su más fiel guerrero, emprendió viaje hacia las tierras de Kandahar, donde se encontraba en plena contienda.

Rania le obligó a marchar al estar presente en una conversación en la que Jahangir ordenaba a uno de sus subordinados, y jefe de expedición, que se beneficiaran de las muchachas, que solo unas pocas quedaran para marchar al reino de Inglaterra. No dijo con claridad que las mataran, pero se intuyó que era lo pretendido; que pocas emprendieran esa travesía marcada.

Desesperada y aún más preocupada por su amiga si cabía, mandó marchar al soldado para que le desvelase todo lo ocurrido. No tenía que narrarle la buena disposición al viaje que mostró ante todos, sino la realidad que ella bien conocía; cómo fue arrancada del lugar donde vivía y el verdadero desenlace que tendría ese trayecto.

Zahir, tras recibir la noticia, no dudó en lo que haría, desertaría de manera inminente sin importarle las consecuencias que ese acto acarrearía.

Su ausencia inmediata de la campaña, junto a un reducido número de rudos soldados que le idolatraban, llegó pronto a los oídos de la corte y, seguidamente, se hizo eco de la noticia el mismísimo Jahangir, que sintiéndose traicionado por su más leal amigo y compañero de niñez, ordenó que lo trajeran ante él, que lo buscaran y apresaran, que antepusieran su mandato por encima de cualquier otro plan de batalla.

Una avanzadilla de guerreros, que les triplicaba en número, pronto les halló rumbo al puerto de Kochi —situado en el extremo sur del imperio y en el lado inverso a donde ellos guerreaban—. Desde ese lugar era bien sabido que partían los navíos que llevaban de vuelta a los mercaderes de visita a su imperio. Se encaminó hacia allí pensando que sería fácil toparse con el

enorme convoy que iba hacia ese destino.

Aunque las espadas se alzaron al ser interceptados, no quiso Zahir que se derramara sangre amiga por culpa de los mandatos de un emperador vengativo. Incluso, debido a su férrea educación militar, entendió el proceder del emperador, que aplacaría cualquier acto de rebeldía. Él mismo, en otras circunstancias, hubiese combatido con violencia cualquier hecho de iguales proporciones al que en ese momento fue causante.

Maniatados a sus sillas de monta fueron llevados de vuelta a la ciudad de Agra.

Los días cabalgando hacia palacio le dieron tiempo a discurrir sobre la manera de proceder; renunciaría a Nasila, pediría que le dejaran liberarla, la llevaría al lugar donde su padre la esperaba y prometería lealtad total a su soberano.

Así pensó que su amada quedaría por fin salvada.

Al saber Jahangir de la captura de su más estimado guerrero, también urdió de qué forma actuar sin comprometer su reinado, a sabiendas de la gran cantidad de partidarios con los que Zahir contaba. Pensó la forma más maligna, la que escociera en el alma a su desleal soldado.

Al llegar a la fortaleza, de inmediato, lo llevaron ante él.

Rodeado del séquito de guardianes que le dieron caza, el comandante quedó arrodillado, postrado delante del emperador que aguardaba su llegada.

No intentó ser el primero en tomar la palabra, sabía que por jerarquía eso competía a su soberano.

—¡Renuncia a esa muchacha ahora! —escupió su boca colmada por el odio—, o daré orden de que tu nombre quede ignorado por la historia de este imperio, apartado por siempre de cualquier manuscrito que enaltezca tu figura.

—¡Déjeme partir, deseo rescatarla, y volveré a ser su más fiel soldado...! —clamó exasperado desde su posición inclinada.

—La muchacha desaparecerá y tú seguirás a mi lado...

—¡Nunca haré tal cosa si a ella le sucede algo! —replicó a lo ordenado antes de que acallaran su boca atizando su cabeza de un manotazo.

—No me dejaste más opción... —La voz despiadada del emperador quedó quebrada, atemorizada por lo siguiente que proclamó—: Solo habrá una forma de salvarla. ¡Tráeme la cabeza de su padre!, y ambos seréis libres.

Zahir enderezó sus piernas y de un brinco se lanzó hacia el endeble emperador, aunque no pudo alcanzarlo debido a la maraña de soldados que le protegían y que le interceptaron en su salto, haciéndole caer al suelo.

Aplacado, empeoró todavía más su situación.

—¡Te mataré con mis propias manos...! —proclamó encolerizado mientras era sacado de allí y llevado bruscamente hacia las frías mazmorras sin posibilidad de evasión alguna.

Los días, las semanas de aislamiento encerrado en aquellos calabozos le sirvieron al guerrero para clarificar realmente lo que Jahangir pretendía. La única forma de dañarle sería apartándole de la muchacha y, ¿qué mejor manera para ello que él se convirtiera en el asesino de su querido padre? Ese acto acabaría con cualquier pretensión futura junto a ella.

Sintiéndose superado por la toma de una decisión, dejó pasar el tiempo sin ser consciente de la situación a la que se enfrentaba en ese momento su amada, viajando hacia el puerto de Kochi en deplorables circunstancias.

Rania, consecuente con la realidad y dispuesta a conseguir un compromiso como fuere, se

encaminó con decisión a las catacumbas donde Zahir se encontraba prisionero, con la intención de lograr alguna acción que salvara a la desterrada Nasila del peligro que corría.

Agarrada con brío a los barrotes de la elevada y diminuta abertura habida en la maciza puerta que le encerraba, se izó con fuerza, se sujetó con los extremos de sus dedos a los hierros y asomó su cara para alcanzar a ver en su oscuro interior. Chocó su vista contra su cuerpo, situado en una de sus esquinas, encorvado sobre el frío suelo de roca; derrotado apareció ante sus ojos.

—¡Valiente guerrero! —susurró recordándole con esas palabras lo que siempre le etiquetó —, es ahora cuando te necesita, no antes.

Hizo que levantara sus ojos hacia ella y, con un gesto vencido reflejado en ellos, contestó.

—¿Qué quieres?! —exclamó insulso como si poco más tuviera que hablar con ella.

—¡Ve!, habla con *baba*. Infórmale de lo que está pasando.

—¡Mujer! ¡¿No te das cuenta de que tengo que matarle?! —chirrió su voz angustiada por la desazón.

—Él sabrá que hacer, ¡así no puedes quedar! —Alzó su tono de voz, gritó esta vez desesperada, perdiendo esa compostura que intentó conservar y que, debido a la pasividad que le notó, no pudo controlar—. ¡Lo mismo ya es tarde, Zahir...!

—Y... si no lo sabe, ¿qué tendré que hacer?, ¿degollarle con mis propias manos? —Miró hacia sus dedos en posición estirada, abiertos frente a sí—. La perderé entonces para siempre —dijo con desdicha, apretando los puños ante la gran impotencia que le asaltó.

—Cuéntale, él es sabio. Propondrá lo mejor y, si no... ¡escapa!, ¡sálvala!, o todos la perderemos entonces.

El comandante pareció ir activándose: primero irguió su postura, después anduvo hacia el portillo y acercó sus manos a las de la favorita, que continuaron aferradas a los barrotes que les separaban.

—Llama al carcelero. ¡Míenteles!, díles que haré llegar la cabeza de su padre. Partiré hoy mismo si me dejan —anunció entrelazado a los dedos de Rania, que los notó palpitar por la tensión bajo los suyos.

—Llévate a Lalasa —suspiró entrecortada—. Déjala junto a su padre, que no se convierta en manceba de nadie como yo elegí ser.

—¡Vente conmigo...! —propuso el guerrero esta vez impregnado por el empuje que esa mínima conversación le causó.

Ella rio con desgana.

—Tengo un hijo, Zahir. Es vástago bastardo de Jahangir, lo complicaría todo, además... no sabría vivir de otra manera. —Llevó sus labios hacia las manos cercanas del bravo salvador de su amiga y las encumbró con un beso de despedida—. ¡Ayúdala como sea...! —susurró compungida a la vez que aflojaba la presión del agarre a las barras y se ocultaba del campo de visión del prisionero.

Con fuertes pisadas la escuchó el guerrero alejarse, con sabias palabras le hubo convencido e iluminado en su desesperanza. Y, de esa manera, también desapareció Rania de esos manuscritos, otra vez saliendo en defensa de una amiga que lo fue todo para ella.

Narró el guerrero cómo fue liberado y conducido hacia su caballo, preparado para partir de inmediato.

Rodeado de los esbirros del emperador, salió al galope rumbo a las frías tierras de Skardu, a donde jamás se había encaminado debido a que desde allí nadie osaba invadir el imperio. Las altas montañas encapotadas durante todo el año por la nieve eran suficiente resguardo para que ningún enemigo se aventurara a acometer una incursión penetrando por ese territorio apartado.

Privado de la compañía de sus leales soldados —que quedaron retenidos esperando el cumplimiento de los mandatos imperiales—, sin haber consumado los deseos de la favorita de marchar de allí con la pequeña Lalasa y sin su valiosa espada, caviló que así terminaría todo para él. Sabía que moriría luchando, de hecho, siempre estuvo preparado para ello, para expirar en cualquier batalla. Jamás pensó en tener otro futuro distinto que no fuera ese.

Convencido de que estaba ante su último viaje, contó a la escriba cómo cabalgó tranquilo, cómo su desdicha calmó al contemplar el emerger espléndido de aquel lugar.

Me extrañó sentir el olor de los campos. El frescor aromatizado que bullía en esas tierras lejanas entraba humedecido por mi nariz y se esparcía balsámico por todo mi cuerpo. Hasta mi vista pareció despejarse debido a los colores intensos que sus llanuras me exhibieron.

De repente, el firme se bacheó, empezó a surgir ante nosotros inmensas cordilleras que atravesamos por sus valles colindantes, hasta zigzagueamos por los meandros que el angosto río formaba entre las faldas de los grandes montes adyacentes.

Admiramos el lago con el que Skardu se anunciaba.

En la claridad de sus aguas quedé retratado. Por vez primera me sentí diminuto ante la inmensidad de la silueta de la montaña que por detrás de mí quedó reflejada. Solo el humo gris de una chimenea prendida encapotó el aguzado azul de su cielo mañanero.

Nuestro destino aguardaba sereno al final del camino, tan calmoso como el lugar donde moraba.

El trote de los caballos se intensificó con la llegada a nuestro destino, tal fue el eco de sus fuertes pisadas que delataron nuestra presencia.

Solo tres veces en mi vida se me encogió el alma; la primera, por el deseo de madre por abrazarme; la segunda, cuando probé tus labios y sentí lo mucho que te amaba; y la tercera... cuando mi vista chocó con tu padre aguardando nuestra llegada.

¡No podría matarle!, antes degollaría a cualquiera de los desalmados que me escoltaban.

Entonces, desenvainó la espada uno de ellos y la arrojó hacia mí para que cumpliera con el dictamen de nuestro soberano.

Con el acero entre mis manos hubiese matado a todos ellos, pero calmé, intenté apaciguarme amparándome en la sabiduría de tu baba, pensé que me vislumbraría el mejor camino a seguir.

Él sospechó de inmediato. Incluso me preguntó si algo malo te había ocurrido.

Me invitó, cortés, a pasar al interior de tu casa. Contemplé tantas cosas que me acercaban a ti que pensé que aparecerías en cualquier momento por allí: inquieta, danzarina, osada como tú eres.

Aun notándole preocupado, fue afable conmigo y preparó té. Mientras lo servía, atrapé su mano, no pude esperar más para contarle todo lo que pasó: dónde estabas, cuál sería tu final y la única forma habida para salvarte.

Le rogué que pensara, que me dijera qué hacer para auxiliarte, que me diera alguna alternativa que no fuera matarle... y, entonces, empuñó con ímpetu una daga cercana y la llevó a una de sus manos. El filo quedó reposado en su muñeca y sus párpados, embuchados por las lágrimas, no dejaron escapar a ninguna de ellas.

—Prométeme algo —buscó mis ojos—, que mi hija sea dueña de su propio destino.

Asentí sin poder decir palabra.

Le noté dudar; deslizó por su piel el hierro sin profundizar, sin hundir lo suficiente para dañar.

Tu baba no había nacido para matar, pero... ¡yo sí!

Mi espada reaccionó veloz, la fuerza de mi brazo la orientó con decisión sabedora del lugar donde debía hendir para acabar con su vida con mayor prontitud...

Capítulo XXIV

La narradora de historias

Recuerdo que el silencio enmudeció todo a mi alrededor debido a los distintos acontecimientos acaecidos; la conclusión de la última lectura a los códigos de Nasila que nos dejó confusos; el desprendimiento del techo sobre todos nosotros que mis oídos notaron silenciado debido a la tremenda impresión causante; el fuerte tirón a mi brazo con el que Marco intentó salvarme y que, a la postre, dislocó mi clavícula.

Poco más recuerdo de aquel día ya que desperté postrada y condolida en la cama de un hospital, inmovilizada, y lo peor de todo con los ojos oscurecidos por la venda que los tapaba. Algunos de los cascotes impactaron contra ellos y me provocaron una lesión corneal de pronóstico reservado.

Desde el instante en que volví en mí, noté mis manos arrulladas. El tacto, agudizado en segundos por la falta de uno de los sentidos, me vislumbró la finura y esbeltez de los dedos que se aferraban con fuerza a mi palma, también noté el roce de unos pequeños y de apariencia agrietada, que igualmente se agarraban con ímpetu a mi otra mano.

—Marco, Sajan... —escuché sus nombres salir de mi boca con un sonido tremendamente debilitado.

—¡Sí!, ¡aquí! —anunció Marco.

—¡Yo también estar! —respondió Sajan con su peculiar forma de hablar, inconfundible.

A la vez detecté la presencia de alguien más, una respiración próxima me hizo encoger por momentos el corazón pensando que, tal vez..., John, al ser avisado del accidente habría viajado hacia allí.

—¿John...? —susurró mi boca dubitativa.

—Le hemos avisado, Dana, no ha podido venir —respondió con tono entristecido el italiano.

—Yo también estar, señora —advirtió el prudente Tariq, desvelándome quién era esa otra persona a la que percibí dentro de la habitación.

Poco después de mi despertar se me informó de la lesión más grave de todas y por la que había pasado varios días inconsciente; un hundimiento craneal severo que les hizo temer por mi vida y que, según me contaron, me había tenido tres días seguidos en coma. Era un estado tan crítico que quisieron estar cercanos en ese trance entre la vida y la muerte por el que uno pasa solo, pero acompañado por la gente que le quiere, demostrando de esa forma el vínculo que en todos esos meses había nacido entre nosotros.

La Dana de hacía un tiempo atrás, aquella muchacha abandonada, cohibida y de futuro preestablecido, hubiese llorado sin consuelo: casi muero, ya no le importo... Pero en ese instante, encontré el resurgir de entre mis cenizas, ya todo me pareció minucia comparado con la vida de otras mujeres: las que vivían en distintos países al nuestro, las que lucharon en siglos pasados por hacerse respetar, por conseguir la libertad que yo atesoraba y que nunca había valorado, ni tan siquiera sabía que la tenía.

Después de esa pequeña reflexión que acalló mi boca por segundos, enseguida volvió a mi cabeza ese nombre que recordaría siempre.

—¡Nasila!, ¡lee, Sajan! —expuse desesperada por conocer más sobre la historia que había quedado en su punto más funesto.

El silencio que se produjo a continuación hizo que me invadiera nuevamente la desazón.

—Se han perdido para siempre... —musitó Marco con el tono de voz aplacado—. Lo intentamos, volvimos después del desprendimiento, pero ya fue tarde. El hormigón envolvió todo. Ya no tenemos sus escritos. —Percibí el inconfundible sonido al tragar, proveniente de su garganta en un intento por suavizar su congoja.

—Pero... ¡las fotografías de tu móvil! —exclamé impetuosa recordando pequeños destellos de lucidez sobre aquella mañana.

—Cometí un error imperdonable, las hice con el *flash* activado. El fogonazo de luz sobre la neblina de polvo que nos cubría... Dana, no se aprecia nada legible en ellas.

Mi cabeza empezó a aturullarse de pensamientos, de razonamientos sin sentido que siempre se topaban con el escollo de esa pérdida inconcebible para el siglo en el que estábamos.

—¡Tariq! —nombró Sajan—, cuenta qué tú pudiste salvar.

Afiné mi oído para escuchar la suave vocecilla del vigilante, que parecía tener algo que aportar.

—Al hundir techo, yo no herido, caí cerca de baúl destrozado por piedras. Mucha gente alrededor, pero todos atender a mujer herida, parecía morir. Yo pensar qué hacer. No querer cometer pecado, pero sí saber final de comandante y sanadora. Mi mano golpeó con gran último tomo, este sobresalir entre ruinas, entre hojas rasgada yo encontré entero. Y... lo tomé, escondí bajo mí y escapar veloz de allí.

Noté el desatasco repentino de mi corazón provocado por la alentadora noticia. Se avivó todo mi cuerpo a la vez que impulsaba un torrente de lágrimas de ilusión que empaparon los apósitos que cubrían mis ojos.

—No soy capaz de esperar más, ¡Sajan!, te pido que nos leas, por favor... —El subidón causante me hizo quedar sin fuerzas ante mi debilitado estado, del que no fui realmente consciente en ese momento.

—Dana, no se pueden leer —descubrió Marco adelantándose a un Sajan que, entrecortado, no pudo responder—, ¡solo son dibujos...! —Inspiró profundo—. Necesitamos con urgencia a la narradora de historias que los interprete.

Capítulo XXV

El último tomo

No pude forzar la vista una vez que mis ojos quedaron despojados de ese vendaje, que los cubrió durante semanas, ni moverme tras ser liberada de la escayola de mi hombro, incluso me costó ponerme en pie y dar mis primeros pasos, que parecieron descoordinados por el golpe que sufrió mi cabeza. Pero, paradójicamente, me sentía mejor que nunca, diría que hasta reforzada en mis inconvenientes por el mero hecho de luchar para salir de esa situación y continuar cuanto antes con la historia inacabada de Nasila.

Se me privó de ese manuscrito, que me obsesionó durante todo ese mes y que alejaron a propósito de mí con la intención de que concentrara todos mis esfuerzos en restablecerme. Ese ímpetu por saber fue el que me ayudó a conseguir el alta médica antes de lo previsto, precipitando sin más remedio nuestro último trayecto a Skardu antes de retornar hacia mi país.

Los billetes de avión ya estaban comprados y no viajaría sola. Marco, aprovechando varias reuniones concretadas para esos mismos días de mi regreso, decidió acompañarme. También lo hizo para asegurarse, para cerciorarse de que en esa vuelta colmada de horas y de tediosos transbordos y consiguientes esperas en distintos aeropuertos, no me fallaran las fuerzas que, inevitablemente, mermaron debido a ese mes entero que pasé encamada.

Fue especial poder terminar el relato en el mismo lugar donde lo habíamos empezado. Todos decidimos volver al sitio exacto donde se encontraba la ya inexistente cueva cubierta por el alquitrán, por esa carretera ya terminada, pero aún sin inaugurar.

Desértica, sin máquinas haciendo ruidos, sin jaleosos empleados trabajando en la obra... pudimos acomodarnos sobre el yacimiento y deambular por allí sin obstáculos, incluso cuando llegamos, Marco nos obsequió con una magnífica sorpresa. Preparó la velada a conciencia: colocó tres cómodas sillas orientadas a la laguna, una cesta llena de provisiones y, esparcidos alrededor, confortables tapetes para ser utilizados por los exquisitos invitados que nos acompañarían en la definitiva e inolvidable despedida a Nasila.

Tariq, Saima y las niñas se recostaron plácidamente sobre las esteras colocadas para ello en esa soleada mañana, que invitaba al placer de la lectura, en ese caso, a escuchar la narración de mis palabras conectadas a esos dibujos con los que, sin más remedio, tenía que entenderme para interpretar el final de su historia.

El italiano, sentado a un lado y repitiendo el movimiento realizado en numerosas ocasiones, encendió su pequeña grabadora y la orientó hacia mi boca.

No negaré que me sentí invadida por una gran responsabilidad: la de poner las últimas palabras a la subyugante historia que, esta vez, Nasila no me dictaría.

—Pakistán, verano del año dos mil quince, lago Kachura, hora local, nueve a. m., último tomo.

Palpé las cubiertas, hojeé con rapidez aquellas láminas descubriendo lo que siempre me había imaginado desde que supe de la existencia de ese último código. Las texturas eran distintas en cada una de las litografías y le dieron la razón a las múltiples conjeturas que pensé. Habían

sido dibujadas en años distintos y, posiblemente, estábamos ante un diario gráfico de su vida; desde sus comienzos y los torpes dibujos de su niñez —que tal vez recuperara Nasila en alguna ocasión—, hasta la expansión y enriquecimiento de las últimas ilustraciones.

Con aquello en la mano confié en que algún día... tal vez, en ese documental que el Canal Historia estaba planteándose producir sobre la vida completa de la escriba, utilizaran esos primeros bosquejos que ella quiso conservar. Lógicamente, en ese instante, solo me marqué averiguar el desenlace sobre aquel terrible suceso en el que Zahir, de un espadazo, acabó con la vida de *baba* y las consecuencias que ese acto pudiera ocasionar con respecto a la relación futura de esos dos protagonistas y que, aquel día, el infortunio nos privó conocer.

Avancé, progresé con el objetivo de no fijar mi vista en ninguna de las láminas que pudieran entretener a mi mente o provocarme alguna nueva pregunta. Solo tuve ojos para ese último paisaje que ella describió, la zona de Kerala, el paraíso donde se encontraban ubicados: sobre la alta montaña y a los pies de una laguna lindada por palmeras.

Y allí lo encontré, después de dejar atrás el perfecto dibujo del rostro de un hombre curtido en años, con arrugas enmarcando cada rincón de su cara y con hoyuelos en ambas mejillas, topé con ese horizonte descrito, aunque, inmediatamente volví hacia atrás. Nasila había retratado el rostro sereno de su padre. No pude pasar sin más por él, dejarlo en el olvido de la extensión de esas hojas como si nada. Mi corazón se encogió al contemplar la imagen de su *baba*, debía dejarlo estremecerme de emoción durante segundos, haciendo los honores que su recuerdo merecía.

Estando delante de la continuación que tanto ansiábamos descubrir, decidí la manera de contarlo. Describiría con exactitud lo que quiso plasmarnos en sus tantas pinturas y, tal vez, en algunos pasajes me convertiría en ella misma por unos instantes, dejando que sus bosquejos guiaran mis palabras.

Con ese planteamiento, me dispuse a narrar el último capítulo de sus memorias.

Capítulo XXVI

La vida en la que yo creo

Interpretando sus dibujos

Con ojos apagados, no iluminados como siempre se retrataba, apareció curando las heridas de un hombre de musculoso aspecto, recostado sobre las pieles que cubrían el suelo en el interior de una jaima.

El pecho del guerrero lo pinceló agrietado, dañado por multitud de boquetes, tal vez causados por esa daga entregada a la escriba y que, tras la impresión del relato que le contó Zahir y la revelación de la muerte de su *baba* a manos del hombre que amaba, infligió irreflexiva por la demencia del momento, sin profundizar, sin la fuerza suficiente para matar.

A él, acostumbrado a graves heridas de guerra, se le vio rápidamente restablecido, pero en ellos se intuyó alejamiento; sus figuras siempre dibujadas separadas la una de la otra.

Ella contemplaba con frecuencia la panorámica que aquel lugar ofrecía, su vista parecía perderse en la inmensidad del horizonte, desde que la claridad del amanecer iluminaba hasta que la oscuridad del ocaso acechaba y, por detrás de su espalda, Zahir quedaba siempre retratado, preparando la lumbre donde aderezaba la carne o los alimentos con los que se sustentaban.

Un día se vio desértico el lugar de acampada y su caballo preparado y cargado con todo lo utilizado. Se dibujó subida en la misma silla de monta, compartiendo con el guerrero el inicio de un incierto viaje, sin un roce que dilucidara algún acercamiento o el perdón que no llegaba.

No me extrañó el rumbo escogido, parecieron desandar los lugares por donde anteriormente hubieron venido, incluso, era posible que volvieran al punto exacto donde se apartaron aquel día de la nueva caravana surgida, la que llevaba de vuelta a las maltrechas muchachas hacia un nuevo emplazamiento, donde descansarían, reponiéndose del malvivir de esos últimos meses para después, con las fuerzas recuperadas, ser escoltadas hacia sus pueblos oriundos.

Se intuyó que dispuso Zahir que les esperaran, que no partieran sin haber ellos regresado.

El revuelo de su retorno se hizo palpable, la muchedumbre pareció dar palmas, festejar con rituales de alegría la aparición de sus nobles personajes: la sanadora ensalzada por su enorme valentía, el guerrero convertido en el salvador de sus vidas. Por igual les debían sus reconocimientos y vítores.

Un carro cargado de provisiones encontraron ya preparado.

El comandante no partiría con ninguno de ellos, ni acompañaría al convoy de mujeres de vuelta a sus moradas, era libre de escoger su destino y quiso cumplir con lo prometido; sus manos no sujetarían espada alguna y solo servirían para asirse a las riendas que guiaran el carromato. Así se lo hizo saber a una Nasila que continuaba evitándole la mirada.

De forma inesperada, y después de dejar atrás ese triste bosquejo donde se reflejaba la distancia que a ambos separaba, quedé totalmente perpleja con lo siguiente que dibujó.

Sus brazos arrullaban a un bebé rechoncho y precioso, posiblemente su hija fuera cuidada en su ausencia por alguna de las mujeres y su pequeña volvió a ella cuando más lo necesitó.

Pensé que tal vez, Zahir, tras cumplir con los mandatos de su emperador, retornó a palacio, reclamó sus libertades y cumplió con los deseos de Rania; que se la llevara, que no se convirtiera en manceba de nadie.

Zahir, montado en el carro y preparado para la marcha, volvió su cara hacia atrás. Su vista topó con la rigidez de mi cuerpo, que le descubrió que no iría con él, que tendría que emprender el camino en solitario hacia un nuevo horizonte donde aprendiera por vez primera lo que era vivir.

No ocultó la tristeza de su rostro, ni limpió el valle de lágrimas que cubrieron sus mejillas tras comprender mi decisión. Resignado y respetuoso con la promesa que hizo a mi baba, no me forzaría a ir.

Las riendas sujetas con garra entre sus puños fueron suavemente atizadas al aire, cayendo delicadas sobre el lomo de los bueyes, que emprendieron su pausado caminar.

Con la fuerza que me transmitió abrazar a mi pequeña Lalasa, barrunté en ese momento el perdón. Esa sensación de amor que arropó todo mi ser, por instantes, me llevó de vuelta hacia la realidad de todo lo que pasó. Sería duro mirarle otra vez a los ojos y no verle como el asesino de padre, pero a la vez no pude permitir que Jahangir me hubiese vencido. Clarifiqué en mi mente el gran sacrificio de baba, que hubiese dado su vida igualmente por verme salvada, y ahora, mi gran legado me había sido dado. Yo, única dueña de mi porvenir, estaba ante el instante de decidir... escoger aquella opción que lentamente se alejaba o quedar allí, disponiendo de mi libertad añorada.

Y, entonces, sentí el impulso de las decisiones, aquellas que no son fracaso si más tarde se convierten en victorias. Apreté con ímpetu a Lalasa hacia mí y, con determinación, corrí tras él. Los montículos que encontré en el camino que nos separaba los salté con la agilidad que me dio siempre mi tierra, el beneficio de ser criada en los montes extremos de la cordillera del Himalaya, a donde, sin ninguna duda, volvería...

En los siguientes dibujos aparecieron sus ojos algo más iluminados, quiso darnos a entender, con ese matiz que los resaltaba, el estado anímico en el que se encontraba. Aún no brillaban como antaño, pero avvicinaban que, en el transcurrir del largo viaje que emprendieron, algo cambiaba, quedando completamente resplandecientes el día que retrató al guerrero abrazando a una mujer anciana: ¿sería ese el poblado de Sirsa?, ¿consiguió por fin esa anciana un abrazo, el perdón que siempre anheló?, ¿le diría Zahir: «Vengo a conocerte, madre»?

A partir de ese instante, todo pareció cambiar, hasta en más de una ocasión me encontré la desnudez de sus cuerpos retozando libres en el verdor de los prados, o los dedos de ella deambulando por los senderos marcados en el musculoso aspecto de su compañero, o los de él delineando con suavidad el mapa de las sensuales curvas de su mayor tesoro, la mujer que le enseñó a vivir.

Llegando al destino pretendido, Skardu, se le intuyó el redondeo de su vientre, y avanzando entre las láminas se hizo evidente su estado.

Se impregnó en esos dibujos la felicidad que allí rezumaba. Su pequeña Lalasa perdiendo el equilibrio en sus primeros pasos y su hermoso recién nacido hijo varón dibujado glotón, regurgitando la leche con la que le amamantaba o recogido en una túnica tras la espalda de un Zahir dedicado por completo a sus labores: engarzadas sus manos a la barra de madera de su horca, transportando heno para el alimento de las bestias, o sumergidos sus pies en los humedales cercanos al lago en donde recolectaba el grano de arroz que cultivaba.

A veces, dibujaba el resplandor del amanecer asomando tras los picos de las elevadas montañas y la silueta del sol reflejada sobre la claridad del lago. Indescriptible sensación la que experimenté al mirar en ese instante hacia el horizonte y toparme con la misma escena que quiso dejar para el mañana. Con la impresión que me causó descubrir que varios cientos de años atrás ese era el lugar exacto donde se alzaba su cabaña, paré por instantes de narrar su historia y compartí ese grabado, que pasara de mano en mano para que lo disfrutaran todos los que allí asistimos a sus últimas andanzas.

Qué enternecedor observar una y otra vez sus atenciones médicas a aldeanos de poblaciones cercanas, o venidos lejanos quedando amparados bajo el mismo techo de su morada. Y cómo sus hijos revoloteaban a su alrededor atendiendo a sus curas, o la asistían en sus demandas como simulacro en sus juegos infantiles. Poquito a poco se les vio crecer y ese entretenimiento que en la edad temprana les fue inculcado, ahora parecía formar parte importante de sus tareas cotidianas.

Lalasa y el pequeño Zahir —nombre con el que bauticé a ese nuevo personaje surgido y de gran apariencia física con su progenitor— colmaron las siguientes hojas por las que avancé.

No narré más sobre esa época, todo pareció discurrir en una misma línea de educación y compromiso planeado a conciencia en esa unidad familiar formada. Todo ello a propósito para lograr un fin que estaba a punto de desvelar y que marcaría el resto de su existencia.

Un bosquejo, en el que dibujó el derretir de la escarcha formada en la extensión del lago helado, mostró la conclusión del severo invierno que atizaba las tierras de Skardu. Repitiendo la historia inacabada de su viaje a la ciudad de Lahore, necesitaron avituallarse tras el consumo de las provisiones que en otoño almacenaron para afrontar la larga temporada de frialdad extrema, por lo que se les vio emprender un itinerario, extrañamente, cargados en demasía. Uno de los carros, medio vacío a la espera de ser colmado de mercancías: semillas, forraje para sus bestias..., y el otro, a rebosar de pertenencias y aperos de labranza. Me resultó fácil intuir que eligieron dejar el lugar donde enriquecieron su espíritu, donde forjaron su unión y por fin cumplir con lo que un día *baba* deseó para ella; que viajara a China, que estudiara donde él lo hizo, que siguiera aprendiendo sobre técnicas curativas en el lugar más avanzado para instruirse.

Esta vez iría acompañada por sus hijos, de edades similares entre ellos aunque tal vez algo más jóvenes que cuando *baba* decidió que marcharan. Pero lo quiso así, prefirió que crecieran y maduraran durante el largo trayecto que se avecinaba. También, la presencia de Zahir, magnífico estudioso del firmamento y con la habilidad de orientarse en él y su experiencia —más que contrastada—, para sobrevivir a las adversidades, le aseguró que en esa ocasión tendría más posibilidades de culminar con éxito la vida que eligió vivir.

Disminuyó la cantidad de láminas que en ese larguísimo viaje dibujó. La comodidad con la que contaba no sería la misma que en su hogar. Posiblemente, la disposición de un lugar adecuado donde continuar con su pasión por pintar mermaría. Lo único destacable de ese periplo que encontré fue la figura de Nasila autorretratada de espaldas, con un lienzo bajo sus manos y sujetando una larga pluma de oca con la que parecía escribir sobre él. Tal vez... ¿en ese largo viaje por Oriente empezara a redactar sus memorias?

Con facilidad nos encontramos en China.

Imagué que no tan fácil sería para ellos arribar en Pekín dada la falta de información que obvió, supuse que transitaron por farragosos caminos, con agotadoras rutas hechas a pie que no dibujó, con paradas de meses obligadas por condiciones climatológicas cambiantes, por la extensión de un país gobernado por la dinastía Ming, una de las eras con mayor estabilidad social de la historia de la humanidad.

Lo que pasó durante ese recorrido seguirían siendo hipótesis, discurrimientos de una contadora de historias encumbrada por el diario gráfico que dejó la escriba.

Superados tantos obstáculos por llegar, fue evidente que todo lo demás sería más fácil de lograr; un emplazamiento adecuado, la oportunidad de completar unos estudios que desde pequeños se les inculcó, primero, *baba* —el mejor maestro posible—, después, Nasila y, por último, algún profesor de renombre posiblemente discípulo de los antiguos maestros de su padre, clases en donde a todos ellos se les vio asistir excepto a Zahir, encargado de las labranzas y cultivos para el disfrute familiar.

¿Cuántos años estuvieron allí? Sería un misterio, pero todos se vieron afectados por el paso del tiempo, que en el transcurrir de las láminas se plasmó evidente; a unos crecer y echar raíces y a otros envejecer, arrugada la piel de sus rostros, pero con la viveza de la luz reflejada siempre por el encuentro de sus ojos.

Nuevos personajes surgieron en sus pinturas, posiblemente los hijos de sus hijos, pequeños renacuajos revoloteando alrededor de una familia que crecía, que seguía repitiendo el ciclo que Nasila había deseado. Ese deseo fue el que me hizo, con el paso de los grabados, chocar de nuevo con el inicio de un viaje en donde retrató un convoy compuesto por varios carromatos —mejor preparados que los de antaño, esos con los que hacía décadas llegaron a Oriente—, de regreso a su tierra.

Nos mostró el objetivo buscado durante todos esos años alejada de su hogar; enriquecer la sabiduría de los suyos, de ella misma y, con el fin cumplido, llegó la hora de plantear el regreso. Quiso que lo aprendido se quedara en su pueblo, servir a los plebeyos que, bajo el yugo del poder absoluto del nuevo emperador, nadaban en la pobreza y en la miseria que la ausencia total de sus derechos causaba.

Qué fácil hubiese sido atravesar la cordillera del Himalaya y retornar a casa, pero la imposibilidad en esa época de realizar tal ruta les llevó a viajar en paralelo hasta llegar a su punto más septentrional y, una vez pisaron suelo patrio, empezaron un peregrinaje que les llevó a aldeas desfavorecidas, donde atendieron a enfermos o curaron graves dolencias que su saber les hizo sanar.

Se alejaron de su destino final e iniciaron un periplo por la India que les hizo recorrer multitud de ciudades, en donde se les vio aclamados, y entre esos vítores recordó Nasila a Rania, una amiga a la que nunca olvidó y a la que prometió que en su vuelta las ciudades enteras vitorearían su nombre, de esa forma sabría su anciana amiga que había regresado y triunfado, haciéndola partícipe de ese logro a ella también. Se sintió la escriba siempre agradecida a una concubina de la que recibió ayuda inestimable, desinteresada, como así dicta la amistad verdadera.

Avanzando entre las hojas donde reflejó el retorno a su país, fui numerosas veces sorprendida con dibujos inacabados, empezados pero no terminados. Intuí el desfallecimiento de una erudita anciana que esta vez, tras la no conclusión de sus bocetos, pareció querer volver a su hogar, descansar por fin en el lugar donde siempre se encontró especialmente feliz.

Las láminas se acabaron de improviso. Supe que me estaba precipitando hacia el final, pero imaginé otro. Pensé que nos contaría, por medio de las imágenes, que llegó, que por fin pudo disfrutar en su paraíso, que sería ese el final de sus memorias, en aquel remanso que resumaba felicidad. Pero, me temí lo peor.

Alguien pareció tomar el relevo en sus dibujos, el colorido era distinto, las figuras bien plasmadas, pero con diferente estilo al característico trazado de Nasila, al que me había acostumbrado.

No entristecí, porque en ese último bosquejo se plasmó todo el bien que quise para ella.

La sanadora y el guerrero fueron retratados en un hermoso carro tirado por espléndidos caballos blancos trotando entre nubes. Los brazos jóvenes y atléticos de Zahir cernidos sobre las riendas que los guiaba, esclareciéndonos que siempre cumplió con su palabra. Su cara girada hacia el lado donde a ella se la dibujó mansamente sentada, con los ojos del guerrero brillantes como diamantes tras mirarla. Nasila reposaba sus dedos en los de él, dándole la calma que necesitaba, y el verdor de la viveza de su mirada joven puesta en el horizonte, donde, entre cúmulos, se alcanzaban a contemplar los montes que abrazaban Skardu. Siempre manando vida de sus ojos, de sus retratos, de sus palabras.

En ese último dibujo se obvió cicatriz alguna, ni la del guerrero partiendo su cara recordando su cruel pasado, ni la de ella dividiendo su cuello por su acto macabro. Todo pareció olvidado por el tiempo, por el amor que todo lo cura, y el bagaje que trasportaban fue sencillo; utensilios de labranzas, alforjas de cuero rebosantes de semillas y un arcón de madera, ese que, tras descubrirme su contenido, hizo que mi vida tomara sentido.

Capítulo XXVII

La sorpresa

Por encima de mis hombros aparecieron dos manos peleando como niños, el endeble Sajan apartó el brazo de Marco que, con descaro, se apoyó en ellos mientras caminábamos dirección a la puerta de embarque indicada en el panel del aeropuerto donde acabábamos de llegar.

Todos queríamos una despedida corta, no deleitarnos con el término de la misión que me había llevado hacia Pakistán meses atrás y que, sin buscarlo, hizo crecer un vínculo entre nosotros que no pudimos disimular. No permitiríamos que quedara en el olvido y adquirimos el compromiso de volver a vernos todos los años en el mismo lugar, en el lago Kachura.

—No fiar de él —dijo Sajan mientras su cuerpecillo quedaba enredado al mío por un intenso abrazo de despedida.

—¡Déjame en paz! —resopló Marco contrariado tras el comentario chinchón y característico de su amigo hacia él.

—¿Qué haréis con las niñas? —pregunté, discreta, pegando mis labios a su oído y con la intención de conocer el destino de sus hijas.

Tenían una decisión complicada con respecto a su futuro y me inquietó alejarme de allí sin saber cuál sería su final.

—Yo preguntar anoche a ellas, Amina querer estudiar en extranjero, ¡historia! —exclamó con orgullo.

—Qué bien, qué bien... —Le apreté a mí con más fuerza, no pude contener mi alegría por la decisión de haberla dejado elegir, evitando una tradición que resultaba incomprensible en el mundo en el que yo vivía—. ¿Y la menor?

—¡Médica!, querer ser como Nasila, dijo —contestó enzarzando a sus labios un gesto de ilusión—. Ellas estudiar donde yo. Marco tener casa libre y dejar a las niñas allí, en Italia.

—¿Y vosotros? —cuestioné mientras me separaba definitivamente de él.

—Saima y yo ser felices aquí, en nuestro maravilloso país.

A continuación, se lanzó el italiano sobre el rostro del asiático y, antes de que pudiera reaccionar, dos besos sonoros chocaron sobre la cara de un Sajan que inmediatamente engurruñó su expresión.

—Tú no cambiar... —descongestionó sus facciones—, ¡*diut!* —Esta vez la palabra amigo salió de su boca de forma entrañable.

Giré por completo mi cuerpo, les quise ocultar el posible resplandor de mis ojos al contener la emoción del momento, de esas lágrimas que saben a despedida. Me hubiese gustado que aquella historia se alargara en el tiempo, que me hubiese hecho vivir allí o trasladarme una larga temporada para continuar saboreando día a día esa sensación de deleite que experimenté al leer su testimonio. Pero había terminado y tendría que enfrentarme a mis miedos, a la realidad que obvié estando en Skardu y que, ahora, me bombardeaba la cabeza con decisiones convertidas en estacazos sobre ella.

Marco notó mi pánico a la vuelta, me acompañó especialmente callado durante todo el viaje en el que hablé, hablé y hablé, como si mis palabras fueran la vía de escape a esa angustiada incertidumbre que me invadió, la forma de aliviarme entreteniéndome mi mente. Aunque en ninguna de esas horas dudé en la firmeza de mi proceder; retornar a casa como le prometí.

«Yo nunca seré como ellos. Volveré», recordé una y otra vez mi compromiso por escrito plasmado en aquella tarjeta de visita que dejé en la mesita de la entrada antes de marchar.

Al llegar a Washington, quise despedirme de mi compañero de fatigas, una clave importante de ese viaje, de esa estancia que con su frescura convirtió siempre en agradable. Pero como me temí, Marco era un caballero. No dejaría que cogiera un autobús a Baltimore después de un viaje tan largo y cansado, ni de que el adiós se produjera en una estación concurrida y jaleosa y que convirtiera nuestra separación en un insípido y frío momento después de todo lo vivido juntos. Así que después de realizar los correspondientes trámites en el aeropuerto y el alquiler de un vehículo, que le ayudara a moverse por los distintos lugares de reuniones concretados para el día siguiente en la ciudad, quiso llevarme a casa.

Esa hora de viaje me resultó tensa.

—No vino cuando lo necesitaste y ahora ni se molestó en recibirte —farfulló entre dientes según nos íbamos acercando—. ¡Le he avisado, Dana! —recalcó de malagana.

—Él es así —contesté resignada, otra vez justificando lo injustificable.

Tras mi respuesta, se hizo el silencio, aunque el italiano lo cortó soltando con rabia lo que parecía retenido en su boca durante mucho tiempo.

—No te mereces un hombre así... —Por fin pareció explayarse con algo que posiblemente pensó y que nunca me dijo.

Desde mi posición de copiloto torcí mi cara hacia él, le sonreí y mis dedos cayeron sobre su brazo cercano. Lo apreté.

—No te preocupes por mí, Marco, Nasila me enseñó muchas cosas.

—Eso espero —resopló algo nervioso—, a mí también —susurró con gran resquemor.

Mi casa en Baltimore estaba en las afueras, delimitada por pequeñas calles vacías y rodeadas de árboles centenarios de acogedor ambiente y de estacionamiento fácil, por lo que, antes de lo que me hubiese gustado, nos encontramos aparcados delante de ella.

«Ahora sí, se termina todo», pensé para mí tras el fuerte abrazo que nos dimos sin una palabra de por medio.

Mientras me alejaba de él —con el motor del coche puesto ya en marcha—, escuché el peculiar sonido electrónico proveniente de la ventanilla bajando.

—¡Cuídate, Dana! —fue lo último que oí decir detrás de mí.

Después, percibí el chasquido de los chinarrros bajo los neumáticos, soniquete que se debilitó a la vez que se iba distanciando.

El único ruido que quedó en el entorno cercano se produjo frente a mí; el tintineo de las llaves abriendo la puerta de casa.

¡Sí!, parecía que me estaba esperando, maletas hechas y colocadas de menor a mayor sería su recibimiento. En el interior de la casa no estaba él, se quiso despedir de esa fría manera de mí: ordenando la ropa que me tendría que llevar de su casa. Recorrí los pasillos del que ya no sentí mi hogar. Rebusqué en el altillo del armario del dormitorio mi pequeño bolso de viaje, algo viejo e infantil —con el retrato de un emoticono de color amarillo con dos puntos negros como ojos y cuya boca expresaba siempre la plena felicidad—, pero de gran valor sentimental. Siempre acompañada por él en mis abandonos y en mis nuevos destinos, esta vez mereció venir conmigo

y ser colmado con las pequeñas cosas que me llevaría de allí: algunos apuntes universitarios, fotos seleccionadas de los álbumes con los que me entretuve nada más llegar, los patucos de lana que me reconfortaban en la soledad de las largas y frías noches de invierno.

Al igual que Nasila, el bagaje que transporté era de gran sencillez, las poquitas cosas que al mirarlas las sentí mías de verdad.

De repente, fui sorprendida por unos incesantes timbrazos, estridentes, de esos que parecen hechos a propósito para molestar y que sentí retumbantes sobre mi corazón, en ese momento, estrangulado. Agarré con ímpetu el bolso ya preparado y lo eché sobre mis hombros. Corrí deshaciendo los pasos que me separaban del recibidor y abrí la puerta con vigor, con la intención de que cesara de una vez, que parara este dolor que me provocó la incertidumbre de averiguar quién tocaba de aquella manera.

Allí estaba él.

—¿Nos vamos ya o qué?! Estoy aburrido de esperarte —dijo Marco apoyado, chulesco, sobre la moldura de la entrada.

Asentí estupefacta, instante en el que tiró de mi mano haciéndome salir, brusca, del lugar en el que ya me quemaba estar. Con su pie pateó la puerta quedando cerrada de un fuerte portazo que me activó, que me hizo sentir por fin liberada.

En nuestro camino hacia el coche paró, miró hacia mis ojos y me preguntó:

—¿Te habrías quedado? —preguntó expectante.

Contesté sin dudar la respuesta.

—Vine a despedirme, Marco. Ya no le quiero —dije entristecida pero a la vez aliviada de poner el punto y final más fácilmente de lo que imaginé.

—Bueno... —su boca dibujó una mueca divertida—, así nos da posibilidades a otros —declaró risueño, señalando con sus manos hacia sí mismo.

—¿A ti?!, ¡si te gustan todas! —exclamé guasona, de forma chinchona, intentando suavizar el pesar que sentí al dejar atrás un pasado infeliz.

Uno de sus brazos recorrió lentamente de un extremo de mi hombro al otro y, delicado, me arrimó hacia su pecho.

—Qué poco conoces a los hombres... —anunció serio tocando con su dedo la punta de mi nariz, transmitiéndome por vez primera cordura con sus palabras, como si realmente fuera yo a la mujer que siempre estuvo esperando.

—¿A dónde me llevas? —susurré cariñosa mientras acomodaba mi cabeza sobre su atlético torso.

—A dónde quieras que te lleve... —respondió rotundo contrayendo sus cejas.



Lentamente cierro mi cuaderno de anotaciones. Siempre lo utilizo como ayuda para contar la historia de Nasila y lo que supuso para mí conocerla. Me sirvo de pinceladas claves apuntadas en él para reconstruir nuestras vivencias. No siempre utilizo las mismas palabras ni expresiones, pero en su conjunto eso fue lo que pasó y lo que rememoro una y otra vez a los jóvenes que vienen a conocer sus memorias.

Hace unos años, el museo en el que trabajo, Freer Gallery of Art, llegó a un acuerdo con los institutos de la ciudad. Después de la visita de sus adolescentes a las instalaciones se les da una charla ejemplarizante sobre esa época, tan distinta a la actual, en la que una mujer con voz propia sobresalió entre todas las demás. Para afianzar lo narrado, se les muestra una sala

exclusivamente dedicada a la escriba: un cortometraje sobre su vida realizado por el Canal Historia, fotografías del yacimiento, algunos tomos de la colección de flora y fauna del emperador Jahangir y en los que Nasila participó —cedidos por el gobierno pakistaní en un intento de compensar el error cometido al denegarnos la extracción de sus manuscritos—, utensilios antiguos que se citan en mi exposición hablada y, culminando la estancia, tras una urna de cristal protegiéndola, queda el códice recuperado. Se expone abierto por ese último bosquejo con el que alguien finalizó su diario gráfico.

Tras terminar la narración, todos quedan en silencio: los cuchicheos iniciales, las risas de algunos en los pasajes más sensuales contados, sin escatimar detalle a propósito, y las protestas de otros ante las injusticias escuchadas, dan paso al sosiego, como si recapitularan lo explicado quedando sus vistas fijadas sobre ese manuscrito que es real, tangible delante de sus ojos.

El gesto de uno de los profesores palmoteando el reloj con su dedo índice, me hace proseguir.

—¿Tenéis alguna pregunta? —pregunto a los chavales captando nuevamente su atención.

Algunas manos se levantan.

—¡Tú! —Señalo hacia un joven de aspecto tímido.

—¿Volvió a verse con sus amigos en el lago? —pregunta en tono bajo.

—Todos los años.

—¿Está Marco aquí...? —quieren saber, risueñas un grupillo de jovencuelas, imagino que expectantes por conocer al guapo italiano.

—No, está de viaje —contesto de forma escueta obligada por el tiempo.

Y, por último, doy la palabra a un muchacho de aspecto desaliñado y con ojos entrecerrados, como si algo le preocupara o realmente dudara.

—¡Todo esto es una patraña de mentiras! —proclama con reproche captando de inmediato la atención de sus compañeros—. Puede ser un libro escrito sobre una historia ficticia o pinturas hechas por artistas de esa época... ¿Y si en realidad no pasó nada de todo lo que nos contó?

El gesto de mis labios se alarga dibujando una amplia sonrisa sobre mi cara que no puedo disimular.

—Aún no hemos terminado, me falta enseñaros algo —corto tajante su insinuación.

Siempre dejo una sorpresa para el final y, esta vez, tras el planteamiento de esta pregunta que siembra la incertidumbre en el grupo, me satisface poder rebatirla con pruebas.

Camino hacia una de las esquinas de la sala seguida por todos ellos con apariencia indignada, con el cuchicheo de sus voces en tonos altos, protestones, alterados por el posible embuste.

Nos detenemos delante de una gran vidriera cuyos cristales se encuentran cubiertos por un opaco pañuelo que no deja ver su contenido.

Agarrada a la tela y, antes de tirar de ella para descubrir lo que su interior esconde, les planteo una pregunta clave:

—¿Cómo zanjó Zahir el compromiso con Nasila?, ¿que tiró a ese lago lindado por palmeras?

Rápidamente, y entre el clamor de voces que se escuchan al unísono respondiéndola, desplazo hacia un lado el manto que desvela lo que se oculta protegida en la urna acristalada.

La espada del gran guerrero queda resaltada por dos focos chocando sobre ella.

Este momento es invadido por el silencio de sus bocas, acalladas tras una sorpresa que ninguno esperaba. No puedo evitar el estremeciendo de mi piel, la izada de vello que me provoca siempre terminar así, contemplando la prueba palpable de que existieron de verdad. Estoy

convencida de que a todos los que vivieron conmigo su historia nos transporta hacia esa escena en la que Zahir promete cambiar su hierro por un cayado, en la que le asegura a Nasila que sus manos no volverán a mancharse con la sangre de otros y solo servirán para guiar a un carromato. Escucho el viento sesgado por su hoja afilada tras ser lanzada al abismo, el crujido metálico al chocar sobre la pendiente rocosa, el ruidoso chapoteo del agua donde quedó sumergida por siglos hasta que un nuevo proyecto nos llevó a encontrarla.

Con mi ritual habitual, me voy apartando del grupo, no me despido para no alterar el nexo de unión que esa huella del pasado ha provocado con la historia contada.

Pero, esta vez, detiene mis pasos el interés de una de las jóvenes, que me lanza una última pregunta al verme marchar.

—¿Marco es su novio? —vocifera con interés antes de que yo abandone la sala.

Creo que estoy ante la respuesta más difícil de todas las planteadas en este día, me desenvuelvo con soltura por cualquier otra, pero a la hora de definir nuestra relación me cuesta mucho precisar, hasta diría que rechazo etiquetar lo que uno siente.

Aunque, percibiendo las señales que a mi cuerpo le produce escuchar su nombre, respondo con la total naturalidad que te otorga sentirte libre de hacer y decir lo que uno piensa:

—¡Es el hombre que me hace sentir viva! —proclamo sin ningún tipo de pudor, ni vergüenza, ni nada que pueda ensombrecer lo que mi interior, liberado, dictamina.

«Los rescoldos de tu recuerdo evocan a mi sabio corazón que no te olvida...».

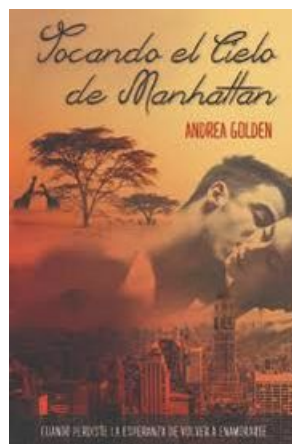
En memoria de mi querida y añorada tía Eva.
(1961 – 2017)

Muy agradecida al lector por haber leído mi libro.
Andrea Golden

Bibliografía



Los secretos de un recuerdo



Tocando el cielo de Manhattan



La vida en tus palabras

Nota de la autora: datos sobre la creación de la obra

Llegado a este punto habitualmente el lector abandona la novela y reflexiona lo que supuso leerla. Tal vez, en su afán por seguir descubriendo libros, se precipita a la lista de pendientes y, deseoso de enzarzarse en otra nueva aventura, pone el punto y final a lo leído. Pero otros, posiblemente se queden con ganas de más o con deseos de profundizar en la historia que acaban de vivir.

A esos que están aquí, que siguieron leyendo estos últimos coletazos de *La vida en tus palabras*, les voy a contar el proceso de elaboración de la misma y, a continuación, qué personas hicieron posible, con su ayuda inestimable, que me lanzara nuevamente a la elaboración de esta novela que me ha tenido absorta durante el transcurso de un año completo.

La historia la tenía clara y casi todos los personajes citados fueron macerándose con lentitud en mi imaginación, aunque alguno surgió inesperado durante el proceso de escritura. El mensaje del libro es habitualmente lo que me hace trabajar en torno a él, pero, también, el paisaje, los lugares son parte fundamental para el buen desarrollo de mis escritos. Creo importante sentir la atmósfera, el ambiente que nos acompañará durante toda la novela.

Me apetecía hablar de Mongolia, es un país que poco se nombra y de una verdadera belleza natural. Pero ese fue mi primer gran escollo, no encontré ningún emperador destacable que contase con un harén de renombre, dato que necesitaba sin más remedio. Lo más parecido a lo que iba buscando no se hallaba lejano. El emperador Jahangir, el cuarto Gran Mogol de la India, contaba con uno de los más importantes, en donde convivían miles de concubinas.

Una vez localizado el lugar donde desarrollaría todo, busqué ese remanso de paz en el que nuestra protagonista pasó gran parte de su infancia, así localicé Skardu. Actualmente, no pertenece a la India, pero, si retrocedemos en los siglos (imperio Mogol) su vasto territorio abarcaba también esa zona.

Nasila fue criada por su padre, evidentemente un hombre también modernizado y que, gracias a la educación que la inculcó, fue el causante del marcado carácter de la joven. Quise con esto dar la importancia que se merece a una educación no sexista venga de donde venga (hombre o mujer). Sabía que tendría que apartarlos el uno del otro, pero no tenía claro si las aptitudes médicas de ella me servirían para salvarla tras enfrentarla a Jahangir. Escrito el episodio en la que la joven no se deja intimidar y pone en juego su propia vida, tenía que buscar un motivo importante que la hiciera válida y por lo que pudiera eludir esa situación extrema a la que la enfrenté.

Investigué en profundidad ese periodo, intentando dar con algún hecho que le ofreciera alternativas y que, a la vez, me abriera un abanico de posibilidades. Repentino, lo encontré; ante mí surgió la vía de escape que buscaba. El emperador contaba con una amplia colección de flora y fauna que recabó durante todo su reinado. Nasila sería la escriba de la corte.

En principio, dudé si realmente nuestra protagonista debía enamorar al gran emperador, pero lo vi demasiado típico, además, en otros libros se hablaba de una mujer importante en su vida, Nur Jahan, por lo que descarté de inmediato ese idilio. Al empezar a escribirlo, sabía que

fijaría toda la atención sobre Rania y Zahir, tras salvarla, utilizando su buena grafía, la aislaría en los aposentos del bárbaro guerrero y solo haría que tuviesen contacto entre ellos, igualmente ensalzaría su valía curativa en ese entorno, en aquella época en la que, supuse, los sirvientes tendrían mínimas atenciones. Así, ayudé a Rania a sobresalir, inculcándole sabiduría más allá de ser la favorita de Jahangir.

El episodio más importante, y que supondría el punto de inflexión en el libro, sería el descubrimiento a Nasila de la carta que Zahir guardaba con aprecio desde su infancia y la negación de esta a leérsela como represalia a su acto intimidante.

Leí mucho sobre ese periodo y en ocasiones me encontré con similares actitudes: el de fidelizar a guerreros desde niños a una causa. Evidentemente, la manipulación que sufrieron no les dejaba ver más allá, habían sido direccionados hacia cometidos prefijados.

Nasila leyó la carta antes que nadie y algo en ella cambió: le hizo ver las cosas de otra manera. Para el guerrero, tener a la escriba próxima le supuso un cambio, la oportunidad con la que nunca contó estaba cercana: una preciosa joven que se desvivía por ayudarlo, por enseñarle, y que sacrificó una futura huida comprometiéndose con su enseñanza.

Poquito a poco les fui uniendo, no quería precipitar nada. Dejando al lector evidente, con ese primer acercamiento en la cueva donde se refugiaron de la ventisca surgida, que en esa convivencia algo importante estaba surgiendo.

La pequeña Lalasa apareció repentina. Algo tenía que alterar el momento uniéndoles más aún o separándoles tal vez. Ese personaje surgió inesperado y me encantó presentarlo. Le ofrecí más razones para salir de allí, no solo buscando su libertad, sino ya la de la pequeña con la que se comprometió desde el primer momento. «Sintiéndola hija sin ser nacida de mis entrañas».

Tras conmovernos con el alejamiento de Zahir hacia la batalla sin haber leído la carta de su madre y el incierto momento regresando herido sin saber si viviría o moriría, terminaron como..., pienso, todos esperábamos.

Seguí enfrentándola a vicisitudes varias y al terrible suceso en el que su amado acaba con la vida de su padre. Esta es una de las sorpresas que deparaba al lector, quien, seguramente, contempló diversas posibilidades: que escapara, que se salvaran todos, que no muriese baba, el reencuentro. etc. Pero ¡no!, lo sacrificué para dar aún más tensión a la situación y poner nuevamente en la encrucijada de: ¿qué hacer? Hasta en las últimas hojas del libro busqué que el lector quedara enganchado por el devenir de acontecimientos (estoy intentando cultivar narraciones en las que no paren de suceder cosas, evito el relleno innecesario de hojas que lo alarguen y corten su ritmo).

Creo que la historia de Nasila terminó como debía, unidos en un objetivo, buscando la vida que quisieron vivir y cumpliendo promesas. Me gustó mucho escribir esa última frase en la que se dice: «...el bagaje que transportaban fue sencillo; utensilios de labranzas, alforjas de cuero rebosante de semillas y un arcón de madera, ese que tras descubrirme su contenido hizo que mi vida tomara sentido...» (El final de su historia enderezó la vida de los personajes del presente).

También lo utilicé con Dana (complementando ambas): «...Al igual que Nasila, el bagaje que transporté era de gran sencillez, las poquitas cosas que al mirarlas las sentí más de verdad...».

Con respecto a Dana, Marco, Sajan y Tariq. Fueron los protagonistas que nos llevaron en volandas descubriendo esas vivencias. En ningún momento me alejé de la historia principal y me ayudé de ellos para avanzar o crear interés sobre lo desvelado en esos códigos. Al mismo tiempo, pongo sobre la mesa problemas actuales dotando a esa historia con contenido, por lo que, además de crear expectación sobre la relación entre Zahir y Nasila, acerco al lector a cualquiera de esos

personajes del presente, al fin y al cabo viven en la sociedad de hoy, haciendo reflexionar, por ejemplo: sobre matrimonios concertados, la falta de valores en nuestra sociedad y sobre lo que algunos tenemos y no apreciamos: «...ya todo me pareció minucia comparado con la vida de otras mujeres: las que vivían en distintos países al nuestro, las que lucharon en siglos pasados por hacerse respetar, por conseguir la libertad que yo atesoraba y que nunca había valorado, ni tan siquiera sabía que la tenía...».

Aparecen otros dos individuos en los que poco profundizo, John el manipulador, el lastre y Samanta la desinhibida, la oportunidad.

Y, por último, comentarles un detalle, tras interpretar Dana los dibujos de Nasila, confirmarles que sí, que era el poblado de Sirsa y que la anciana Lalasa recibió el abrazo del hijo que tanto anheló.

Espero, disfrutaran leyendo este libro tanto como yo escribiéndolo.

Recuerde dejar la opinión de todas sus lecturas

Agradecimientos

El escritor no existiría sin un lector leyendo las hojas de nuestros libros. Me gratifica sinceramente que se fijaran en esta obra, que la escogieran y, sobre todo ello, que la disfrutaran. Agradezco el detalle, a unos, por repetir con mis escritos, por buscarlos en la Oceanía de lecturas que existen, a otros, por descubrirme y darme una oportunidad.

Dicho esto, el resto de reconocimientos van para aquellas personas que me han ayudado a que luzca de esta manera mi pequeño desafío.

A Eugenia Alonso, este nombre quedará grabado en todos mis escritos como está tallado con fuerza en mi corazón. Esa amiga que siempre te acompaña: en tus equivocaciones, en tus victorias y en tus anhelos.

A toda mi familia por su apoyo incondicional.

A una gran profesional como es [Paola C. Álvarez](#), una correctora y escritora altamente meticulosa con sus trabajos y que ha dotado a la novela con la limpieza gramatical que requirió.

A mis lectoras *zero* por su ayuda desinteresada. Armo Alf, la conozco desde que empecé en este mundillo, me apoyó desde el minuto uno y quise que estuviera conmigo en esta aventura. A Sonia Aguirre, siempre leyendo y comentando sus lecturas, ayudando a la literatura *indie*. Y, por último, a Lilian Yébenes, una ávida lectora y correctora con un gran futuro en la literatura por delante.

A los blog y grupos de Facebook que siempre apoyan mis novelas:

- Leo la lluvia al caer: <http://www.leolalluviacaer.com/>
- Promesas de amor: <http://floreциlladecereza.blogspot.com.es/>
- Entre lectores y libros: <http://entrelectoresylibros.blogspot.com.es/>
- Iceberg de papel: <https://icebergdepapel.blogspot.com.es/>
- Leyendo, Tejiendo y Cocinando en K: <http://tejiendoenklíngon.blogspot.com.es/>
- Lectora Dreams: <http://lectoradreams.blogspot.com.es/>
- Por supuesto a Eva Fraile de Reina Lectora: <http://www.lareinalectora.com/>
- Grupos de facebook: Divinas lectoras, Adictas latinas, Comunidad del libro, Libros lectores

y una taza de café y Amigos literarios sin fronteras.

A todos los que me reseñan y comentan les doy las gracias.

A mis compañeros/as de letras, que un día se acercaron a mí y se quedaron conmigo. Enteramente agradecida por notar su apoyo cercano.

Y si me permiten, un último deseo: que sigan leyéndome, buscándome, sinceramente no sé si seré escritora prolífica o solo me propuse dejar huella con mis palabras. Disfruten.

Hasta pronto.
Andrea Golden

Web: www.andreagolden.es

Twitter: [@Goldenescritora](https://twitter.com/Goldenescritora)

Contacto: tocandoelcielodemanhattan@gmail.com